



M. Camacho Fernández

LAS DE PINTO

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

R. 69.938



ARTURO REYES

Las de Pinto

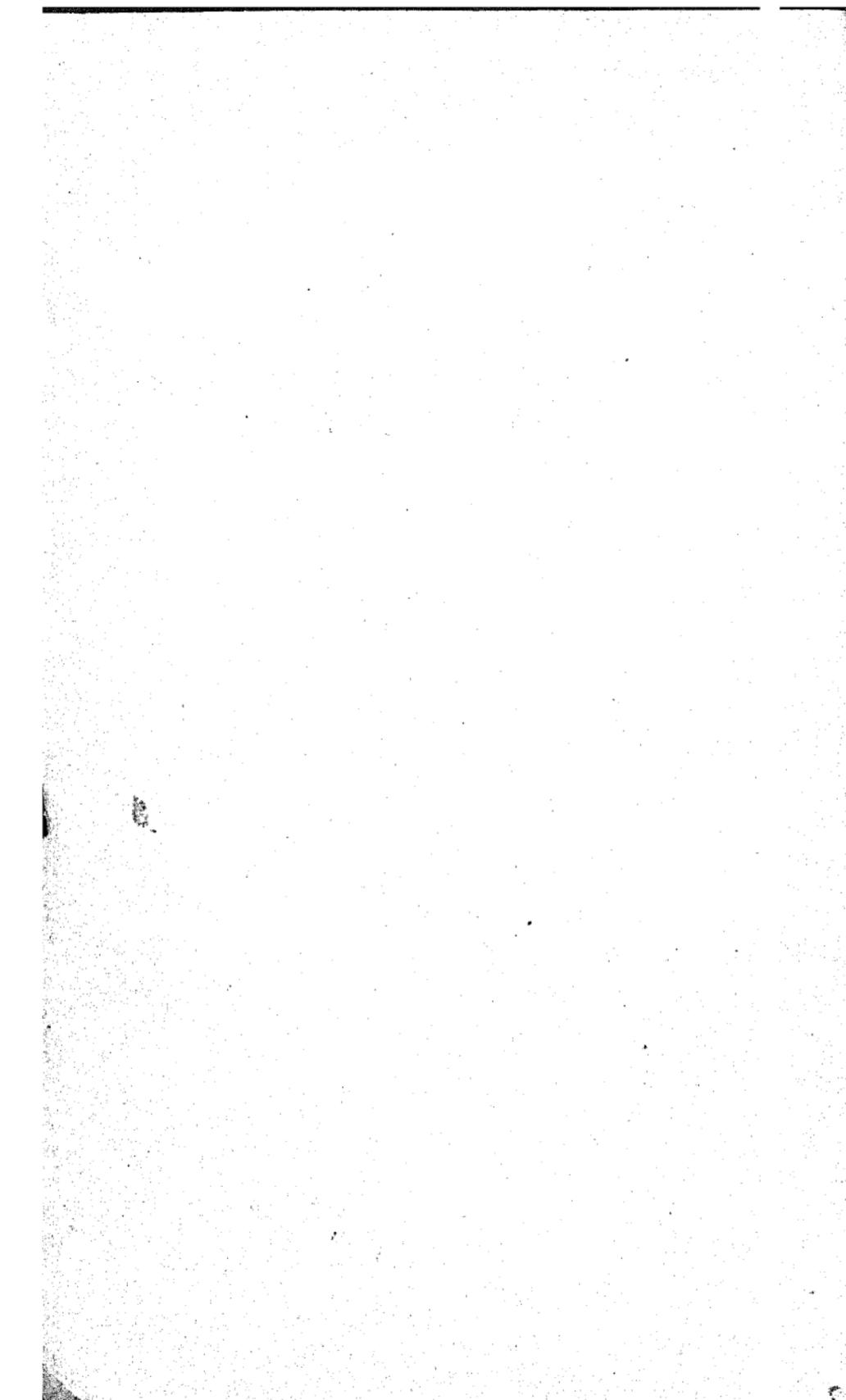
NOVELA ANDALUZA

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1908

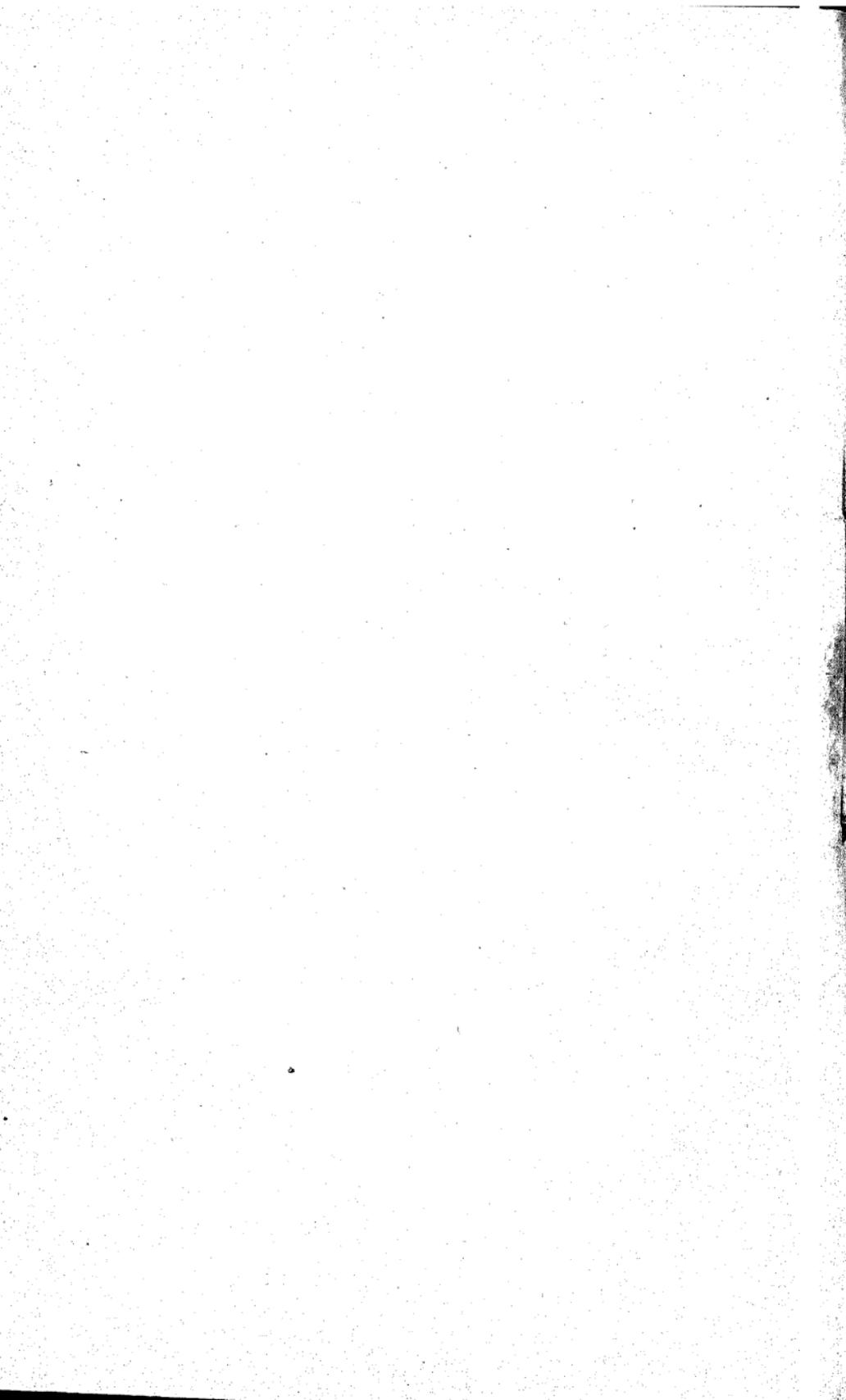


A Ortega Munilla

ILUSTRE NOVELISTA

*En testimonio de gra-
titud, admiración y ca-
riño*

Arturo Reyes





I

Francisco levantó la compuerta del mostrador para dar paso á Teresita y á su madre.

—¡Qué fastidio este de tener que pasar por aquí para entrar en la casa!—murmuró la primera penetrando rápida en el interior, mientras doña Francisca decíale á Pablo, ocupado en aquellos momentos en despachar á una de las numerosas parroquianas.

—Oye, ¿trajeron la letra de Barcelona?

Y ante el movimiento negativo de aquél, añadió:

—Pues si la traen, avísame de seguida.

—¡Vaya viento!—dijo Rosarito la *Cordo-*

banes, siguiendo con mirada irónica á doña Paca.

Esta, al llegar al pie de la escalera, se detuvo para tomar resuello, se sujetó con ambas manos la crugiente falda sobre los redondos muslos y empezó á subir, al par que decía, no sin dejar escapar antes un prolongado suspiro:

—¡Ay, lo que yo diera por tener un ascensor en esta casa!

Ya arriba, se dejó caer, como si estuviese rellena de lingotes de plomo, sobre una de las poltronas del gabinete, mientras su hija mirábase reproducida con toda fidelidad en el gran espejo con que, por complacerla, había sido enriquecido recientemente el mobiliario.

La tendera, á la vez que se abanicaba vertiginosa y desesperadamente, contempló, con maternal orgullo, la figura gentil de Teresita, su semblante de gracioso lineal, de ojos de antílope, orlados de larguísimas pestañas, de cejas corridas, de tez ligeramente morena, de labios gruesos y purpurinos, de los que la infancia aun no había retirado del

todo sus encantadores mohines; de pelo obscuro y reluciente, y de amapoladas mejillas, en las que cada sonrisa de sus labios carmesíes hacía aparecer dos tentadores hoyuelos.

Doña Paca, después de arrojarse una vez más en la contemplación de aquella joya espléndida que ella, con la bizarra colaboración de su difunto esposo, hubo de lanzar al mundo, admiró los primores del vestido color de rosa que contorneaba su cuerpo grácil y turgente, el cuello de blondas en cuyo cierre fulgía un imperdible de oro; las algo empalidecidas rosetas de diamantes que pendían de sus orejas, de una pequeñez inverosímil; el elegante quitasol de raso y de encajes amplísimos que aún retenía en sus manos cubiertas por finísimos mitones, y la pastora, en fin, la amplísima pastora de rico tul, en la que entrando doña Paca á saco en la sobria labor de la modista de sombreros, había amontonado más flores que vierte la primavera, al nacer, en los campos andaluces.

Continuó la buena señora recreándose en

la contemplación de su graciosa unigénita durante algunos instantes, y después, con voz aun entrecortada por la fatiga, exclamó:

—¡Ay, Teresa, lo que es yo no puedo con este trajín! ¡A mí el día menos pensado me va á dar un sanguíuelo!

—Pues ya sabes tú que no soy yo, sino Enrique, el que tiene toda la culpa.

—Petrola dice que Juan y Juan dice que Petrola...

—Vamos, no tengas mal genio, mamaíta —dijo la muchacha sentándose sobre la falda de su madre, que exclamó en son de protesta:

—¡Pero, por Dios, que pesas como un castigo!

—Oye,—continuó aquélla sin parar mientes, al parecer, en lo que su madre le decía y procurando, al mismo tiempo, colocar el extremo del quitasol en uno de los grandes cálices de las flores de la alfombra—¿es verdad que es Enrique muy elegante?

—Sí que lo es.

—Y muy buen mozo, ¿verdad?

—¡Vaya!—exclamó con ponderativa expresión la tendera.

—¡Sin duda!, y sin embargo, yo no sé lo que tiene...—murmuró Teresa, que, tras decir esto, enmudeció bruscamente, como si temiera seguir expresando su pensamiento.

—¿Pero qué es, por fin, lo que Enrique tiene que no sea de tu gusto?—le preguntó sorprendida doña Paca.

Teresa se encogió de hombros y exclamó levantándose y señalando con la sombrilla una mesa consola de renegrido maderamen.

No, nada, nada tiene que no me guste; pero dejemos eso y mira esa mesa y verás cómo está pidiendo á voces que la lleven á un asilo.

—A eso, á un asilo es á donde nos van á llevar á nosotras á este paso; ¿tú sabes cuánto dinero se nos ha ido en cuestión de pocos meses?

Teresa, á la que esta pregunta no le sonó bien sin duda, exclamó, dirigiéndose de nuevo hacia el espejo:

—Mira, vamos á dejarnos de cuentas. Yo

me voy á mi cuarto á ponerme otro vestido; ¿cuál te parece que me debo poner?

—¡El que te dé la repotentísima gana!— refunfuñó doña Francisca, á la que había puesto de mal humor el recuerdo de sus recientes despilfarros.

—Es que como Enrique me dijo que vendría esta noche...

—No era preciso que lo dijera; cuando no está aquí está en la esquina.

—Pues no te creas tú que eso es cosa de mi gusto, que es mucho vecindario el nuestro; ¡como que tengo ya más ganitas de que nos vayamos á Córdoba!

—¿A Córdoba? ¿Y á qué nos vamos á ir nosotras á Córdoba?—exclamó la tendera mirando llena de asombro á su hija.

—Pues á vivir allí, que nos iremos en cuantito yo me case.

—¿Pero es que están ustedes ya hablando de eso?

—¿Yo? ¡qué disparate! Si yo todavía no le he dicho que sí ni que no, pero él no habla de otra cosa; dice que sus padres son muy ricos y dice también que su casa de Córdoba

es casi tan grande como un cuartel: una casa muy antigua, con un escudo de piedra en el portal.

—¿Y cómo siendo tan rico está parando en una casa de pupilos, donde, según á mí me han contado, no se come más que sobrehusa?

—Eso es porque los padres son más roñosos que escarabajos. Según me contó el otro día, él se empeñó en venirse porque aquello le sienta muy mal, y los padres, como están muy bien de relaciones en Madrid, pues le buscaron ese destino para no tener que mandarle tanto dinero, ¿tú comprendes?

Cuando doña Francisca se disponía á responder á Teresa, resonó en el corredor la voz de Pablo, que preguntaba:

— ¿Se puede pasar, señora?

—Pasa, hijo, pasa—le repuso doña Francisca con voz de casi maternales inflexiones, mientras la muchacha colocábase de nuevo, delante del espejo, no sin poner un mohín de contrariedad en sus labios fragantes y coralinos.

Pablo penetró con paso lento y reposada actitud. Era su semblante de una serenidad abrumadora: sus ojos rasgados, azules y de mirar melancólico; sus facciones, finas; su tez, blanca; su pelo, blondo, débil y escaso; su barba, profusa y de un rubio metálico como el bigote, cuyas guías abatíanse descuidadamente sobre las comisuras de la boca.

—¿Qué, han venido á cobrar la letra?— le preguntó doña Paca disponiéndose á abandonar su asiento.

—No, señora—le repuso con voz tranquila su dependiente—es que necesitaba hablar con usted á solas de un asunto que á los dos nos interesa.

—¡Qué bonita manera tienes tú de decirle á una que se vayal—murmuró Teresita con acento desabrido.

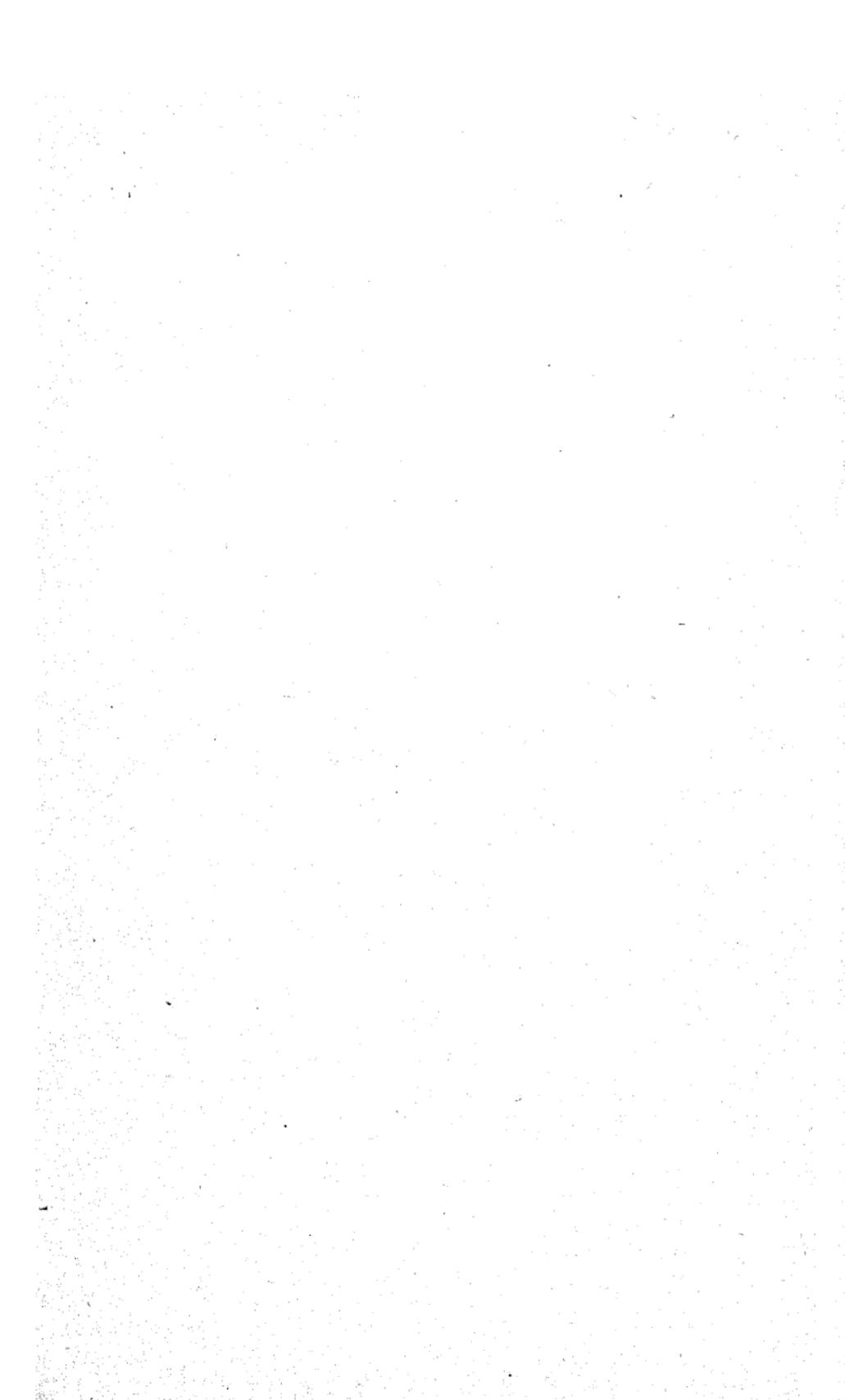
Pabló posó en ella sus ojos con grave expresión, y

—Puedes quedarte si quieres—le repuso sonriendo de modo apacible.

Teresa no se dignó contestarle, y clavando en la pastora que se acababa de quitar,

la reluciente agujeta, salió de la estancia con paso lento, rítmico y casi majestuoso.

—Vamos, siéntate—dijo á Pablo doña Paca, que dió comienzo á quitarse los alfileres de la mantilla, de aquella lujosa mantilla que con tanto gusto hubiera ella cambiado por la capota que hábale visto lucir en el paseo aquella misma tarde á la mujer de Llerena, el representante en Málaga de la razón social más acreditada en quesos de Manzanares.





II

Cuando Pablo, ya celebrada su entrevista con la tendera, hubo salido de la habitación, penetró en ella de nuevo Teresita preguntando á su madre con acento indiferente:

—¿Qué, era muy importante lo que tenía Pablo que decirte?

Y al notar algo extraño en el rostro de doña Paca, añadió mirándola con expresión interrogadora:

—¿Pero es que ocurre algo, mamáita?

—¡Vaya si ocurre! —le repuso ésta;— una cosa que me ha dejado aún más helá que un granizo; suponte tú que Pablo me acaba de decir que se quiere ir, que se va de nuestra casa.

—¿Que Pablo se quiere ir de nuestra ca-

sa?...—repitió con expresión incrédula Teresa.

—Como lo estás oyendo —repúsole doña Francisca;— que se quiere ir; y lo peor no es que se vaya, sino que se va para establecerse ahí mismito, en el local que ha dejado el *Tallarines*.

—¿Pero es que Pablo va á poner una confitería?

—¡Cá, hija, cá! Otra tienda de coloniales.

—Pero, ¿con qué dinero cuenta él para poner esa tienda?

—Pues con las cuatro mil y pico de pesetas que tiene en nuestro negocio.

—¿Y tenemos que darle de una sola vez toda esa suma?

—Naturalmente; pero no te apures, que mañana mismito le pongo yo á ese desagradeció todito lo que tiene aquí en la palma de la mano.

Teresa, á la que no parecía haber sabido á mieles la noticia, preguntó á su madre tras un brevísimo silencio:

—¿Pero qué razones dice él que tiene para irse de nuestro lado?

—Y qué sé yo... ninguna, seguramente.

—¿Quieres que yo se lo pregunte?

—Por mí haz lo que quieras, pero ya verás como no le sacas una palabra del cuerpo.

—¿Y Francisco á todo esto qué dice?

—Francisco? En el cielo va á poner el grito en cuanto el pobre se entere!

No estaba en lo firme la tendera, que no era su antiguo dependiente hombre aficionado á elevar su voz á tan altas latitudes, y cuando su compañero le hubo puesto al tanto de sus inesperados propósitos, se limitó á exclamar con apesadumbrada expresión:

—Pues cree que con lo que me has dicho me has dado un disgusto y me has proporcionado una pena.

Y tras algunos instantes de silencio le preguntó:

—¿Pero tú has reflexionado bien el paso que vas á dar?

Y al notar un amago de sonrisa en los labios de su amigo, continuó:

—Es que no siempre se acierta; yo también me establecí una vez, hace ya muchísimo tiempo; se empeñó en que lo hiciera el

pobre Pinto, y lo hice con los ahorros que tenía y con lo que él me prestó, que no fué poco, y al año no cabal de estar establecido no me quedaba más que la estantería y el gato, y como es natural, vendí la estantería, cogí al gato y aquí me vine de nuevo, y aquí me tienes y aquí me tendrás en tanto y cuanto no se me acabe la cuerda.

— Puede que no me ocurra á mí lo que á usted, amigo Francisco — díjole Pablo, y tras algunos instantes de perplejidad, añadió sin atreverse á mirar cara á cara á su compañero.

— Yo con gusto me lo llevaría á usted conmigo.

Miróle el viejo con extraña expresión y

— Yo te lo agradezco — le repuso — pero yo ya he cumplido los setenta; yo soy más solo que la una; yo hace ya muchos años que enterré todas mis aspiraciones; y además, el pobre Pinto al morir me dijo un montón de cosas, y Pinto y yo éramos casi como hermanos; habíamos nacido en el mismo pueblo, allá en Lomana, un pueblo de la pro-

vincia de Burgos, y juntos fuimos á la misma escuela; juntos nos vinimos; juntos entramos en el almacén de los Roca y juntos nos pasamos casi toda la vida, con todo lo cual creo excusado decirte que para mí es la de Juan como mi propia familia.

Pablo, que miraba á Francisco de modo afectuoso, le repuso:

—Ya sabía yo que no aceptaría usted mi ofrecimiento.

—¿Y estás completamente decidido á establecerte en coloniales?—le preguntó aquél con aire meditabundo.

—¿En qué me voy á establecer, si no conozco otra cosa?

Inclinó el viejo la cabeza convencido por razón tan irrefutable, pero sintiendo llegar en su ayuda una también irrefutable protesta, exclamó con acento enérgico:

—Pero es que bien has podido buscar para establecerte un sitio más distante de esta casa.

—Es verdad, pero es que no he encontrado local que me convenga tanto como el que dejó el *Tallarines*.

Volvieron á quedar en silencio ambos in-

terlocutores, y ya disponíase Pablo á dirigirse hacia su habitación cuando

—¿Me permites?—le preguntó Teresita asomándose por entre las hojas de cristales de la trastienda.

Y cuando Pablo estuvo á su lado,

—Vamos á ver—le dijo—¿quieres explicarme la razón que tienes para quererte ir de esta casa?

Posó aquel sus ojos con serena intensidad en Teresa que inclinó los suyos como no queriendo traducir lo que los de Pablo le decían y le contestó.

—No tengo más que una, la necesidad de pensar en el porvenir, Teresa.

—Y si yo te rogara que te quedaras con nosotras, ¿te quedarías?

Un relámpago alteró un punto la diafanidad azul de las pupilas de Pablo, que se puso pálido; y ya casi se disponía la de Pinto á cantar victoria, cuando aquél, serenándose de pronto le dijo con voz tan firme como si quisiese burilar con ella su negativa:

—No, no me quedaría ni aunque tú me lo rogaras.



III

Enrique penetró en el almacén con elegante desenvoltura, y exclamó dirigiéndose á Francisco, no sin acompañar sus palabras con una amable sonrisa:

—¿Quisiera usted avisar á la familia?

Y mientras aquél se dirigía al interior, situóse el recién llegado en una de las puertas á lucir su figura esbelta y gallarda; su semblante pálido y de fino dibujo; sus grandes ojos oscuros, su fino bigote de guías enhiestas como rehiletes, su pelo casi empastado merced sin duda al uso de perfumados cosméticos y su traje gris de corte irreprochable; su cuello altísimo, su roja corbata, en la que relucía un artístico alfiler; su som-

brero de *pajazón* y sus botas de piel australiana de caladísimas punteras.

Dos minutos después hacía nuestro héroe una graciosa reverencia ante doña Paca y Teresita, que le aguardaban en la sala de recibimiento.

La luz de la tarde, que penetraba como tamizada por los encajes de las colgaduras, dábale á todo suave tonalidad, dulcificando el azul rabioso de la tapicería, los tonos vivos de la alfombra y los relumbrones dorados de la enorme lámpara que pendía del rosetón central de la techumbre.

—¿Qué, se descansó ya del paseo? - preguntó Enrique á doña Francisca.

—¡Ay, yo llegué reventaita, pero ésta— y al decir esta señalaba sonriente la buena señora á su hija—lo que es esta parece que es de una de cantera de donde ha salido.

Durante media hora hizo el gasto Cárdenas; su verbosidad era casi inagotable y amena, no obstante lo cual, ya empezaba á sentirse dispuesto á darse por vencido, cuando llegó hasta todos ellos la voz de Francisco, que gritaba desde el corredor:

—Doña Paca, aquí están las de Camacho.

Enrique se puso de pié bendiciendo mentalmente la oportuna llegada de aquellas, las cuales, al penetrar en la habitación, cambiaron una granizada de besos con sus amigas.

Doña Paca hizo de modo casi solemne la presentación de Enrique á doña Gertrudis, que hubiera podido pasar por hermana gemela de doña Paquita, y á Candelaria, una chicarrona de seno voluminoso, talle reducido, de caderas imponentes, de rostro que, aunque algo achatado, no carecía de atractivo; de tez que era un canto á la primavera; de nariz, que ligeramente arremangada, daba á su rostro algo de sensualmente picaresco; de labios fragantes y purpurinos, y de pelo rubio y sedoso.

—Estaba rabiando por ver á ustedes—dijo doña Gertrudis dirigiéndose á doña Paca, después que todos se hubieron acomodado de nuevo en sillones y poltronas;—pero, hija, es que no tiene una tiempo ni para rezar una salve.

—Lo mismo me pasa á mí, y si no fuera

por mi Teresa no saldría de mi rincón ni aunque me lo mandara el médico.

—¿Y diga usted—preguntó con voz que fué un susurro doña Gertrudis á doña Paca y señalando á Enrique, que charlaba animadamente con Teresa y Candelarita—la cosa se formaliza?

—Eso parece—le repuso la tendera con voz también misteriosa,—y como no nos deja ni á sol ni á sombra, y como se trata de un muchacho tan distinguido y de tan buena familia...

—¿Sí, eh? Pues mire usted lo que son las envidiosas: la otra noche decían las de Rodríguez que lo que el pretendiente de Teresita tiene es más ingleses que Gibraltar.

—Mire usted, eso es lo que á mí me puede en las de Rodríguez... lo envidiosas que son... Si Enrique se hubiera fijado en alguna de ellas, sería á estas horas hijo de un Inca y de una Inca por lo menos, pero como ha sido á mi Teresa á la que le ha puesto los puntos... ¡ya se ve! pero en fin, que digan, porque no porque digan va á de-

jar de ser Enrique de una familia de las más empingorotadas de Córdoba.

—Por lo que veo, usted ya sabe bien á qué carta quedarse en este asunto.

—Pos naturalmente; como que mi hija es mi hija y no la del que toca er pito por la mañana.

—Mira—le decía en aquellos momentos Candelaria á Teresita, amenazándola con el abanico,—yo no vengo más á tu casa mientras tú no vayas á la mía.

—Ya iré, mujer; ya iré, yo te lo prometo.

—¿Esta es la señorita de quien me habla usted tanto y tan mal?—preguntó Enrique á Teresa mirando á aquella sonriente.

—La misma. Verdá que es la mar de fea y la mar de antipática?

—Ya lo creo, feísima y antipatiquísima—le repuso Enrique, desmintiéndose galantemente con la expresión y con la mirada.

Candelaria se puso encendida y no supo qué contestar.

Enrique, aprovechando un momento en que la de Camacho habíalo dejado á solas

con Teresita, dijo á ésta con acento suplicante:

—¿Qué es lo que me contesta usted á lo que le dije esta tarde?

Se le colorearon intensamente las mejillas á la de Pinto, la cual se acordó en aquel momento de Pablo; pero acordándose al mismo tiempo de lo que éste hubo de responderle al rogarle ella que no se fuese de la casa, contestó á su pretendiente sin mirarlo y entreteniéndose en contar las varetas del abanico;

—La verdá es que no sé yo qué decirle.

—¿Quiere usted que yo me conteste por usted?

Sonrió Teresa irresoluta, como si el recuerdo de Pablo le impidiera, no obstante su negativa, contestar á Cárdenas de un modo decisivo.

—¿Qué, me contesto?—volvió éste á preguntarle con voz arrulladora.

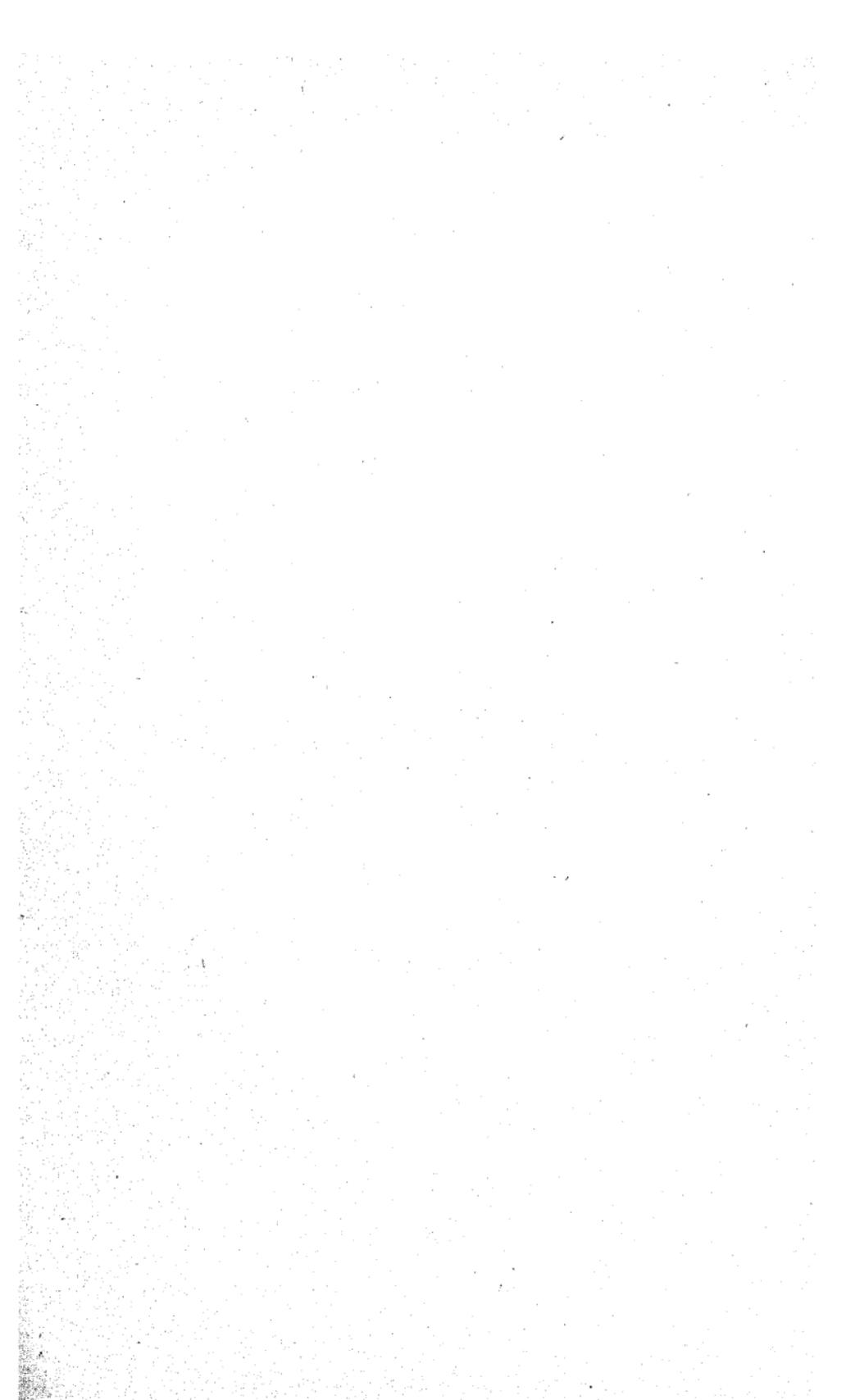
—Bueno, contéstese usted—díjole aquella venciendo bruscamente su incertidumbre.

Y ya se disponía Enrique á concluir de avasallarla con el raudal de su brillante ora-

toria, cuando Teresa, interrumpiéndole y sonriendo graciosa y maliciosamente, le dijo:

—¡Para qué se va usted á tomar ese trabajo? Supóngase usted que ya se ha contestado usted y que yo no estoy enfadada.

Y tras arrojar sobre Enrique una mirada resplandeciente, fuese junto á doña Francisca, que charlaba de modo animado y misteriosísimo con sus amigas en el otro extremo del lujoso gabinete.





IV

Pablo, una vez cerrada la tienda y en tanto Francisco se entretenía en poner en orden todo lo desordenado durante las horas de venta, se retiró al cuartucho que á ambos les servía de dormitorio

Ya en él, sentóse sobre el lecho y quedó como sumergido en una abstracción grave y melancólica; pensando en que iba á abandonar para siempre aquel rincón donde se había deslizado su primera juventud, antojábasele ver surgir ante sus ojos todo su pasado, y á su conjuro recordaba como una visión remota su salida de los paternos lares, de aquel pobre casuco próximo á uno de los

más humildes villorrios de las frías y monótonas estepas castellanas; de aquel rincón lejano y triste, entre cuyas mal encaladas paredes tantas noches oyera rugir el viento y caer la lluvia, medio tostándose al calor de la alegre fogata; recordó á su padre, aquel hombre alto, seco y adusto como fabricado de algo recio y filamentoso, que apenas si tuvo para con él alguna vez que otra algo de dulce y de acariciador, y por el cual, no obstante, sintió siempre un hondo y santo cariño; recordó á su madre, una juventud marchita y un sexo casi anulado por la implacable lucha contra la miseria y la adversidad.

Recordó también los campos testigos de sus juegos infantiles, aquellos campos de interminables lejanías; la charca inmediata á su hogar, en la que entre el verde limo asomaban las ranas su torso repugnante; un árbol añosisimo en el que no había rama que no hubiera crujido alguna vez al peso de su cuerpo; recordó á *Tolmete*, el único rapaz que alegrara sus soledades y le acompañara en sus infantiles travesuras.

Recordó su salida de aquellos lugares, la actitud casi impasible de su padre al darle el beso de despedida, las caricias últimas de su madre; las impresiones primeras y el susto que embargara su espíritu al verse sólo frente á lo desconocido; después recordó su llegada á la tienda, el semblante bonachón del difunto propietario, la benévola acogida de Francisco, la regañuza primera de doña Paca y, sobre todo, las horas felices y plácidas, aquellas durante las cuales tantas veces parecía ver ante sus ojos, mirando á Teresa, un porvenir tan dulce como risueño.

Teresa ya no era para con él lo que en un principio: Teresa habíase ido modificando al correr del tiempo, modificación que llegó á convertirse casi en brusca metamorfosis el día en que, ya muerto el señor Juan, se vió vestida de largo.

Este acontecimiento pareció oficiar de ataque de enajenación mental para con la madre y con la hija, que desde aquel punto y hora dieron principio á una vida propia de gente más sólidamente adinerada; la primera,

dado el primer paso en la peligrosa ruta, intentó detenerse; pero á Teresita se le humedecieron los hermosísimos ojos, y como resistir esto era superior á sus energías, hubo de inclinar la cabeza la viuda de Pinto y continuar resignada por la comenzada senda.

Pablo, que las había seguido con mirada lúcida en su peligrosa desviación de su antiguo itinerario, presintió un próximo y funesto desenlace, y lo mismo que Pablo lo presintió Francisco que, aconsejado por su lealtad, un día hubo de indicarle algo á 'a tendera, la cual, hurgada en lo que más le dolía, le repuso con mal reprimida cólera:

—No tiene usted razón, porque sa menester pensar en que yo no he hecho tantísimo sacrificio por mi hija pa que se case con e que pregona el callo, sino que lo he hecho para que se case con un hombre que se la merezca, y para eso sa menester tener la casa decente y no salir á la calle como s fuésemos dos pordioseras.

Francisco calló vencido ya que no con vencido, y algunas semanas después aparecía por primera vez en escena el ilustr

descendiente de los Cárdenas de Córdoba.

Pablo, al verle, sintió algo que se le debatía colérico en el corazón; las sonrisas con que Teresa parecía poner puente á los amorosos propósitos de aquél, le llenaron de insólitas inquietudes y de una punzante amargura; él no había pensado nunca en que pudiera llegar un día en que Teresita se sintiera inclinada hacia otro hombre, y al notar que era llegado aquel día, un hondísimo desconsuelo invadió como una ola de nieve su sér todo y una nube gris envolvió los accidentes del soñado panorama; pero como su voluntad tenía algo de la aridez y dureza del nativo suelo, púsole bridas al corazón y esperó frío é impasible al parecer, que los sucesos le indicaran el derrotero que debía seguir

Todavía seguía Pablo sumergido en sus graves meditaciones cuando penetró en la sala su antiguo compañero.

—¿Qué, por fin estás decidido á irte mañana?—le preguntó éste deteniéndose delante de él y poniéndole cariñosamente una mano sobre el hombro.

— Sí, mañana —le repuso Pablo más con los ojos que con la voz

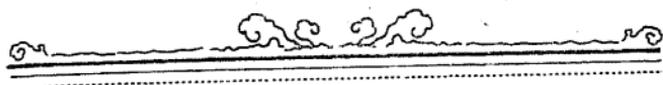
— ¿Y dónde te vas mientras te estableces?

— Me iré á casa de Ortigosa

Francisco empezó á desnudarse y Pablo abrió su baúl y dió comienzo al arreglo de su ropa y de sus escasísimos enseres.

Pasó una hora, dieron las doce en el reloj de la cercana iglesia y un ligero ronquido brotó de los labios del primero.

Pablo posó en éste una mirada afectuosa; Pablo sentía algo que se le licuaba en el corazón y amenazaba mojarle los ojos, al pensar que era aquella la última noche en que reposaría bajo la misma techumbre que cobijaba á su antiguo compañero y á la mujer con la cual tantas veces soñara buscar y compartir un dulce refugio, tras la fatigosa lucha, allá en la tierra natal, no lejos del humilde, del triste, del por el jamás olvidado villorrio en que naciera.



V

Cuando Pablo, ya en el bolsillo los ahorros acumulados durante doce años de servicios en aquella casa, penetró para despedirse en el comedor donde madre é hija se desayunaban, se sintió un tantico turbado; pero dominando su turbación, dijo dirigiéndose á doña Paca:

—Ustedes perdonen, pero no quería irme sin demostrarle á usted mi gratitud por su bondad para conmigo.

Aquellas frases conmovieron un poco á la buena señora, que le repuso con acento de queja:

— Pues no es de oro de ley la moneda en que me pagas.

Pablo fué á decir algo que sin duda le brotaba recto del corazón, pero recobrando en el mismo instante su serenidad, al parecer en peligro, le repuso:

—No lo creo yo así; yo jamás tuve para ustedes más que consideraciones y afectos.

—Sí, pero ahora es todito lo contrario; y sobre tó—exclamó doña Paca—lo que está recomendándote para que te pongan un grillete es eso de haber tomado el portal del *Tallarines*.

Pablo miró silencioso á Teresa, que parecía atareadísima en trasladar á su plato con un cuchillo las migajas de pan caídas sobre el mantel, y

—Adiós, doña Paca,—dijo bruscamente, como decidido á poner término de repente á tan enojosa despedida.

—Adiós—le repuso la tendera sin dignarse poner en él la fulminante mirada.

Teresita posó un instante los hermosísimos ojos en su pariente, cuya voz había hecho vibrar en lo más recóndito de su pecho un á modo de misterioso cordaje, y

—Adiós, Pablo,—le dijo sin poder evitar

que sus ojos enviaran á los de aquel un destello fugaz de ternura.

* * *

No perdió Pablo el tiempo, y apenas eran transcurridos quince días, cuando ya estaba convertido en almacén de coloniales el local del *Tallarines*, y en los limpios anaqueles veíanse primorosamente ordenados los artículos de mayor salida y abarrotados de féculas y semillas los blanquísimos casilleros.

Cuando doña Paca y Teresa vieron una noche desde detrás de los visillos, la nueva tienda, que se destacaba radiante de luz en la media obscuridad de la calle, se mordió la primera los labios, y

— ¡Pillo, catorce veces pillo, en qué malita hora pensó mi pobre Juan en sacarte de tu indecente pueblacho! — balbuceó con acento rencoroso.

Teresa observaba silenciosa y como con vaga complacencia á Pablo, ocupado en aquellos instantes en dar órdenes á su dependiente, un muchachito rubio, coloradote y

de torpes movimientos que despachaba á la primera parroquiana que había penetrado en el almacén, la cual, tan satisfecha hubo de salir de él, que al día siguiente había corrido la noticia por todo el barrio de que en casa de don Pablo despachaban mejor y más barato que en la de la antigua tendera.

Francisco, al contar aquel día el importe de la venta, suspiró profundamente y no pudo por menos que posar una mirada un tanto llena de hostilidades en el almacén de su antiguo y descastadísimo compañero.



VI

El señor Juan el *Tolete* acabó de quitarle el polvo conque le suavizara el cutis á Joseito el *Carambola*, en cuyos mofletudos carrillos acababa de cumplir su delicada misión, y dijo al tiempo de sentarse en uno de los sillones forrados de yute que adornaban el típico establecimiento:

—¿Y cómo y por qué ha sido eso de venir á afeitarte en mitá de la semana?

—Es que anoche me amartelé con una *gachí* más rebonita que un cromo, y le jurgué con la cara en un carrillo y me dijo la *gachí* que á mí debió parirme una pintarroja, y como eso no es la *chipé*, porque yo tengo los

carrillos cuasi de tisú de oro, pos velay tú, me ofendí y por eso he venío á que tú me los pongas como me los has puesto, más relisos que la parma de la mano.

—Y aónde vas ahora más suave que el mismísimo terciopelo?

—Pos ahora, si no escarrilo, voy á cá de don Pablo, que me encargó que le chalaneara unas cajas racimales que tié á la venta Joseíto el *Pitillero*.

—La verdá es que el don Pablo le va á afeitar toa la barba á la viuda de Pinto.

—Pos miá tú, eso mismito que tú dices es lo que yo me figuro; pero con lo que yo no doy es con el por qué de que se hai-gan aseparao cuando estaban á partir un piñón, y eso tié que ser que habrá habío entre ellos una bronca más grande que un terremoto.

—El señor Francisco dice que *nanai*, pero eso me parece á mí guayaba.

—Como que eso no puée ser, y sobre tó sabiéndose como se sabe que á Pablo nunca le puso amarga la boca la Teresita.

—Hombre, te diré: argo de eso se me ve-



nía á mí de cuando en cuando á la pícara imaginación.

— Pero si pa ver eso no se necesitaba na más que no ser miope; y lo que el hombre se habrá dicho, ojos que no ven.,.

— Eso no, porque si eso fuera asín, se hubiera díó al *Morlaco* por lo menos.

— También eso es verdá, y oye tú, tú que eres hombre de pupila, ¿qué me dices tú der novio de la chavala?

— Pus pa mí que ese es un róa que en quantito puéa les deja el ultramarino pa que se puea bailar en él un chotiz.

— Me parece á mí que sí, que ese *gachó* es toíto lo que tú dices.

— ¿De qué se trata, caballeros? — preguntó penetrando en la barbería en aquel instante Joseíto el *Tallista*, un hombrecillo escuálido, de tez amarillenta, de larga nariz, de chupadas mejillas y de rojiza barba de macho cabrío.

— Hablábamos de las tenderas y del novio de la Teresita.

— ¡Ah, del don Enrique!... Eso sí que es un caballero, y gusto da tratar con él; el

otro día estuvimos un ratillo de palique; por cierto que me pidió el diseño de algunos muebles pa cuando llegara la hora; me dijo que tenía noticias de cómo trabajo yo, y, lo que pasa, yo me esmeré en er diseño, y como uno en esto es un catedrático, pus encomencé por lo que más le gusta á toíto el que se va á casar, por la cama, y no es porque lo haiga hecho yo, pero le he dibujao un cabezeco que hay que mirarlo con lentes; supónganse ustedes que he jecho una especie de trítico, en el que en un lao he puesto dos palomos arrullándose; en el otro lao uno empollando y el otro arrastrando la cola, y en el tercero he puesto un pichón además de los dos palomos.

—Hombre, ¿qué rebonito que estará eso, verdá, *Toleter?*

-- Sí que lo está, y no es alabancia, pero tengo que variarlo porque, según creo, la novia quiere que le ponga, no uno, sino toíto un bandurrio de pichones.

—Y oiga usted —le preguntó al *Tallista* el barbero— y don Pablo, ¿no le dió á usted trabajo en el arreglo de la tienda?

—Quería que le tallara unos rosetones pa el frente del mostrador, pero el hombre se creyó que en vez de rosetones eran *soldaos de Pavía* y quería pagármelos á una *torda* por cá uno, y yo le dije lo que se caía de su peso, que se los tallara el Nuncio, no por mí, sino por el arte, porque á la fin y á la postre, el arte siempre es el arte, y los artistas siempre semos artistas.

Y Joseíto, envanecido de lo bien que había redondeado el período, pasose gravemente, después de escupir, la mano por los humedecidos labios.

Cuando Joseíto hubo salido de la barbería, reanudaron su conversación el *Tolete* y el *Carambala*.

—Díbamos diciendo que estamos conformes en lo del novio de Teresita. Yo estoy la mar de bien enterao de to por su lavandera, que es una *gachí* que tiée un oído que estando aquí oye sonar dos pesetas en *Dos Hermanas*, y como cuando la madre y la hija hablan parece que se están probando la voz...

—Entonces esa *gachí* sabrá si la Teresa está de *chipé* por el don Enrique.

—Lo que ella dice es que en aquella casa hay ahora una de gastar, que al de más carzones se le caen los perniles; que desde que se formalizó el noviajo, el novio *gandallea* allí de *upa* y que, como es naturá, el día que come allí es poco lo que saca el copo y lo que tiée la recoba pa llenarle la panza al mocito, que dicen que se da unas *giteras* que un día sí y otro nó tiée que tomar el aceite de ricino.

—Pos pa resistir esa enfermedá, *chavó*, se necesita la mar de parientes boticarios.

—Toma, pus por eso al señor Francisco se le va agrandando al probe la calva y gas tándosele de tanto predicar la campanilla; pero como si le predicara á la luna; y entre tanto, vengan güen jamón y güenos filetes y güen vino, y vengan sombrerillos, y vengan paseos en coche, y ná, lo que to er mundo dice: que de seguir por ahí van á tener dentro de na que andar con el contrafuerte.

—Y don Pablo á to eso como si estuviera pintao en un zócalo, ¿no es así?

—Ese no dice nunca ni pío; ese *gachó* es

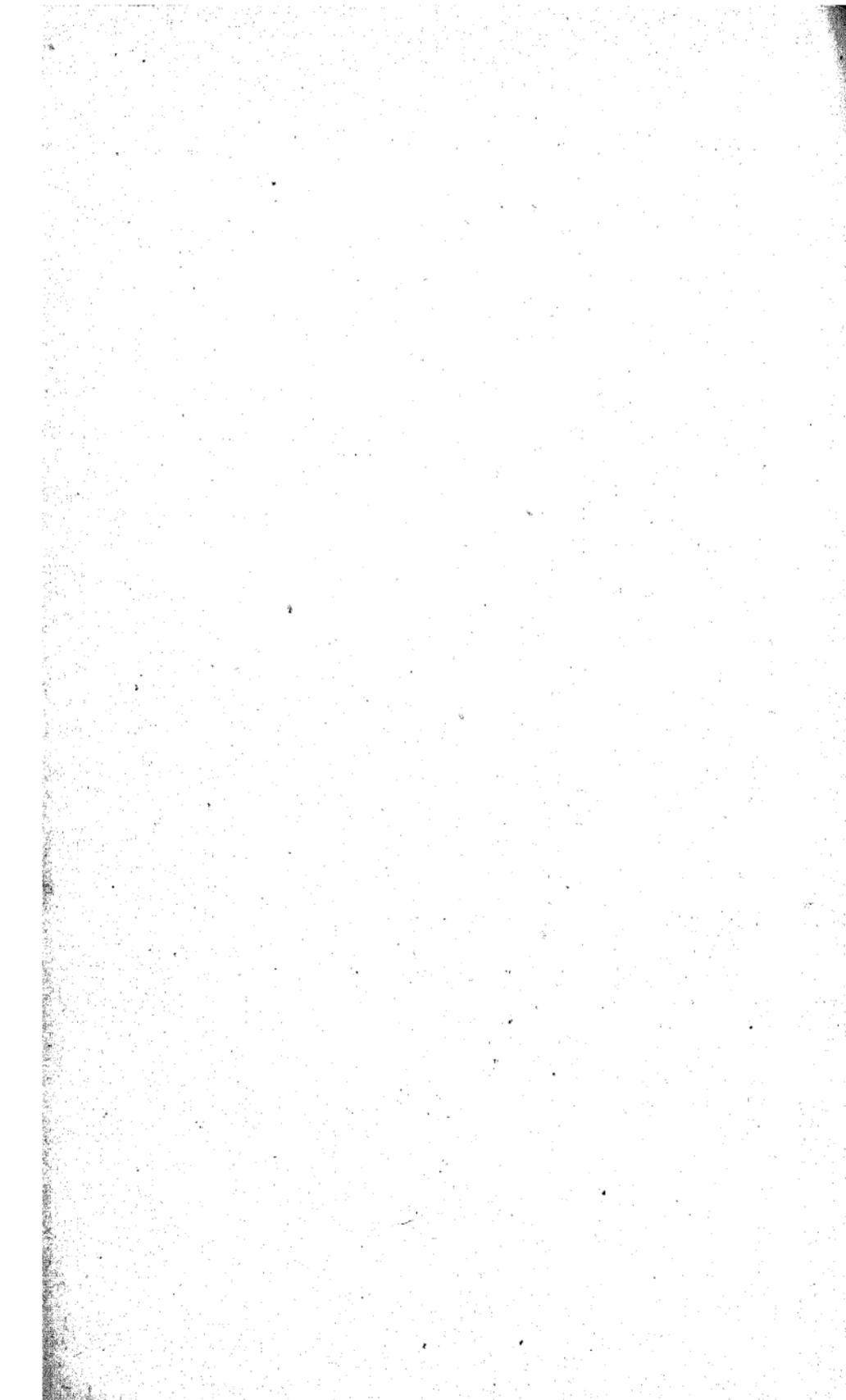
de los que sueltan las palabras como si fueran cupones...

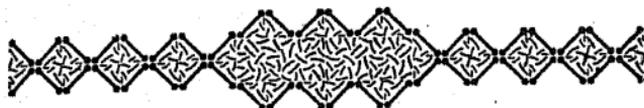
—Juan —exclamó en aquel momento la mujer de éste apareciendo en el umbral de la trastienda,— con el premiso del *Carambola*, anda pa entro que se te va á enfriar el pavo trufao y se van á poner duros los bizcochos mostachones.

El *Carambola* se incorporó, y momentos después despedíase de su amigo diciéndole con voz zumbona:

—Anda, hombre, anda, vete ya, que esas cositas no las cría Dios más que pa los maestros barberos.

Y tras colocarse, delante de uno de los espejos, á lo truhán, el airoso *sevillano*, salió de la barbería repiqueteando diestramente los dedos y canturreando á media voz uno de los tangos más en boga.





VII

—¿Conque Pablo va á toda vela en su negocio?—preguntó Enrique á doña Francisca con acento al parecer indiferente.

—Lo que pasa—exclamó con voz irritada la buena señora—es que está perdiendo el dinero «á ojos yista» no más que por quitarnos el marchanterío; usté supóngase que ni manque le naciera en el cielo de la boca, se puede vender el arroz de primera á lo que él lo está vendiendo, y quien dice el arroz, dice las habichuelas, y quien dice las habichuelas, dice...

—Oye, Enrique—exclamó interrumpiendo bruscamente á su madre la muchacha,—¿le escribiste por fin á tu familia?

—Ya lo creo, y esta mañana recibí carta suya.

Y Cárdenas, al decir esto, sacó del bolsillo interior de la cazadora una cartera de piel con sus iniciales en plata y de la cartera un sobre en cuyo cierre lucía un escudo.

—¿Y qué le dice á usted su padre? — le preguntó la tendera.

—¡Pero, mamá!—exclamó en son de protesta Teresita.

—Pues me habla de varios asuntos—dijo Enrique sin parar mientes, al parecer, en la indiscreción de su futura madre política,— además del que á ustedes se refiere.

Y recorriendo la carta con la vista murmuró:

—Me habla de una proposición que le han hecho para que venda unas viñas... y de un pleito que... ¡Ah, sí! aquí está lo que yo buscaba.

Y apartando los ojos de la carta, continuó.

—Como yo le decía lo de mis relaciones con Teresa, y les anunciaba que muy pronto tendrían que venir á visitar á ustedes de

tiros largos, me dice: «Respecto á lo que me indicas de tu proyectado matrimonio con la señorita de Pinto, nada tenemos que objetar, pues personas de toda nuestra confianza nos aseguran que tu elegida es por su virtud y por su belleza digna en todo de tí y de nuestro cariño.»

A doña Paca se le atragantó la saliva y Teresita vió cómo huía, rápida, de su imaginación completamente en derrota la imagen de Pablo, con sus ojos fríos y serenos, sus bigotes caídos y su tez descolorida.

La conversación volvió á recaer sobre el pariente. no obstante las habilidades de la muchacha por ponerle término; pero su madre no se cansaba de arrojar sobre aquél inflamados anatemas.

—Y qué, ¿van ustedes mañana á los toros?—preguntó Cárdenas, ya cansado también de tema tan aburrido.

—¿A los toros? No, no lo habíamos pensado...

Enrique, que aquel día había firmado la nómina, exclamó:

—Pues mañana irán ustedes: yo las invito.

—No, de ningún modo, muchísimas gracias.

Enrique insistió; el cartel de la corrida era según él, de los que hacen época; mataban el *Cachuchín* y el *Pollo* de los *Metedores*, dos futuras cúspides; además el ganado era de uno de los más famosos ganaderos. A las tres y media en punto estaría él al siguiente día con el coche en la puerta de la casa.

Cuando Enrique se hubo marchado, madre é hija se contemplaron meditabundas: aquello era un compromiso; Teresita quería ir á los toros con mantilla blanca.

—Pero, hija, por Dios y por todos los santos; mira que una mantilla de esas, por poquita cosa que sea, cuesta veinticinco ó treinta duros—exclamó con voz que fué un lamento doña Paca.

—Pues lo que es yo no voy sin mantilla blanca á los toros—le repuso su hija torciendo graciosamente los labios frescos como pétalos purpurinos.

—Pero mira, hija, que vamos por muy mala vereda; mira que los cuatro ochavos que teníamos están dando las boqueadas.

—Pues yo no voy á los toros como no sea con mantilla blanca—repitió Teresita sentándose al borde de una de las butacas y redoblando con el pie nerviosamente sobre el alfombrado suelo.

Mientras doña Francisca trataba en vano de convencer á Teresa, Francisco empezó á retirar de la puerta los sacos de afrecho y cebada colocados en ella á modo de reclamo, no sin posar de cuando en cuando una mirada de despecho en el establecimiento del vecino, con el cual había hablado contadísimas veces desde el día de su separación.

—Pero hombre, ¿me quieres decir cómo puedes vender á veinte reales la harina candéal?—hubo de preguntarle un día exasperado por la baja iniciada por aquél en casi todos los artículos.

—Pues porque su precio al por mayor no pasa de diecinueve—le contestó Pablo tamborileando con los dedos sobre el mostrador.

—Pero, hombre, ¿tú te conformas con ganar un real en cada arroba de harina?

—Es cuestión de número; en casa de usted

se vende á veinticuatro, y cuando yo estaba allí se vendía una semana con otra unas veinte arrobas, que dejaban poco más de cien reales semanales, ¿no es así? Pues bien, yo la última semana vendí ciento veintidós arrobas, que me han dejado en junto una utilidad mayor que la que ustedes perciben.

Francisco inclinó la cabeza, y cuando llegó á su casa planteó la cuestión á doña Paca, diciéndole:

—Mire usted, señora; me parece que ya ha llegado el momento de defenderse, y que si Pablo abarata los artículos, menester es que los abaratemos también nosotros.

—Eso es lo que él quisiera; como que lo hace tan sólo por dejarnos á pedir limosna, pero lo que es en eso no está en lo firme; á él no le puede durar mucho la pólvora que se llevó de aquí, y como nosotros á Dios gracias, podemos tirar todavía, pues tiraremos hasta que vean á ese hombre encueros vivos los ojitos de mi cara.

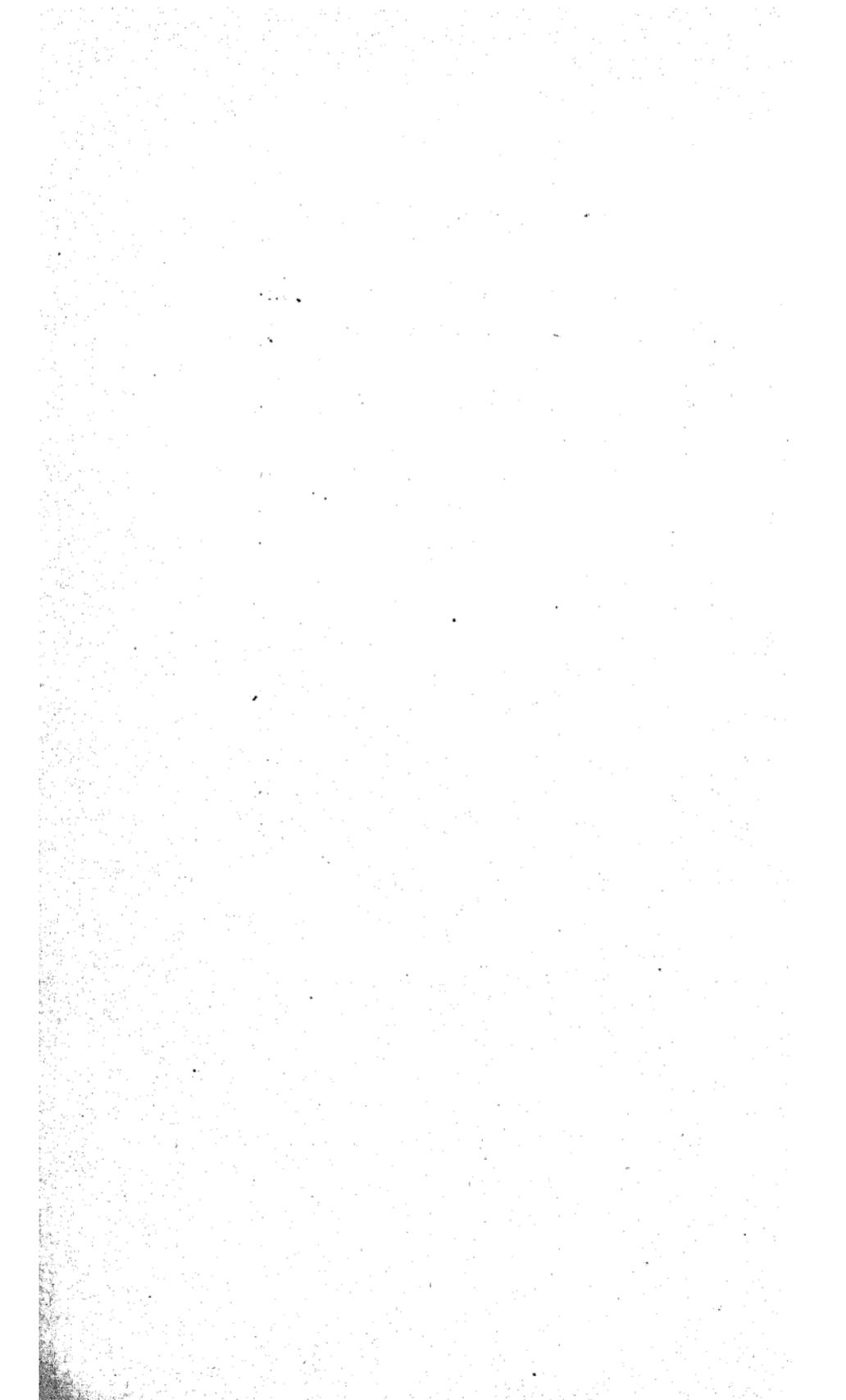
Trató el viejo de persuadir, de que Pablo no podía quedarse en tan paradisiaca desnudez, á doña Francisca, pero ésta, irritada,

con las razonables palabras del anciano, concluyó por decirle á éste con voz iracunda y descompuesto ademán:

—¿Pero es que usted se va á coser la capa con ese desagradecido?

El señor Francisco posó una mirada tan llena de sentidos reproches en la viuda, que ésta, tras un instante de silencio, le dijo arrepentida:

—Perdone usted; es que sólo el oír mentar á ese hombre me enciende la sangre, y eso que le he dicho á usted, no me ha salido de dentro, demasiado lo sabe usted. ¿Cómo me iba á salir de dentro si es usted ya la única persona en quien tenemos confianza, la única, señor Francisco, la única de fiar que ya nos queda en el mundo?





VIII

Invadíalo todo el sol, y á sus ardientes resplandores, semejaban riquísimos joyeles las floridas macetas, que convertían ventanas y balcones en reducidos jardines; agrupábanse los mocitos acá y acullá alegres y bullangueros, con el de rondeña ó de sevillana estirpe inclinado á lo truhán sobre las sienes; lucían las hembras en estado de merecer, sus más vistosas faldas de percal, sus más flamantes ajustadas chaquetillas y sus primorosos peinados tocados de flores, charlando en animados corrillos ó casi revoloteando en irisados bandurrios, á lo largo de la calle.

En «La alegría del barrio», el más famoso

de los hondilones de Lagunillas, porraceaban las mesas con alcohólicas energías los más empedernidos bebedores; descansaba el *Tolete* de sus recientes barberiles proezas, cruzado de brazos en el dintel de su barbería, y algunos rapaces vestidos de limpio ponían de relieve sus taurómacas aptitudes, convirtiendo en capote de brega los baberos, en banderillas los índices y el arroyo en campo de sus infantiles hazañas.

Pablo, sentado en la puerta de su establecimiento, contemplaba distraído el risueño bulle bulle, mirando de vez en cuando hacia el balcón de la casa de Teresita, donde alguna que otra vez solía adivinar ojos que lo vigilaban avizores desde detrás de los calados visillos; y ya se disponía á levantarse, cuando llegó junto á él don Marcelino, el más conocido de los comisionistas de Málaga, hombre de cincuenta años, de aun bizarro empaque, de ojos de doliente mirar, de lánguido sonreír y de abotagadas mejillas.

-- Hola, don Marcelino—dijo Pablo incorporándose.

-- Buenas tardes—murmuró el recién lle-

gado, con voz triste como una salmodia.

—Siéntese usted.

—Me sentaré... exclamó don Marcelino uniendo la acción á la palabra y tras breve silencio continuó:—Anoche recibí carta de la Mancha, y aquí tiene usted la factura de su último pedido.

—No me urge; aun me queda algo de la última partida.

—Y hablando de otra cosa, ¿cómo les va á las parientas?—interrogóle tras algunos instantes de silencio al recién llegado.

Se encogió Pablo de hombros y le repuso:

—No sé; apenas si me saludan.

—Pues yo sí sé, y desde hoy me iré con pies de plomo con ellas; el otro día me enviaron con Francisco una nota para que pidiera á la casa de Sampson, de New-York, veinte barricas de jamones, pero no seré yo fija mente el que le sirva tal pedido.

Pablo, que había permanecido silencioso oyendo al comisionista, le preguntó:

—¿Tiene usted ahí la nota de precio de los Lizarri, de San Sebastián?

—Sí, aquí la tengo.

Mientras Pablo repasaba la nota, un coche arrastrado por dos briosos caballos se detuvo delante del almacén de doña Paca, y un momento después saltaba del vehículo Enrique Cárdenas vestido con pantalón y chaqueta blancos de hilo, cinturón de piel de caimán, del cual pendían dos cadenas de metal blanco que se le perdían en los bolsillos de los pantalones, camisa de pechera de red, un cuello bajo sin almidonar, corbata azul y grana á grandes listas, zapatos de lona y amplísimo jipijapa.

Pocos minutos después de haber penetrado Cárdenas en casa de las de Pinto, salían éstas escoltadas por el primero, que posaba sus ojos con expresión complacida en el talle elástico de la muchacha, que caminaba gentil, ciñéndose la brillante falda á la redonda cadera.

Doña Francisca salió hecha un brazo de mar, como ahogándose entre un revuelto oleaje de raso; una gran cadena de oro sujetaba sobre su pecho informe un medallón, dentro del cual, el retrato de su difunto parecía protestar con semblante severo de

aquellos anárquicos proceder; detrás de la tendera apareció Teresita, moldeado el cuerpo por un vestido de *fulá* y luciendo con gracioso desenfado la típica mantilla blanca, sujeta en el pecho por un ramo de claveles grana, hermanos gemelos de los que lucía prendidos en la negrísima y sedosa cabellera.

Cuando arrancó el carruaje, después de saludar toda sonrisas á don Marcelino, murmuró doña Paca inclinándose hacia su hija y acompañando sus frases con una mirada inquieta y con un ahogado suspiro:

—¡Don Marcelino con el parientel ¡Dios nos asista!

—¿Es ese el novio de la muchacha?—preguntó á Pablo en aquel momento el comisionista; y al ver que aquel asentía con un ligero movimiento de cabeza, continuó:

—Pues valiente mozo está el mozo; y el día menos pensado le van á dar una desazón á ese caballero.

—Oiga usted—le dijo Pablo sin apartar los ojos del catálogo y como si no hubiese oído las palabras de don Marcelino—¿estas

bujías número veintiocho son las que reciben los Toledanos de la calle del Carmen?

—Las mismas.

—Bueno, entonces me va usted á hacer el favor de tomar nota...

—Usted dirá:—repúsole aquel echando mano á la cartera.

—Ponga usted cien paquetes de las de ese número y otros cien de las del número veinticuatro, que son de las que se corren menos.

Y mientras aquél apuntaba el pedido en su libro de notas, arrojó Pablo una furtiva mirada sobre el coche, que alejábase rápido y resonante, amenazando con atropellar á los alegres bandurrios de mozas y mozos que asaeteaban al paso á Cárdenas y á las de Pinto con las punzantes ironías de sus salados decires.



IX

Tres meses eran transcurridos desde el día aquel en que Cárdenas acompañara á los toros á las de Pinto, á este en que volvemos á sacar á escena á nuestros protagonistas, tiempo durante el cual Pablo había seguido desvelándose por la buena marcha de su negocio, mientras aquéllas no cesaban un punto de ensanchar en su ya casi pobre barco, la gran vía de agua que amenazaba hundirlas en breve en el mar hirviente y hondísimo de su irreparable ruína.

Cárdenas, seguía procurando convertir en realidad sus rientes esperanzas, no sin que alguna que otra vez turbara la serenidad de

su espíritu algún que otro á modo de misterioso balbuceo conque la opinión empezaba á socavar los cimientos del crédito de la viuda de Pinto. En uno de aquellos momentos de zozobra había intentado Cárdenas, aunque inútilmente, sondear al viejo dependiente, diciéndole:

—Créalo usted, amigo Francisco; quisiera yo que Teresita no tuviese absolutamente nada para que me lo debiese á mí absolutamente todo.

—Eso prueba lo profundo del cariño que siente usted por ella—repúsole el viejo, mirándolo con expresión en que asomaba el sarcasmo sus burladores perfiles.

Insistió Cárdenas, pero como resultaran inútiles sus habilidades, siguió la incertidumbre ahondando poco á poco en él su envenenado agujijón y haciéndole advertir algo insólito é inquietante que comenzaba á hacer huir de aquella familia, antes tan dichosa, sonrisas plácidas y alegres cascabeleos.

Doña Francisca empezaba á pasarse á veces las horas con un codo en la mesa y la mejilla en la palma de la mano, mientras

Teresa, sin que él pudiera dar con la clave de aquella metamórfosis, parecía sentir menos inclinación por él que sintiera en los albores de sus bien poco vehementes amoríos.

Una noche, ansioso de ver claro en aquella á modo de inquietante nebulosa, dijo á Teresa con voz capaz de conmover á una estatua.

—Yo, Teresa, no puedo seguir así; yo necesito que seas mi mujer para que no me mate la impaciencia.

Sonrió aquella con incrédula expresión y dijo con acento ligeramente irónico:

—Hombre, por Dios, no exageres.

Doña Paca que tenía el don de dormitar sin perder una mirada ni una frase, desentornó perezosamente los párpados y preguntó á su hija con expresión al parecer indiferente.

—¿Qué decía Enrique?

—Nada—le repuso aquella encogiéndose de hombros.

Cárdenas calló, pero un profundo desaliento empezó á apoderarse de su espíritu.

—Oye, Enrique—díjole al día siguiente

uno de sus íntimos amigos—¿sabes que he oído decir que les ha caído la ceniza á tus parrales?

Enrique sonrió forzadamente, pero la flecha le temblaba en la dolorosa herida; aquel amigo podía tener razón; él ya lo había pensado muchas veces; ya el almacén de las de Pinto estaba casi siempre solitario como un desierto, mientras en el del pariente zumbaba á todas horas la parroquia como un nutridísimo enjambre.

La noche del día en que su amigo le hablara del riesgo que parecía amenazar sus posesiones futuras, á poco de estar sentado junto á Teresa, le dijo á doña Paca con acento ligeramente trémulo:

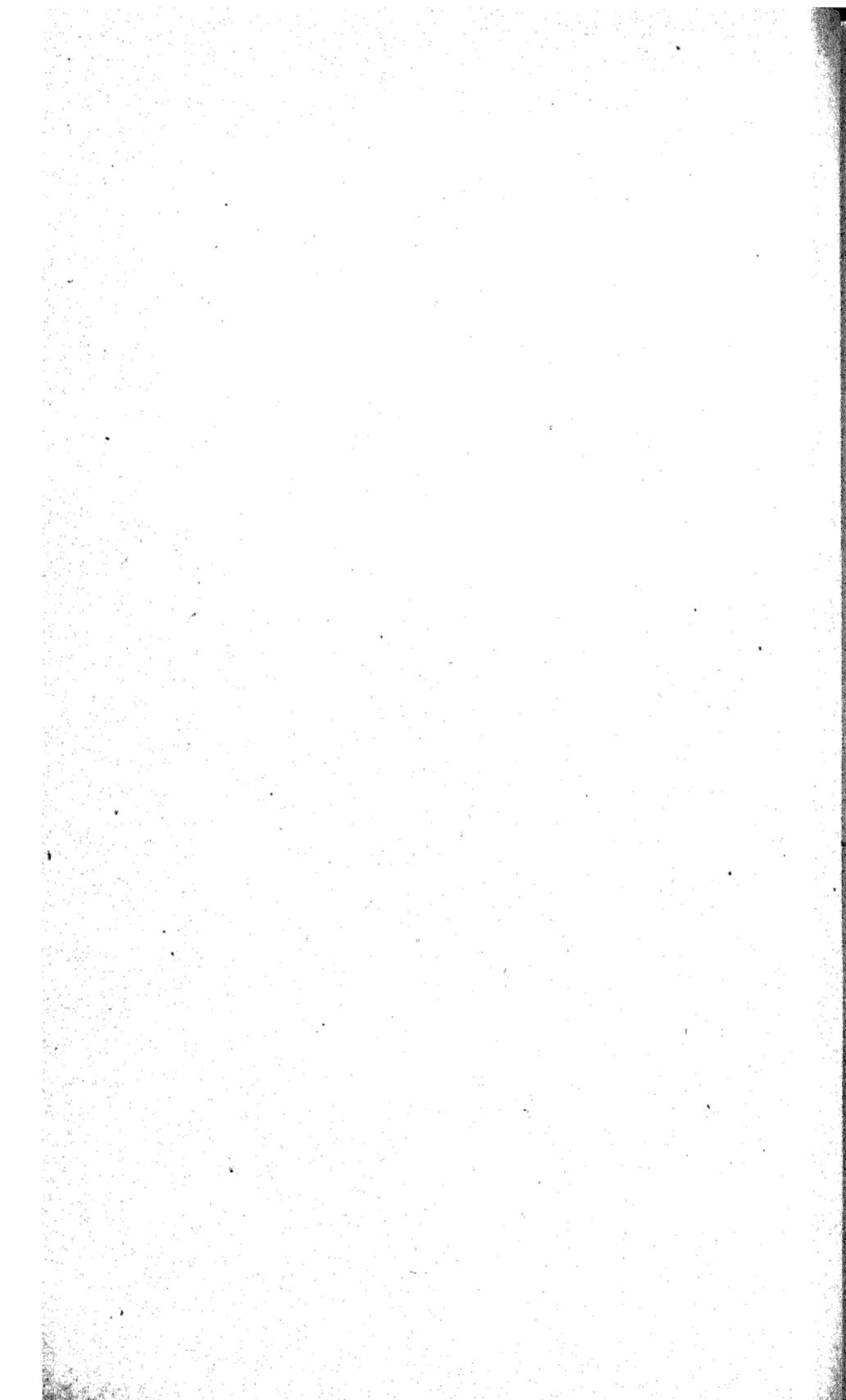
—Por lo que yo veo, el almacén de Pablo no deja vivir al de ustedes...

Doña Paca se puso pálida, pero dominando su turbación le repuso:

—Sí, algo hay de eso, pero si la cosa sigue así, le dejaremos el negocio á Francisco, porque yo ya estoy mu cansaíta de esta brieda, y como gracias á Dios, tenemos para vivir sin ahogos...

Enrique vió transparentarse un tanto la densa bruma que empezaba á ennegrecer el soñado porvenir: las palabras de la tendera le ayudaron á restaurar un tanto sus esperanzas en ruinas, y á partir de aquella noche, cuando íbale alguien con el cuento del mal estado del almacén de coloniales, sacudía noble y desdeñosamente los hombros y murmuraba como mirando aquellas miserias desde olímpicas latitudes:

—¿Y qué me puede importar á mí el almacén de la viuda de Pinto?





X

La oficina presentaba un poco riente golpe de vista; la luz que penetraba por los grandes ventanales no conseguía desterrar del todo la sombra que amparábase de los altos y recios muros, de la vetusta estantería, abarrotada de empolvadísimos legajos, de las grandes mesas, renegridas por el uso, y de los fuertes pupitres de nogal, que amenazaban con rendirse al peso de cien y cien abultadísimos mamotretos.

Empezaban á llegar los empleados, como si al cumplir con su deber le dispensaran un alto honor á la Hacienda; abrían los más formales y metódicos sus carpetas y colocaban

ordenadamente junto á los libros los útiles del trabajo, mientras los más jóvenes bromeaban en animados corrillos.

Cárdenas, á su entrada, fué acogido con un acorde y prolongadísimo taconeo.

Avanzó aquél con cómica gravedad, y llegado que hubo al centro de la oficina, se inclinó en una exagerada reverencia y dijo con voz de simpático timbre sonoro:

—Agradecido, señores.

Y dichas estas palabras, se dirigió gallarda y lentamente hacia su carpeta, mientras Cañaverales le decía con voz chillona:

—Oye tú, Enrique, por una discusión, tú que eres la mar de perito en la materia, ¿cuáles son los mejores bacalaos?

—Hay opiniones—repúsole Enrique con voz reposada y enfática expresión.

—¡El Jefe!—dijo en aquel instante, penetrando rápido y como asustado en el enorme salón, uno de los ordenanzas; y dado el aviso, se alejó de nuevo para que no le sorprendieran lejos del lugar que le estaba señalado.

Momentos después penetraba en la ofici-

na el anunciado por el ordenanza, un señor panzudo, de rostro serrote y simpático, de bigote blanco y pobladísimo y de tersas y sonrosadas mejillas, el cual, tras pasear una mirada escrutadora por los empleados, que aparecían ya cada uno en su lugar respectivo, se dirigió hacia su departamento, no sin saludar antes á todos con una ligerísima inclinación de cabeza.

Todo el elemento joven empezó, apenas aquel hubo penetrado en su oficina, á abandonar sigilosamente su sitio, y un á modo de zumbido sordo, llenó el amplísimo salón; los empleados encanecidos sonreían indulgentes recordando sus ya remotas mocedades; sólo don Evaristo—un viejo asmático y bilioso, alzaba de vez en cuando la cabeza tornasolada y mirando por encima de las gafas á los más revoltosos, dejaba escapar de entre sus sumidos labios un prolongadísimo siseo.

Ya empezaban á abandonar también sus asientos los menos temerarios, cuando les hizo volver á ellos la aparición del mismo ordenanza, que penetró en la oficina gritando con

voz que resonó como un toque de corneta.

—El señor Cárdenas que pase de seguida á la oficina del Jefe.

Se inmutó Cárdenas, y

—¿Mandaba usted algo?—preguntábale momentos después á don Mariano, el cual, después de mirarlo de modo hostil durante algunos segundos, le dijo:

—Tengo entendido, señor Cárdenas, que por motivos de salud le conviene á usted variar de clima cuanto antes.

Abrió desmesuradamente los ojos Enrique, y

—¡A mí variar de clima!—tartamudeó poniéndose como la grana.

—Sí, señor, y por lo tanto puede usted solicitar una permuta cuando guste.

—Pero si es que yo...

—Eso que le digo es un buen consejo que le doy á usted—continuó el Jefe con voz en que empezaban á vibrar vagas gradaciones de ventisca;—y si se lo doy es porque aún me acuerdo de que su padre de usted fué muchos años un fiel servidor de mi familia.

Enrique empezó á comprender la causa de

lo que le ocurría; sin duda el Jefe habíase enterado de algunos de sus muchos y arriesgadísimos chapuces administrativos.

—Pero es que yo ignoro—dijo recobrando algo de su audacia—el por qué de ese consejo, que para mí es una orden.

Le miró fría y severamente don Mariano, y

—Yo no lo ignoro, y tiene usted ocho días para decidirse, y ya puede si gusta, retirarse, señor Cárdenas.

Este salió con torpe paso y en abatida actitud.

—¿Qué? Oye tú, ¿para qué te quería don Mariano?—le preguntó Cañaverales con voz que estaba pidiendo á voces uno de los más contundentes correctivos.

Enrique, que no se dignó contestar á su compañero, pasó el día luchando por ocultar su honda preocupación.

Aquella orden del Jefe había aventado de modo tan brusco como imprevisto sus más caras ilusiones; lo único que podía conjurar su situación era su inmediato casamiento con Teresa, de cuyo amor, como ya hemos dicho, empezaba á desconfiar; la im-

presión que ésta en un principio sintiera por él había empezado á amortiguarse sin duda en ella, de modo alarantísimo; ya sus ojos no se posaban acariciadores en los suyos; ya cuando él repetíale al oído alguna de las más sentidas y enloquecedoras frases de su vastísimo repertorio, solía ella mirarlo con ojos llenos de misteriosos cansancios.

Cuando llegó la hora de salir de la oficina, dirigióse Enrique á los jardines del Parque, de donde lo frío y desapacible del tiempo había ahuyentado á los ociosos, merced á lo cual pudo pasearse en ellos solitario, durante media hora, el ilustre descendiente de los Cárdenas, de la ciudad un tiempo prez y orgullo de los soberbios omiadas.

Tras muchas meditaciones, decidióse nuestro héroe á plantear de modo decisivo el dilema á doña Francisca: ó se casaba á escape, ó se marchaba también á escape á su tierra natal á pasear su tristeza y su desencanto por los vastos salones de su casa solariega, entre las engoladas efigies de sus ilustres antepasados.

Al decidirse á esto volvió á pensar en la

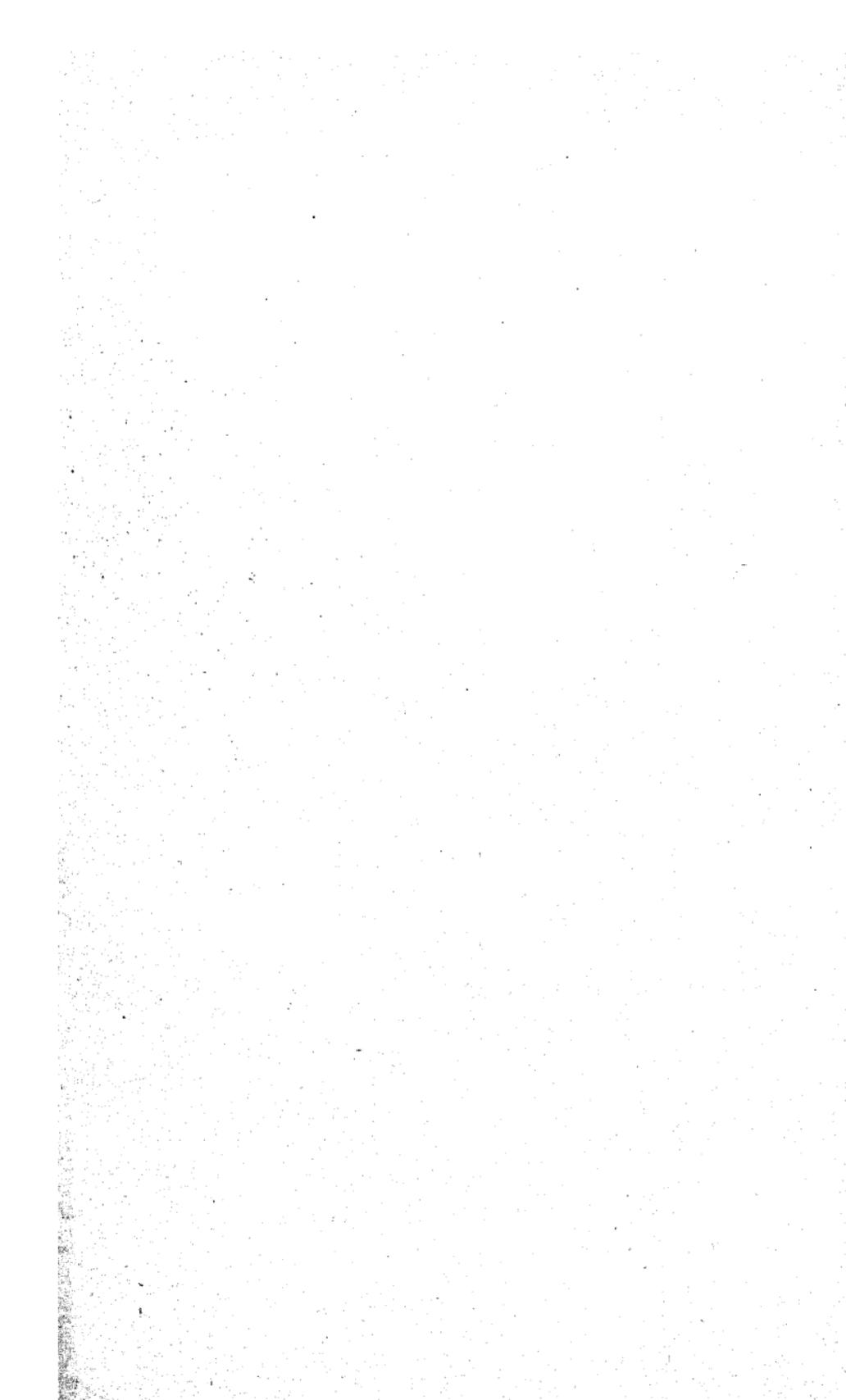
posición de las tenderas, y la incertidumbre clavó en él más hondo que nunca su garra implacable; antes de plantear la cuestión de su matrimonio debía informarse de lo que hubiera de real en sus temores, y pensando en esto se acordó de Ricardo Arjona, uno de sus mejores amigos, Jefe del personal de una de las casas de comisión más acreditadas.

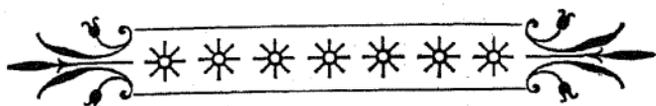
Aquella noche, antes de ir á ver á Teresa, se dirigió al Círculo y penetró en los billares.

—¡Hola, Enrique!—le dijo al verle Arjona que en aquel momento le daba tiza al taco, mientras su contrincante ponía de relieve, casi tendido sobre el tapete, la parte más carnosa de su individuo.

Cuando aquel hubo dado fin á la partida, cogióle Enrique por el brazo y se lo llevó hacia un extremo de la sala, y un cuarto de hora después salía Cárdenas del Círculo con meditabunda expresión, mientras Arjona, viéndolo alejarse, murmuraba al par que se dirigía hacia la mesa de billar en busca de su orondo compañero:

—Lo que es á este sí que le ha fallado la pícara carambola.





XI

No mintió seguramente Ricardo al asegurarle á Enrique como lo había hecho, que bien poco podía tardar en enseñorearse la bancarrota del un tiempo más acreditado almacén de Lagunillas.

El derroche de Doña Paca y Teresa y la retirada de los fondos de su pariente habían dado al traste con las reservas que el difunto señor de Pinto les legara; y pronto los tres tripulantes de aquel barco próximo á encallar en los siempre temibles escollos de la miseria, dieron comienzo á tejer la inrompible urdimbre que habíale de servir á su crédito de mortaja; y con tal rapidez, en su desesperada defensa, empezaron á sucederse

sus pedidos, que casi todos los comisionistas llenáronse de justificados temores y sólo los menos duchos cayeron en la red merced á la cual aun pudo prolongarse un tanto la ya iniciada agonía.

En uno de los días de mayor apuro, Francisco, que no había vuelto á decir palabra respecto á los motivos que determinaran aquella situación tan triste y desconsoladora, preguntó á la viuda con acento sordo y sombrío:

—¿Conque no hay para pagar la letra de los de Sevilla?

—Sí, se pagará—le repuso aquélla suspirando.

Y tras un breve silencio le preguntó:

—¿Vence hoy?

—Venció ayer.

—Pues espérese un instante, añadió doña Paca dirigiéndose hacia sus habitaciones, de donde regresó á poco con un estuche en la mano, y el cual entregó al viejo diciéndole:

—Llévelo usted donde usted sabe.

—¿Y cuánto pido?

—¿Cuánto hace falta?

—Unas trescientas y pico de pesetas.

—Bueno, pues pida usted eso, y por si no es bastante, tome usted—añadió aquella sacándose, no sin trabajo, de uno de los dedos un cintillo en el que brillaba un diamante.

En tanto que Francisco se dirigía á coger su sombrero, sentóse en una mecedora la viuda de Pinto y dió comienzo á pensar en su situación y á evocar una época ya lejana, aquella en que los representantes más endiosados golpeábanse casi, al saludarla, el tobillo con el ala del sombrero; y al comparar su ayer con su presente, y al arrojar una mirada en el porvenir, en aquel porvenir tan desconsolador, que llenábale el pecho de tan tristes presagios, una angustia abrumadora, pesó sobre su corazón dolorido; su sola esperanza era Enrique, pero ¿y si la fortuna de que tanto éste alardeara quedábase reducida á una credencial de seis mil reales, y estaban en lo cierto los que juraban y perjuraban que sus ilustres progenitores no eran más que dos insignificantes desconocidos del antiguo califato?

Doña Paca se moría de angustia al pensar

esto, y de buena gana hubiera dado rienda suelta á sus lágrimas, á no haber penetrado su hija en aquel momento en la sala preguntándole:

—¿Qué haces aquí, mamáita?

—Ya lo ves, ¿me querías para algo?

—Sí, quisiera hablar contigo.

—¿De Enrique?

—No, no se trata de Enrique—le repuso aquélla sacudiendo ligera y desdefiosamente los hombros;— se trata de que yo no quiero que tú te desprendas del medallón que tiene el retrato de mi padre, porque en cambio mis zarcillos no tienen retrato ninguno, así es que aquí tienes el medallón para que lo guardes de nuevo.

—Es que yo no quería que tú te enteraras de estas cosas—murmuró la tendera tomando el estuche que Teresa le ofrecía.

—Eso es, para sufrir tú solita, para llorar tú solita, para desesperarte tú solita—dijo la muchacha con voz enérgica,—cuando yo y nadie más que yo tiene la culpa de todo lo que nos pasa.

—¿Tú? ¿Por qué has de tener tú la culpa?

—Porque sí, porque la tengo; porque cuando tú me decías que era una locura comprar esto y comprar lo otro, yo me hacía la tonta, y venga gastar y gastar como si tuviésemos un filón en la palma de la mano.

—No, hija, la culpa no es tuya ni mía, sino de Pablo, que se fué de nuestra vera nada más que por gozarse en nuestra ruina...

—No, mamaíta—exclamó en son de protesta la muchacha, interrumpiendo á su madre;— si Pablo se fué de nuestra casa, fué porque no pudo aguantar más tiempo el ver á Enrique constantemente á mi lado.

—¿Y qué le podía importar el ver á Enrique constantemente á tu lado?—exclamó doña Paca, posando sorprendida sus ojos en los de su hija, que repúsole sonriendo de modo enigmático y malicioso:

—Pues le importaba, mamaíta, y no poco que le importaba.

—Pero es que á tí te dijo Pablo alguna vez...

—No; decírmelo, nunca, y no obstante, yo eso me lo sé como me sé el *Padre Nuestro* y el *Dios te Salve María*.

—¡Pero es posible! ¿Y cómo tú en tanto tiempo no me dijiste nunca ni una palabra?

—¿Y para qué te lo iba á decir? Además, que Pablo nose franqueó nunca conmigo más que con los ojos; y además, que bien pudiera ser también que yo estuviera equivocada...

Doña Francisca miró meditabunda á Teresa pensando en que bien podía ésta tener razón, y en que de ser cierto lo que ésta suponía, bien podía Pablo haber hablado á tiempo, por más que hubiera sido inútil, completamente inútil: entre él y Enrique, nunca hubiera sido la elección dudosa.

Esto último lo pensó doña Paca no vencida del todo, al acordarse en aquel instante de las insistentes versiones que corrían respecto á la tan discutida posición de su futuro hijo político

—¿En qué piensas?—le preguntó acariciándola su hija.

—En que tal vez hubiera sido mejor el no habernos tropezado nunca con Enrique en nuestro camino.

—Tal vez, pero en fin, hablemos de otra cosa—dijo aquélla con voz apagada y des-

pués con acento enérgico continuó: —ya sabes que desde hoy se acabaron los moños y los paseos, y que se hace preciso que empecemos á vivir como unas pobrecitas, como lo que somos, ¿sabes?

—¿Y qué va á, pensar Enrique de nosotras?

—Enrique puede pensar lo que le dé la repotentísima gana.

En aquel momento se sintió la voz de las de Camacho, que gritaban desde el umbral de la tienda.

—¿Pero dónde están metidas las gentes de esta casa?

—Entren ustedes—les gritó la tendera, pasándose el dorso de la mano por los párpados para que sus amigas no pudieran ver en ellos las húmedas huellas de las lágrimas que ya amenazaban con ser constantes huéspedes de sus ojos entristecidos.



XII

Doña Gertrudis y Candelaria, que habían salido, según dijeron, á dar un *voltazo*, no quisieron dejar de entrar, al pasar por delante de la casa, á saludar á sus amigas; y después de los besos de costumbre y después de charlar durante algunos minutos de cosa que maldito lo que interesa á nuestros lectores, dijo la primera dirigiéndose á doña Paca:

—Acabo de pasar por el almacén de Pablo, y yo, la verdá, me hago cruces, porque eso de establecerse con un puñao de ajonjolí, y á los cuatro días querer ya correr la tienda, eso es para hacer pensar mal á San Juan tivangelista; y si nosotras no supiéramos que

el hombre es, al parecer, una persona decente...

Y doña Gertrudis puso digno remate á lo que no osara decir su lengua pecadora con una elocuentísima mirada.

Doña Francisca no afirmó ni negó, pensando en que también á ella le había pasado alguna vez por las mientes aquel poco piadoso pensamiento.

—¡Quién sabe!—dijo Candelaria abanicándose la nuca y haciendo revolotear las rubias vedijas que se le rizaban sobre el cuello como sutiles volutas de oro.

Teresa, que había escuchado á las de Camacho con la frente fruncida, exclamó con vehemente expresión de protesta y con acento irritado

—Pues yo digo que Pablo es incapaz de lo que ustedes se figuran.

—Mira—le repuso doña Gertrudis,—yo no te diré que sí ni que no, pero cree tú que el hombre que hace lo que él ha hecho con ustedes, ese hombre es capaz de meterle la lanza por un costado al Santísimo Nazareno.

—Me parece á mí que está usted en lo firme, señora—dijo la tendera con acento convencido,—pero crea usted también que Dios tiene un mirador en cá estrella y que ninguno nos vamos de este valle de lágrimas sin pagar lo que debemos.

—De eso habría mucho que hablar—murmuró irónicamente doña Gertrudis.

—Oye tú, niñita, ¿á qué hora viene tu novio?—le preguntó Candelaria con voz zalamera, á Teresita.

—Pronto debe venir.

—Y qué, ¿sigue gustándote como antes?

—¡Qué pregunta!

—Y oye tú, ¿cuándo es el casorio?

—¡Qué sé yo! ya veremos.

—Pues lo que es mi persona, tiene ya la mar de ganitas de acompañarte á la Iglesia, por ver si tus alfileres tienen más fortuna que los de otras; suponte tú que tengo ya reunidos veinte y tantos por lo menos en un canuterito de plata, y ni por esas; tanto es así, que en todo el tiempo en que he estado reuniéndolos, me han salido dos proporciones, una con un viejo con una panza que es

un *Legío*, y el otro un callista con el que no se puede hablar en verano.

—¡Ay, quien tú eres!—exclamó posando en su hija una mirada furibunda doña Gertrudis;—cualquiera que te estuviera oyendo y no te conociera, diría que no habías tenido nunca más que esas dos proporciones; cuando tienes la calle casi todo el año que es todo un jubileo.

—Sí, ya sabemos que son bromas tuyas, señora—dijo doña Francisca sonriendo bondadosamente.

—Es que lo mismo que lo dice aquí, es muy capaz de decirlo en un púlpito; pero hablando de otra cosa: ¿á que no aciertan ustedes lo que me dijeron anoche del novio de Teresita?

Y al ver que doña Paca la miraba con expresión interrogadora, continuó:

—Pues lo que me dijeron fué... que lo que tienen en Córdoba los padres de Enrique, es una albardonería.

—Puede que sea verdad—murmuró sonriendo Teresa.

—Y eso se lo habrá dicho á usted segura-

mente doña Rosario—exclamó doña Paca encendiéndose en santa cólera.

—Es usted más adivina que una gitana.

—Es que conozco bien el percal que se *retacea* en este barrio; por cierto que la tal doña Rosario puede hablar... ya no se acuerda de que su padre se pasó casi toda la vida repiqueteando en una sartén por esas calles de Dios.

Cuando se fueron las de Camacho, doña Paca, que habíase quedado en la tienda con su antiguo dependiente, levantó la tapadera de la orza del aceite, y después de mirar su contenido, exclamó con el asombro retratado en su mofletudo semblante:

—Pero, Francisco, si es que está que se derrama.

—El agua es muy socorrida—le repuso aquél sonriendo con melancólica expresión.

La tendera, se sintió conmovida ante las tretas con que su antiguo dependiente pretendía ocultar el desastre, y ya disponíase á dirigirse á sus habitaciones, cuando penetró Enrique en el almacén con ceño tan adusto

que no pudo por menos Doña Francisca de preguntarle sorprendida:

—Oye tú, ¿que es lo que á tí te pasa, hijo mío?

—¿A mí?, nada, señora; no me ocurre absolutamente nada.

Teresa, á la que también le había extrañado su seriedad, le preguntó cuando ya ambos hubieron tomado asiento, como de costumbre, en uno de los extremos del comedor, mientras doña Paca, también como de costumbre, amparábase de las agujas de hueso y del ovillo de lanilla:

—Oye, tú, ¿qué te pasa á tí esta noche?

Enrique, en lugar de contestarle, la miró adusto y le preguntó á su vez con voz colérica:

—¿Qué hacías cuando yo llegué en la tienda?

—Ya lo viste—le repuso la muchacha.

—Es que ya sabes que te tengo dicho que no quiero verte en la tienda; cuando bajas, luego hueles á especias de un modo horrible.

Teresa arrugó el bellissimo entrecejo; se entreabrieron sus labios húmedos y encen-



didos como flores carmesíes para contestar, sin duda, de modo adecuado á la inesperada descortesía, pero pensándolo mejor tal vez, dió comienzo á cantar en voz baja y con timbre dulce y sonoro:

Tonta yo, que cambié un día
por un coral un rubí,
y cuando lo hube cambiado
fué cuando lo conocí.

—¡Qué copla más bonita! Que no se te olvide.

—No se me olvida; es la más de mi gusto.

Ambos quedaron silenciosos. Enrique, con las piernas cruzadas, una mano en la sisa del chaleco y con la otra atusándose las aguzadas guías del bigote; Teresa, tras algunos instantes de silencio, se incorporó y cogió de sobre la mesa un periódico de modas.

—¿Vas á leer?—le preguntó Enrique con acento de reproche.

—Voy á ver los figurines. ¿Te molesta?

—¡Quién saber!

—Lo que yo sé es que estás esta noche inaguantable.

—No lo estás tú menos.

Doña Francisca, que no había perdido palabra del diálogo, estaba nerviosa y le bailoteaba la aguja en las manos; no obstante, dominándose, preguntó á su futuro yerno:

—Qué, ¿has tenido noticias de tu familia?

Enrique concibió en aquel instante un nuevo proyecto, que tal vez le permitiera alejarse de modo más airoso de aquellos ya para él peligrosísimos lugares

—Precisamente eso es lo que tan malhumorado me tiene.

—¿Y por qué?

—¿Por qué ha de ser? Porque esa carta me obliga á salir de Málaga dentro de muy pocos días.

—¿Pero eso, cómo?—le preguntó estremeciéndose la tendera.

—Asuntos de mi padre... Es accionista de una fábrica de Bilbao en que acaba de morir el gerente... y se ha empeñado en que yo vaya á desempeñar su puesto.

—Pero eso será cuestión de pocos días.

—¿Qué sé yo? Lo único que me dice es que volveré para la fecha de nuestro casamiento.

Y esto lo dijo dirigiéndose á Teresa, que parecía tranquilamente abismada en la contemplación de los figurines, y la cual, levantando la cabeza y mirando por encima del hombro á su prometido, le preguntó:

—¿Me hablabas á mí?

—¿Pero no has oído lo que dice?—le preguntó su madre llena de consternación.

—Sí, que tiene que ir á Bilbao.

—Pero para volver muy pronto—exclamó Cárdenas como para evitar que se desmayara Teresa.

—¿Y cuándo será la marcha?—le preguntó ésta con acento indiferente.

Cárdenas que la miraba sorprendido le repuso desconcertado.

—Lo más pronto que me sea posible.

—¡Bueno!—murmuró Teresita sacudiendo de modo casi imperceptible los hombros y volviendo á posar sus ojos en el periódico de modas.

Cuando, llegada que fué la hora de costumbre, salió Cárdenas de la casa, no se sentía muy satisfecho; no podía él conformarse conque el inesperado viaje no hubiera

arrancado ni una sola lágrima á los hermosísimos ojos de su prometida.

—¿Y qué te parece á tí lo del viaje?—le preguntó á ésta doña Paca, apenas hubo salido Cárdenas del comedor.

—¿Qué quieres tú que me parezca? que todo lo que Enrique ha dicho es una fábula; que seguramente está ya al tanto de lo que nos ocurre, y como esto ya no le conviene...

—Pero, por Dios, hija, que eso no es pensar bien.

—Puede que me equivoque, pero tal vez sentiría el estar equivocada.

—Pero...

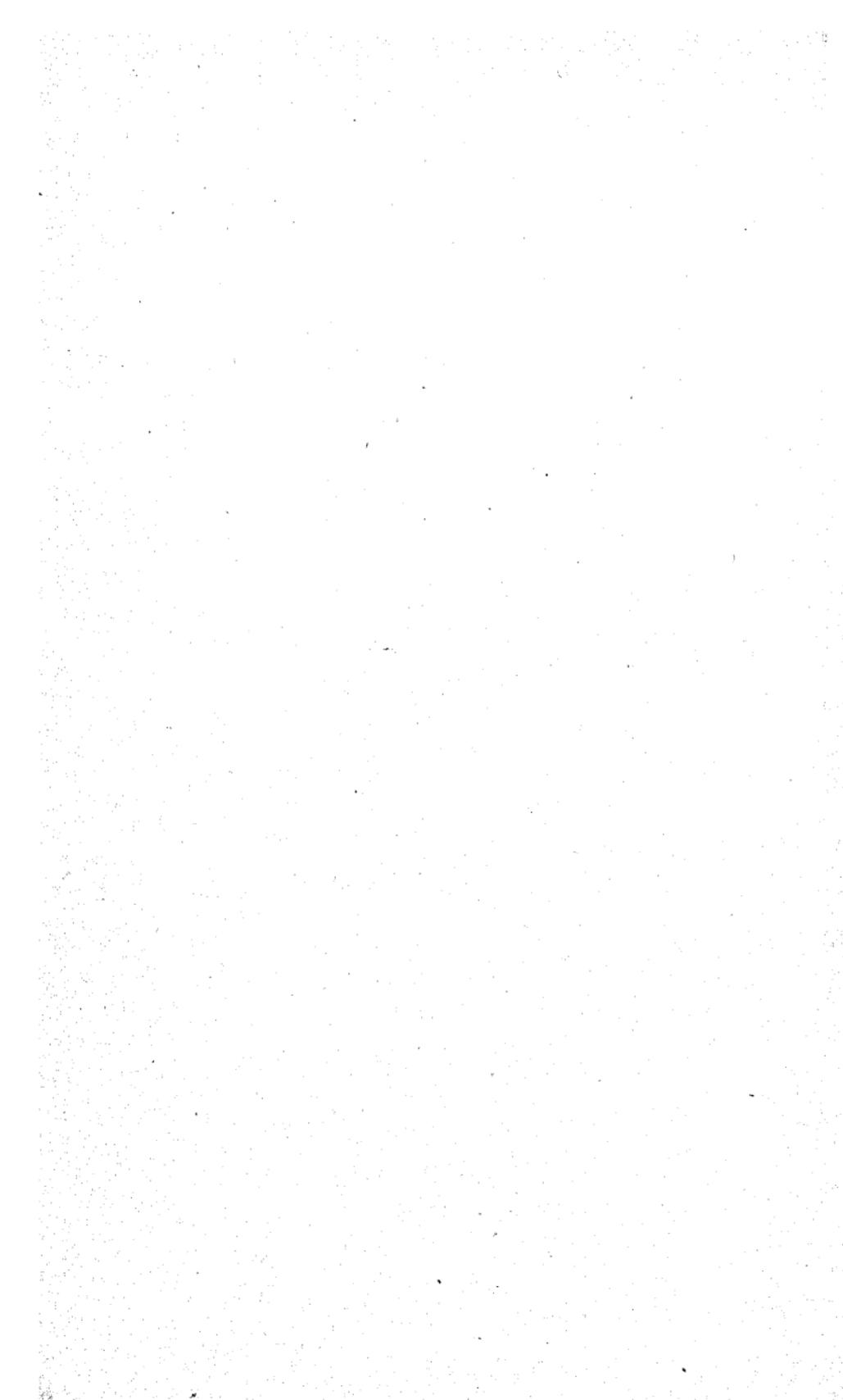
—Déjate ya de Enrique—dijo con voz algo desabrida la muchacha—y vámonos á dormir. No sé por qué me parece que esta noche me la voy á pasar de un tirón, y no tengas tú miedo de que sueñe con ese futuro gerente de esa fábrica de Bilbao.

Y un leve borbotón de risa brotó en los labios de Teresa y alegró la estancia con sus ya en ella casi exóticas argentinas y juveniles vibraciones.

—¿Pero te ríes?

Y doña Francisca plantóse, con los puños en los hijares, los ojos abiertos, la boca abierta y miró llena de asombro á su hija, que salía de la habitación canturreando:

Tonta yo, que cambié un día
por un coral un rubí.





XIII

La tienda vieja, que así habían dado en designar en el barrio la de la viuda de Pinto, se moría á chorros, y casi todos los vecinos asistían impasibles é indiferentes á su agonía, mientras Pablo, que había sabido conquistar las simpatías de todos ellos, extendía su negocio tomando en arriendo el local lindante con el suyo.

Además, y como gran conocedor que era de los gustos de sus convecinos, desde punto y hora en que alquilara el nuevo local, un magnífico gramófono de reluciente trompeta congregaba todas las noches frente á la tienda un numeroso público, siempre ávido de escuchar gratis los tangos preciosísimos del

Mochuelo, la malagueña clásica é insuperada de *Juan Breva*, ó algunas de las con que la *Trini* tantas veces nos supo encoger el corazón y arrasarnos en lágrimas los ojos.

Ya hacía varios días que no veía entrar á Enrique en la casa de su prometida, cuando una mañana, oyó Pablo, que decíale á Pepita la *Corales* Rosario la *Taruguito*.

—Conque por lo que se ve ha puesto proa á la mar el novio de la Teresa.

—Nueve noches lleva ya sin venir, el *gachó*, según me ha dicho el *Zurdo*, que en eso de ajustar las cuentas que no le importan es tó un fenómeno el hombre.

—¿Y se sabe por qué ha sío eso de que el mozo agüequé el ala?

—Es que—dijo en aquel momento Pepita la *Pantalonera*, al par que se colocaba la compra en el amplísimo delantal—ese *gachó* no se ha díó por su gusto, que sé yo de mu güena tinta que fué ella la que le dió á ese mocito la boleta.

—¿Y eso por quién lo sabes tú?—le preguntó con expresión de incredulidad la *Corales*.

—Pos yo lo sé por don *Azogue*, el marío de Angustias, la del *Chavico*; y es lo que yo sus digo, que si el don Enrique se ha díó, se ha díó por mó de que la muchacha, que no tiée naíta de torpe, lo vió de venir y le escribió una carta diciéndole que pa filón una mina, y que pa guayaba, Puerto Rico.

Pablo sintió, oyendo á las que discutían, como si un rayo de sol matutinal iluminara dulcemente sus misteriosos desalientos, vivificando una vaga esperanza que había hecho nacer en su corazón la actitud de Teresa, á la cual solía divisar alguna que otra vez tras el tul de los visillos, y la cual alguna vez que otra también solía saludarle con un ligero movimiento de cabeza y con casi una leve sonrisa al asomarse al balcón, donde las macetas olvidadas por ella un tiempo no muy lejano, empezaban á brillar de nuevo floridas y perfumadas.

Y mientras Pablo sentía cómo oyendo á sus parroquianas un rayo de sol penetraba riente y luminoso en su pecho, Francisco, que más sombrío y ceñudo que de costumbre, había se decidido á tirar una sonda

en el corazón de su antiguo compañero, aprovechando unos instantes en que en la tienda de éste parecía haberse paralizado el animado bulle bulle, penetró en ella y

—Dios te guarde—díjole á Pablo inclinándose sobre el mostrador.

—Hola, Francisco—le contestó aquél con voz de afectuosas inflexiones.

Un largo silencio siguió á estas palabras, silencio que fué el primero en interrumpir el anciano.

—Cómo empieza á sentirse el frío ¿verdad?

—Sí que ya empieza á sentirse.

—Y más para los viejos, que lo soportamos mucho peor que la gente moza.

—No, pues no lo soporto yo muy á mi gusto tampoco.

Comprendió Francisco que por aquel camino no se llegaba más que al Polo Norte, y decidiéndose á atacar de frente al adversario, exclamó tras unos momentos de vacilación:

—¿Sabes que por fin el tal Enrique resultó lo que sospechábamos?

—Eso he oido decir: que el tal cogió el

portante una noche y que no se le ha vuelto á ver el polvo en el distrito.

—¡Eso es mentiral—protestó el viejo con acento enérgico.—No diré yo que no hubiera concluído por hacer eso, pero se le anticipó Teresita.

—¡Pobre Teresa, y qué mal rato que habrá pasado! —murmuró Pablo con acento irónicamente compasivo.

—¿Ella? Yo no sé, pero lo que es por la pinta...—dijo Francisco poniendo un mohín lleno de incredulidad en sus labios, y después continuó:

—Doña Paca es la única que está que se la puede ahogar en una ponchera, pero más que por lo del Cárdenas, por lo que á la pobre la ocurre, que no es poco.

—¿Y qué es lo que le ocurre á doña Francisca?—preguntó Pablo al par que ordenaba el papel de estracilla colocado sobre el mostrador.

—¿Qué quieres que le pase?—le repuso con voz susurrante el viejo—que aquello se hunde si Dios ó alguien en nombre de Dios no lo remedia.

—Mira, Tomasito—exclamó en aquel momento Pablo, dirigiéndose á uno de los dependientes,—vé sacando del cajón las cajas de conservas y poniéndolas en la estantería; y después, dirigiéndose de nuevo á su antiguo amigo, continuó con acento glacial:

—Perdone usted, ¿qué me estaba usted diciendo?

El viejo posó en él una mirada llena de reproches, y le repuso:

—¡Qué sé yo, ya no me acuerdo siquiera!

Y momentos después, ya de vuelta en su establecimiento, decía el anciano con acento de dolorosas inflexiones:

—Bien dice el refrán: Cría cuervos, que mientras más cuervos crieres más te sacarán los ojos.



XIV

No mintieron las que afirmaron que fué Teresa la que dió á Enrique el oportuno pasaporte, pasaporte que le envió al siguiente día de aquel en que éste anunciara su próxima salida para Bilbao, no sin que tuviera la muchacha que vencer antes de hacerlo la obstinación de su madre, que le decía con acento colérico y doliente:

—¿Pero qué vas á hacer, hija mía? ¿No comprendes tú que eso es echar á campo traviesa, que vamos á ser la burla de toíto el mundo, y además, que si no te casas con ese hombre yo no sé qué va á ser de nosotras?

—Pero, mamáta, si es que si yo no lo hi-

ciera lo haría él; si es que lo que Enrique está deseando es pillar vela y buen viento.

—¿Pero y si te equivocas, hija mía?

—No me equivoco, mamaíta, no me equivoco.

Quedó en silencio doña Paca y dió comienzo, á despedirse de modo mental de aquella casa solariega de su futuro hijo político, tan llenísima de retratos y de blasones.

Teresa, ya escrita la carta en que ponía fin á sus efímeros amoríos, quedó un instante, un solo instante, pensativa, y momentos después decíale á la criada, que acababa de acudir á su llamamiento:

—Vas á llevar esta carta á escape al señorito Enrique.

—Ya mismito—le repuso aquélla cogiendo el sobre entre sus labios, al par que se secaba las manos en el amplísimo delantal.

Teresa se dirigió en busca de doña Francisca, que seguía en su habitación llorando en silencio, y

—Vamos, mamaíta, que más se perdió en la Habana—le dijo poniendo en sus mejillas sus labios frescos y juveniles.

—Es que tú no sabes, hija, los tragos que nos esperan.

—Vaya si lo sé... ¿Que van las cosas de mal en peor y no podemos seguir con la tienda? Pues pondremos otra más chica... ¿Que no podemos gastar sombreros ni tocas? Pues nos arreglaremos con un par de mantones. ¿Que no podemos comer más que el cocido? Pues nos contentaremos con el cocido.

Doña Francisca miró á su hija con expresión conmovida, y haciendo explosión en su alma su mal reprimida congoja, rodeó con su brazo el talle gentil de Teresa, la estrechó con maternal ahinco contra su pecho y exclamó besándola como si quisiera llegarle con los labios á lo más hondo del corazón.

—¡Hijita mía, hijita de mis entrañas!

Teresa parpadeó fuertemente y

—¡Vamos, no te pongas así, por Dios y por su Santísima Madre!—le dijo con acento emocionado.

Francisco asomó tímidamente en aquel momento la cabeza por entre las cortinas, y

al ver llorar á doña Paca, penetró decidido en la habitación, diciendo:

—¿Pero qué ocurre, Teresa? ¿Qué pasa, doña Francisca?

—Naíta—exclamó ésta desprendiéndose dulcemente de los brazos de Teresa y secándose las lágrimas con el pañuelo.

—¡Cómo que nada! Eso no está bien; usted llora y me oculta sus lágrimas como si yo fuese un extraño.

Doña Francisca miró á su dependiente con ojos húmedos; aquel pobre viejo era el único sostén que les quedaba; aquel que á modo de trepadora viviera siempre enroscado al árbol un tiempo robusto de su bienestar, era en aquellos instantes lo único que procuraba sostener con sus débiles esfuerzos el tronco, ya caduco y carcomido.

Y pensando en esto,

—Pues bien, sí, lloro—dijo con voz ahogada,—y lloro porque no es para menos. ¿Le parece á usted poco lo que nos pasa? Ya tó el mundo desconfía de nosotros; ya nadie nos quiere servir una nota, y mañana vence la letra de los de Valencia y el día tres la de

los de Barcelona, las dos únicas casas que no nos han cerrado las puertas todavía, pero que nos las cerrarán en cuanto les devuelvan protestados esos giros.

—Lo que es el de Valencia, yo le aseguro á usted que no lo protestarán, señora.

—¿Y con qué vamos á pagarlo?

—Pues se pagará, porque he vendido una porción de cosas inútiles que teníamos, como botones, mariposas, cintas..., qué sé yo... la mar de pequeñeces.

—¿Y cuánto le han dado á usted por todo eso?

—Pues unas ciento y pico de pesetas, y además unas setenta y seis por el saquerío ya inútil.

—Pero es que con eso no hay bastante para pagar ese giro.

—Es que...—balbuceó el anciano— yo tenía... yo tenía unas cuantas pesetas.

—¡Ah, no! eso no lo consentiremos—exclamó interrumpiéndolo bruscamente doña Francisca.—Bastante ha hecho usted y hace por nosotras, que ya nos ha prestado usted casi todos, casi todos sus ahorros.

—Pues ya es tarde—dijo sonriendo bondadosamente Francisco; —ya he retirado yo la letra de casa de los banqueros.

Doña Francisca miró trémula á su dependiente, y Teresa, con los hermosísimos ojos llenos de lágrimas, arrebolado el semblante por la emoción, avanzó hacia aquél, el cual sintió de pronto cómo al posarse los labios de la huérfana de Pinto en su frente rugosa, algo inefable hasta entonces desconocido por él invadía su pecho, llenándolo de santas, de dulces, de purísimas emociones.



XV

—Nosotras no estamos pa divertirnos, hija; ¿pa qué vamos á ir nosotras á cá de las de Camacho?—refunfuñó la tendera mirando de modo desabrido á Teresita.

—¡Hace tañto tiempo que no salimos...!—murmuró ésta tímidamente—y además—continuó—que no me gustaría que pensarán que por haber roto con Enrique me tiene emparedada la pena.

Cuando Francisco se enteró de la proyectada visita, no frunció la frente como doña Francisca esperaba, y

—Pues allí van ustedes á toparse con Pablo—les repuso sonriendo de modo casi imperceptible.

A Teresa se le colorearon las mejillas, y doña Paca exclamó con acento sarcástico:

—¿Y cómo va á abandonar la guardería ese perro cortijero?

—No irá seguramente hasta que cierre.

Teresita se fué á su habitación á vestirse, lo cual hizo prescindiendo de sus más vistosas galas; ya los colores vivos, que un día fueran su encanto, más que su retina herían su espíritu, donde ya el placer no ponía sus ráfagas luminosas ni sus ritmos aturdidores.

Se puso, pues, un vestido gris que contorneaba su cuerpo, al que habían robado las contrariedades de la adversa fortuna algo de morbidez, lo mismo que habían demacrado ligeramente su bellissimo semblante, donde la tristeza empezaba á derramar su á modo de crepúsculo melancólico y suave.

Ya vestida, se contempló la hija de Juan Pinto durante algunos instantes en la tersa luna del espejo, en la cual antojábasele ver junto á la suya la cara de Pablo, aquel rostro suyo, pálido y seriete, de ojos azules, de labios finos, de barba profusa, y viéndolo se acordó de Cárdenas, de sus grandes ojos

lentos de voluptuosidad y de malicia, de sus enhiestos bigotes y del énfasis de sus palabras, y al comparar al uno con el otro, un mohín contraído sus frescos y purpurinos labios; mohín ante el cual huyó como lastimada en su orgullo la imagen del segundo, mientras la del primero parecía sonreír placidamente á la dulce mirada que en él acababa de poner la hija de la tendera un tiempo más poderosa del barrio de Lagunillas.

Cuando ésta y su hija llegaron á casa de sus amigas y se dejaron ver en el umbral de la sala donde tenía lugar el *jolgorio*, casi todos los circunstantes formaban apiñado círculo alrededor de la de Ramírez que bailaba uno de los tangos á la sazón más en boga.

La habitación, espléndidamente iluminada, resultaba, no obstante su amplitud, algo reducida para contener á los numerosos invitados, entre los cuales hacían gala de sus indiscutibles encantos las de Urdiales, dos mellizas pelinegras de tentadoras hechuras y de ojos incandescentes; Dolores, una jaca espléndida que solía morderse disimulada-

mente el labio inferior cada vez que se posaban sus ojos adormecidos y adormecedores en alguno de los mozos de su predilección; Pepita, una chavalilla de ojos como soles y labios como claveles, y ocupando la cúspide suprema del garbo y la hermosura entre todas las allí congregadas, Rosarito la *Turquesa*, la más inconquistable de las hembras del barrio: una hembra con la cara como un cromo, el talle como un junco, el seno enhiesto y temblador, cual ánforas las caderas, los pies como juguetes y el pelo negrísimo y anillado.

Las de Camacho habían hecho concurrir á la reunión á dos de los más famosos guitarristas, y allí estaban poniendo cátedra de graciosos y macarenos Manolito el del *Perchel*, un cuarentón menudito y jacarandoso, de ojos dulces y de simpático mirar, y junto á él el *Clavicordio*, su compañero de oficio y de aficiones, un *cate* auténtico, de rostro atezado, de facciones acentuadas, de ojos enormes y negrísimos, de rizosas patillas y de hirsuta guedeja, y el cual lucía con típica bizarría su airoso marsellés de astracán con

caprichosos sobrepuestos de paño obscuro, la encarnada pañoleta, el rojo ceñidor y el reluciente pantalón de pana, que le caía graciosamente abotinado sobre los relucientes brodequines.

Doña Gertrudis iba de acá para allá repartiendo sonrisas y lisonjas, mientras casi todos los invitados formaban—como ya dijimos en los comienzos de este capítulo—animado corro alrededor de la bailadora, que, vestida de telas de colores vivísimos y tocada de rosas y claveles, hacía palidecer de ansiedad a los que la contemplaban, con sus picarescas actitudes, con el voluptuoso centellear de sus ojos de oriental abolengo, con las sonrisas que serpeaban maliciosas en sus labios encendidos, con los ágiles quiebros de su cintura elástica y cimbradora y con los ardientes hechizos que, al girar repiqueteando los palillos adornados de múltiples cintas de raso, ponía al descubierto entre los vaporesos remolinos de encajes de sus blanquísimas enaguas

Una explosión de aplausos y de requiebros acarició dulcemente los oídos de la bai-

ladora al poner ésta fin al baile, y mientras todos acercábanse á ella solícitos, doña Gertrudis se dirigió rápidamente hacia la puerta de la habitación, en la que acababa de divisar el rostro casi siempre congestionado de doña Paca y el pálido é interesante de Teresita, que miraba como intimidada desde el umbral á la alegre concurrencia.



XVI

— ¡Gracias á Dios! Pensé que no iban ustedes á venir—exclamó la dueña de la casa después de haber plantado un beso en cada uno de los carrillos de las recién llegadas.

— ¡Hola, Teresa! no se te ve ahora nunca por ninguna parte—díjole á ésta besándola también en ambas mejillas una de las muchachas de mejor empaque de las allí congregadas.

— Qué lástima que no hayan llegado ustedes una miajita antes y hubieran oído cantar al *Jorobao*, que se ha tenido que ir. ¡Ay, qué pico, doña Paca, qué pico! Ese hombre debe tener una caja de música en la joroba.

Teresa, á cuya cintura había ceñido su bra-

zo Candelaria, se sentó con ésta entre varias de sus amigas.

Doña Paca formó rancho aparte con doña Gertrudis y con otras de su misma promoción allá en el cuartel de inválidos, que así hubo de designar uno de los invitados el rincón invadido por las puestas fuera de juego, por la maternidad y las canas.

La gente bullanguera, siempre incansable, empezó á gritar:

—Que toque Candelarita un vasporka.

—Sí, que lo toque, que lo toque—repite-ron casi todos con inaguantable sonsonete.

—Pero, hijas, por los clavos de Cristo, ¡que se me va á gastar la cuerda!—exclamó Candelaria, con acento malhumorado.

—Anda, mujer—insistió la de Ramírez, pensando en que tal vez la sacaría á bailar Manuel, el dependiente principal de *La Estrella de Occidente*.

—No tuvo más remedio que ceder Candelaria, y momentos después, mientras ella porraceaba furiosamente en el teclado, se lanzaban varias parejas al centro de la habitacion.

—¿Quiere usted hacerme el favor, Tere-

sita?—preguntó á ésta un muchacho gordiflón y simpático, al par que le presentaba el brazo como si estuviera mostrándole su férrea musculatura.

Teresa se excusó; ¡no tenía ella ganas de bailar!; sus ojos se posaban impacientes en la puerta, por la que, tras media hora de espera casi, vió por fin penetrar á Pablo.

Este parecía haber perdido algo de timidez y embarazo en sus modales, y además apareció vestido con en él extraña y relativa elegancia. Su traje era de corte serio; su cuello, más alto que los que usaba á diario, le daba cierto aire de distinción. Teresa observó su semblante pálido, sus ojos azules, su frente espaciosa, su pelo rubio y limpio.

Cuando Pablo vió á Teresita no pudo evitar del todo un movimiento de grata sorpresa y la saludó con una inclinación llena de afectuosa cortesía, y á la media hora era blanco de las misteriosas aspiraciones de muchas de las en estado de merecer de las allí congregadas, el pariente de las de Pinto, al cual pareció llamarle la atención la retadora y provocativa hermosura de la *Turquesa*, la

cual ¡oh asombro! habíase dignado corresponder á una mirada curiosa de aquél, con otra más curiosa todavía.

—¡Ha visto usted, doña Paca, cómo esa orgullosísima de Rosario está á partir un piñón con su pariente de usted!—decíale algunos minutos más tarde á aquélla, doña Gertrudis, mientras Teresa abría y cerraba nerviosamente el varillaje del abanico.

—¡Camará!—murmuraba uno de los muchos que miraban despechados la aproximación de la *Turquesa* y del tendero—me parece á mí que le ha llegado también la hora de que le pique la tarántula en el corazón á Rosarito.

Esta en aquellos instantes le preguntaba á Pablo sonriéndole picarescamente:

—¿Dice usted que usted no baila?

—Eso digo.

—¿Ni canta usted?

—Ni canto.

—¿Ni toca usted la guitarra?

—Ni toco la guitarra.

—Pos diga usted que es usted un estuche, alma mía.

Cuando Teresa y su madre dirígíanse una hora después hacia su casa:

—Oye ¿viste á Pablo?—le preguntó doña Paca á su hija mirándola de reojo.

—Sí que lo ví.

—A mí me saludó muy finamente, y yo, como tú comprenderás, lo dejé con el saludo en el cuerpo.

—Pues yo le contesté.

—Pues hiciste muy mal.

—¿Por qué? Yo no he dejado de saludarle nunca.

—Oye, ¿viste como la *Turquesa* le puso los puntos al pariente?—preguntó la muchacha á doña Francisca tras algunos instantes de silencio.

—Pues no sé yo qué es lo que ha podido encontrar en él de su gusto esa pícara criaturita.

—Pues no tiene Pablo nada de feo.

—No, feo no lo es, pero tiene una cara que parece que todas las mañanas se la estucan.

Cuando llegaron á la casa, Francisco le preguntó con mal disimulada impaciencia.

— Qué, ¿se han divertido ustedes mucho?

— Sí,—suspiró doña Francisca—no ha estado aquello mal del todo; las de Camacho han estado con nosotras la mar de cariñosas.

— ¿Ha ido mucha gente?

— Mucha.

— ¿Y Pablo?

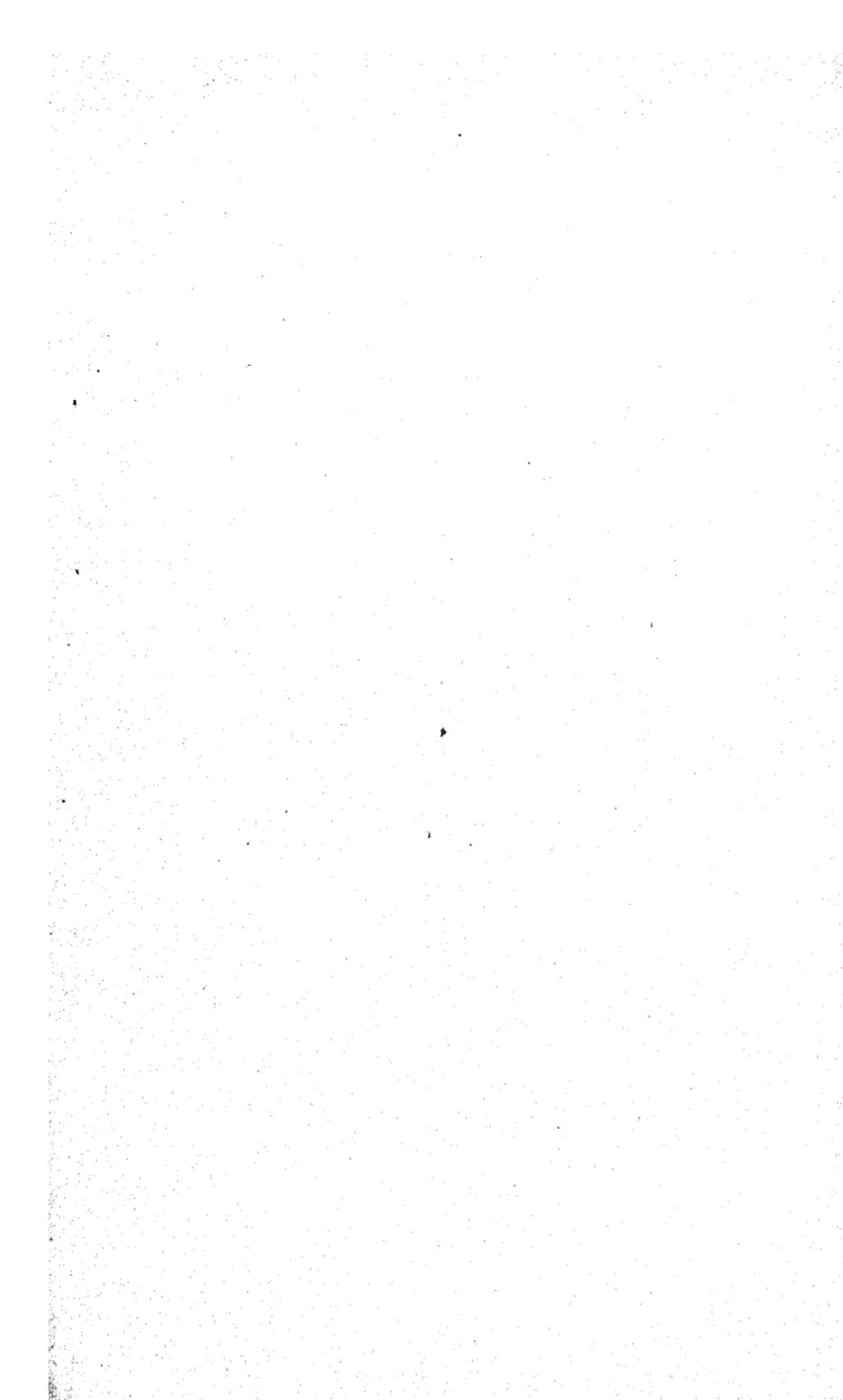
— Allí se quedó; yo lo ví desde lejos, solo desde lejos.

El viejo calló malhumorado, y á poco íbase á la cama Teresa que pensaba colérica en Pablo y en Rosarito que sería todo lo guapa que quisiera la gente, pero era muy antipática, antipatiquísima. De pronto se acordó Teresa de Enrique; le recordó con las guías del bigote casi en el rabillo del ojo y con el cuello hasta las orejas, y le pareció oír su voz limpia y sonora, su charla siempre trivial y sin sustancia.

— La verdá es que hay cosas que no tienen perdón de Dios; porque cuidado que Enrique...

Y Teresa llamó desesperadamente al sueño, y el sueño, tras hacerse rogar largo rato,

posó suave y benéfico un ósculo de paz sobre los párpados de la huérfana del bueno de Juan Pinto, de aquel á quien Dios debe haber acogido en su santísima Gloria.





XVII

Transcurrieron varios días sin que nada digno de ser narrado modificara la situación de los actores de este relato.

Pablo seguía como siempre, sin que al parecer le hubiese quitado un punto el reposo el recuerdo de la *Turquesa*, mientras Enrique seguía gestionando su permuta, y cuando alguien le preguntaba por Teresa, solía responder encogiéndose de hombros:

—Eso ya pasó á la historia.

Y al decir esto, una sonrisa en la que se arrebuja siempre una infamia, resbalaba pérfida y cobarde por sus labios.

En casa de las de Pinto cada amanecer alumbraba una nueva desdicha, y la mañana

en que volvemos á penetrar en ella, Teresita y su madre, sentadas una frente á la otra, se contemplaban sumidas en un angustioso silencio.

—Conque mañana vence el pagaré de Bermúdez, ¿verdad, mamaíta?—preguntó á ésta la muchacha con voz sorda, clavando en los de aquélla sus hermosísimos ojos con triste é interrogadora expresión.

—Sí, hija mía, mañana—le repuso la tendera, no sin dejar escapar previamente un prolongado suspiro.

—¿Y crees tú que vendrá y nos servirá don Hermenegildo?

—El le dijo á Francisco que vendría.

Suspiró Teresa, y otra vez el silencio se impuso en la estancia, á la que daba ambiente aún más triste el tono gris del cielo, que se divisaba por el entreabierto balcón, y el aire húmedo y frío de la tarde.

Ya llevaban algunos minutos de espera ambas mujeres, cuando Francisco se asomó á la puerta de la sala anunciando á don Hermenegildo.

Era éste un cincuentón ágil y enjuto; lucía

un traje color gris, de corte un tantico anticuado; su rostro tenía algo de femenino en la expresión y de judaico en la estructura; era su nariz larga y encorvada ligeramente; sus ojos, garzos y adormecidos; su dentadura, grande y amarillenta; sus mejillas, flácidas; caíanle sus largas patillas negras á modo de orejas de lebre, sobre los hombros; usaba quevedos de armazón de oro y sombrero casi del mismo color del traje.

—Adelante, don Hermenegildo, adelante, —dijo á éste sin poder recatar del todo su alegría la tendera.

Saludó aquél con afectada desenvoltura, y sentóse grave y glacial, mientras aquélla seguía diciéndole con una voz en que cada nota era una caricia:

—Ya sabrá usted por Francisco, la causa de que me haya permitido molestar á usted.

—Usted no me molesta nunca, señora — le repuso inclinándose y con voz atiplada y susurrante el recién llegado.

—Muchas gracias; es usted muy bondadoso.

—Soy tal como debo ser, como debiera

ser todo el mundo, que Dios es el que ordena que nos ayudemos los unos á los otros.

—Tan segura tuviera yo la gloria como que este hombre nos presta el dinero —pensó Teresita, acomodándose mejor en la butaca.

Don Hermenegildo charló todavía un rato de cosas que olían á incienso, con voz siempre de empalagosas dulzuras; después abordó el asunto que allí lo llevaba: él quería servir á doña Paca: la operación podría hacerse al siguiente día, para lo cual llevaba un borradorcito, de la forma en que debía extenderse el documento, uno sencillísimo, en el cual sólo debería hacerse constar que la señora recibía á su entera satisfacción y sin interés de ninguna clase, y obligándose á reintegrarle á los seis meses de plazo, en plata ú oro precisamente, y con exclusión de todo papel moneda, la suma de pesetas mil y quinientas.

Doña Paca, al oír aquello, exclamó como si acabara de oír un apocalíptico trompetazo.

—¿Cuánto dice usted, mil y quinientas pesetas?

—Precisamente, mil de capital y quinien-

tas de interés; y crea usted, que al hacer esta operación, me perjudico notablemente, como les voy á demostrar á ustedes en este mismo momento.

Y sacando cartera y lápiz, fué haciendo la operación siguiente, al par que decía:

—Mire usted, señora, mil pesetas son cuarenta fracciones de á veinte y cinco; ahora bien, si yo esas cuarenta fracciones las repartiera entre cuarenta necesitados, estas mil pesetas me rentarían unas doscientas mensuales, y doscientas, multiplicadas por los seis meses que representan el plazo que ustedes me han pedido... doscientas por seis... mil doscientas. Es decir, que por servir á usted, señora, me perjudico en setecientas pesetas por lo menos.

—Está bien—murmuró doña Francisca con aire resignado—mañana se hará, si usted quiere, el documento.

—Pues mañana mismo vendré... ¿A qué hora les conviene á ustedes recibir la cantidad estipulada?

—Si pudiera usted traerla antes de las tres de la tarde...

—Lo procuraré, por más que mañana tenemos junta en la Hermandad. Todavía no se ha pagado del todo el vestido de la Santísima Virgen, mi patrona. ¡Y qué rethermosísima que está con él! ¿Verdad que está hermosísima, señora?

—Sí, señor, que está hermosísima.

—Bueno, quedamos en que... ¡pero qué cabeza la mía! Se me olvidaba decirle á usted que es conveniente que cualquiera de sus amigos subscriba también el documento, no por falta de confianza, que ustedes merecen toda la mía, pero nuestras horas están á merced de la voluntad de Dios y no sabemos cuándo vamos á ir á gozar de su Divina Presencia.

Palideció doña Francisca y,

—Es que — dijo — como usted sabe lo que es eso... que los que tenemos puerta abierta. .

—¡Oh! para eso no se recurre nunca á gente extraña... ¿Tiene usted más que decirselo á su pariente don Pablo?

—Yo á don Pablo no le pido ni agua bendita — exclamó incorporándose doña Paca.

—No, eso no puede ser—gritó palideciendo Teresa.

Don Hermenegildo se encogió levisimamente de hombros, se retiró delicadamente los quevedos de la nariz, los guardó en el bolsillo alto de la cazadora y exclamó inclinándose con afectada cortesía:

—Pues yo lo siento mucho, pero sin ese requisito...

Doña Francisca se abanicaba desesperadamente; Teresa se mordía desesperadamente también los labios, y ya disponíase don Hermenegildo á marcharse, cuando apareció Francisco en el umbral de la sala.

—¿Sabe usted,—le dijo la tendera, señalándole con la mirada el prestamista—que exige que garantice Pablo el documento?

—Nada más justo; como usted comprenderá—dijo aquél volviendo á colocarse los quevedos y mirando á Francisco con expresión señorial, por encima de los cristales.

—Nosotras no le pediremos nada á Pablo—repitió Teresa, incorporándose llena de nerviosa agitación.

—Se lo pediré yo—repuso el viejo dependiente con voz firme.

—Es igual—contestóle aquélla retándole altiva con la mirada.

—No, no es igual, Teresa—dijo el viejo con voz acariciadora; y después, dirigiéndose á don Hermenegildo, continuó:

—Mañana estará listo el documento en la forma que usted exige.

—Pues entonces, hasta mañana—dijo el de los quevedos de oro, con acento complacido.

Y tras inclinarse cortés ante todos, se dirigió con paso lento y majestuosa actitud hacia las escaleras, aquel casi santo y devoto fervientísimo de la Reina de los Cielos.



XVIII

Cuando Francisco, después de acompañar al prestamista hasta la puerta, penetró de nuevo en la sala, se encontró con doña Paca como caída sobre una poltrona, como si acabara de recibir un mazazo en la frente, y con l'eresa, que, ceñuda y sombría, trituraba entre sus dientes menudos y nítidos el pañuelo que de vez en cuando se pasaba furtivamente por los ojos, y la cual al ver á Francisco exclamó dirigiéndose hacia él y con voz vibrante de ira:

—Ha hecho usted mal, muy mal; nosotras no podemos ir á pedirle favor ninguno á Pablo.

—Tiene razón mi hija—ratificó doña Paca con acento de reproche.

Francisco las contempló en silencio un instante y díjoles después con voz resignada:

—Ya me esperaba yo esto; pero es que si Pablo no firma, pasado mañana tenemos aquí al juzgado, y no será ciertamente por mí por quien lo tema, ¿pero qué va á ser de ustedes si eso ocurre? Por eso me he permitido hablar como lo he hecho, sin la autorización de ustedes.

—Usted está autorizado para todo—le repuso la tendera con voz ahogada—usted es para nosotras como si fuera de nuestra propia familia.

—Pues si es así, ¿por qué no siguen ustedes mis consejos? Mire usted, doña Paca, las cosas hay que aceptarlas como las dispone Dios, y Dios dice: Ayúdate, que yo te ayudaré.

—Sí, pero no dice que te ayude Pablo—exclamó con voz colérica la muchacha.

Francisco, que no se atrevió á mirar á ésta, continuó dirigiéndose á doña Francisca:

—Menester es que se sacrifique algo de lo que nos queda que sacrificar, señora.

—Es que—le interrumpió Teresa con fiera energía—lo que nos queda que sacrificar es solamente el decoro.

—¡No!—protestó también bruscamente el anciano en un, en él, exótico arranque de energía; yo no soy capaz de pedir á ustedes semejante sacrificio; y ya que tú me obligas, lo diré, sí señora, lo diré: lo que yo pido que se sacrifique no es el decoro, sino un poquito, nada más que un poquito del mucho, del muchísimo orgullo que nos sobra todavía.

Y Francisco, aquel sér dócil y humilde, siempre sumiso á la ajena voluntad, miró, quizá por primera vez en su vida, con expresión de reto y de reproche á ambas mujeres.

Doña Francisca inclinó la frente y

—Bueno—dijo suspirando—¿qué se le va á hacer? más padeció nuestro Señor cuando lo crucificaron en el Gólgota.

—Está bien; ustedes harán lo que quieran—exclamó Teresa con voz siempre ple-tórica de ira;—pero si me nombra usted á

mí que sea para decir que este paso se da contra todo el torrente de mi gusto.

Cuando salió Francisco de la sala dijo doña Paca á Teresa con voz mimosa.

—¿Pero por qué te pones así, hija mía?

Miró á su madre con extraña fijeza Teresita y después, tras un brevísimo silencio, le repuso con voz sorda y vibrante:

—Porque desde hoy ya no me atreveré nunca á mirar á Pablo cara á cara, porque Pablo pudiera pensar...

—¿Qué pudiera pensar Pablo?—le preguntó doña Paca sorprendida.

Teresa sintió que la sangre la quemaba el rostro y que una hondísima congoja se apoderaba de su sér; quiso dominar aquella ráfaga, luchó inútilmente un segundo, y, arrojándose de repente en los brazos de su madre, inclinó la cabeza sobre su pecho y rompió en ahogados sollozos.

—¿Pero qué es lo que tú temes que pueda pensar Pablo de tí?—la volvió á preguntar con expresión conmovida la tendera.

Y tras un momento de angustiosa incertidumbre, y con voz entrecortada, con voz en

que el dolor ponía cadencias tristísimas, balbuceó Teresa

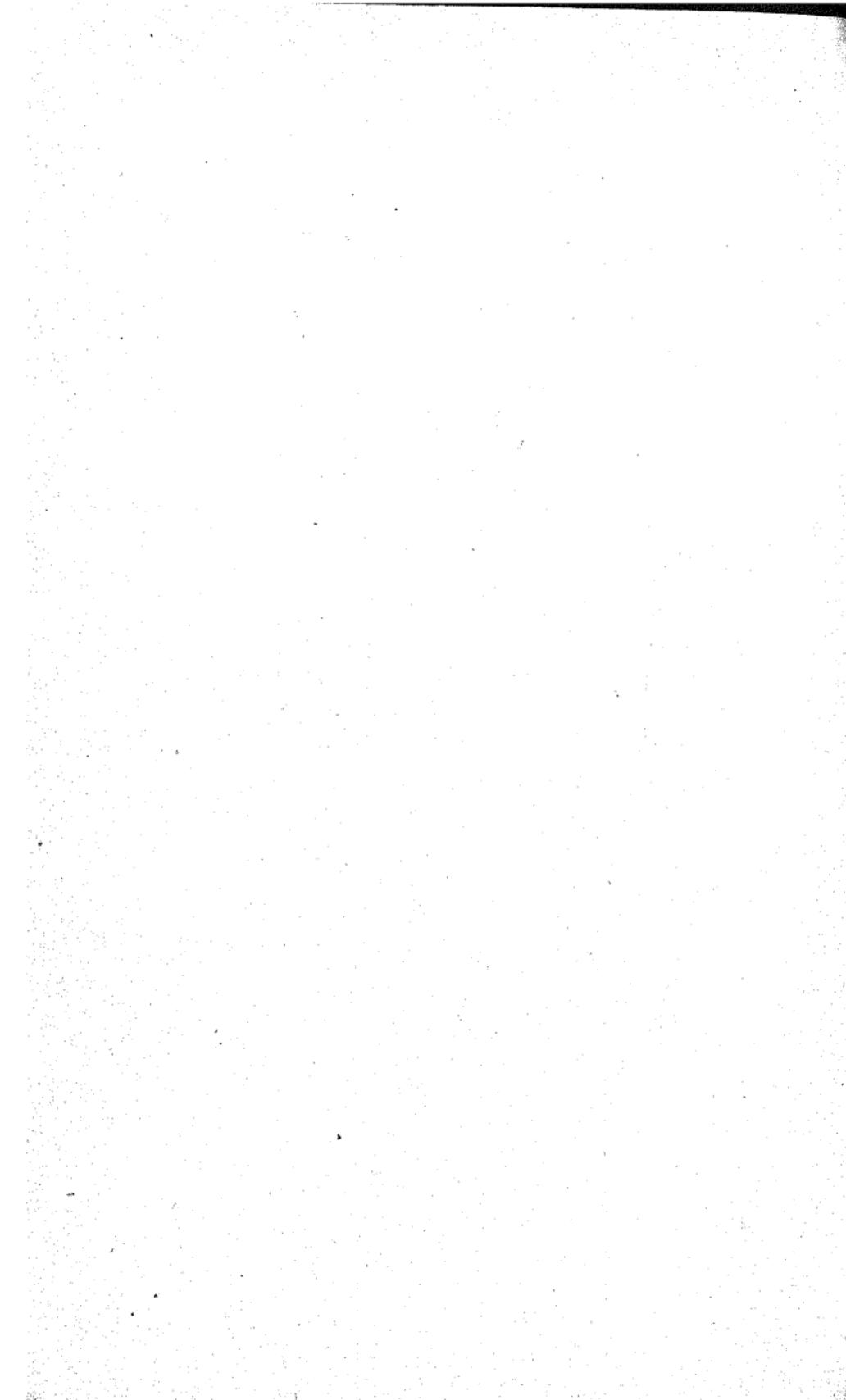
—¡Ay, mamáta, es que yo quiero á Pablo, es que yo lo quiero, es que yo lo quería sin saber que lo quería; es que Pablo puede pensar que si yo ahora lo miro como lo miro, es porque ahora nos vemos pobres y solitas y sin amparo en el mundo!

Y una ola, una irresistible ola de lágrimas y sollozos hinchó el pecho de la muchacha y subió impetuosa á sus hermosísimos ojos.

—¡Ay, Dios mío! ¿qué te hemos hecho nosotras para que tanto nos martirices?

Y diciendo esto doña Francisca, rompió á llorar también, como si toda ella se deshiera en lágrimas, al par que besaba á su hija que murmuraba con voz entrecortada:

—¡Qué vergüenza, mamáta, qué vergüenza y qué penita más grandel!





XIX

Francisco, que al salir de la sala habíase detenido meditabundo, ya se disponía á alejarse, cuando resonó en sus oídos la voz desesperada y sorda de Teresa, que le decía á su madre:—Porque desde hoy ya no me atreveré nunca á mirar á Pablo cara á cara porque Pablo pudiera pensar...

Pudo en Francisco, más que su índole discreta, su curiosidad interesada, y cuando algunos momentos después se dirigía sigiloso hacia el mostrador, sentíase avergonzado de haber sorprendido el secreto de la muchacha, secreto que tendría que esconder en lo más hondo de su pecho, porque además de estarle vedado romper la bruma que lo envolvía,

nada beneficioso podía reportarle el que se enterara Pablo del misterioso culto que Teresa le rendía, pues como ésta pensaba, bien podía aquél interpretar como una argucia la tardía confesión de aquel cariño.

Encerró, pues, Francisco el secreto que sorprendiera en el fondo de su alma, y no sin persignarse de modo mental, se dirigió á la tienda de su antiguo compañero, donde éste parecía atareadísimo, mientras Tomás y un nuevo dependiente de casi la misma edad de aquél, despachaban á alguna de las hembras del barrio, cada una de las cuales pretendía llevarse, casi con dinero encima, más garbanzos que producen Alfarnate y Fuente Sauco, y más arroz que crían los arrozales de Valencia.

Francisco ahogó un suspiro al contemplar el aspecto riente de la tienda rival victoriosa de la suya, y dirigiéndose hacia el escritorio,

—Buenas tardes —dijo con voz un tantico llena de zozobra.

Se incorporó Pablo, y al par que secaba cuidadosamente lo que acababa de escribir en un enorme libro forrado de yute, le pre-

guntó al anciano mirándolo con expresión amistosa:

—¿Cómo tantos días sin venir por aquí, mi buen amigo?

—He tenido mucho trabajo; da mucho más que hacer que uno lleno de salud, uno que se muere á chorros.

—¿Y quién es ese que tan deprisa se muere?

Francisco miró de modo algo adusto á Pablo y,

—Si me permites, quisiera hablar contigo reservadamente—le dijo.

—Pues pase usted, nos iremos dentro. Tú, Tomás, levanta la compuerta.

Francisco siguió á Pablo, que le condujo á su habitación, donde apenas había sitio para rebullirse; junto á la cama, levantábase dos á modo de pirámides, una de paquetes de bujías y otra de bacalao; pára llegar al palanganero, hacíaase preciso saltar por encima de algunos sacos de azúcar, y dos enormes pilas de seretes de higos casi llegaban al techo, totalmente cubierto por largas filas de enfundados jamones y de baldes de manteca.

—Vamos, siéntese usted—dijo Pablo al viejo señalándole una silla, al par que él lo hacía sobre la cama, una cama de escuálidos jergones y de no muy limpia cobertura.

Sentóse aquél, y durante algunos instantes permanecieron silenciosos ambos amigos; la expresión siempre igual del rostro de Pablo, había hecho que el viejo se olvidara del discurso que antes de llegar allí habíase cuidado de aprender de memoria; pero haciendo un esfuerzo por dominar sus turbaciones y cobrando energías al recordar la situación de las de Pinto, díjole á Pablo con voz entera y mirándole de modo grave y sereno:

—Supongo que habrás adivinado que es de doña Francisca y de Teresa de quienes yo vengo á hablarte.

—Lo suponía.

—Pues bien, francamente; ¿tú sabes la situación de tu familia?

—Supongo que no es satisfactoria del todo.

—Pues bien, no sólo no es satisfactoria, sino que será desesperada si tú no me concedes el favor que vengo á pedirte.

Y Francisco se quedó mirando lleno de

ansiedad á Pablo, que, mirándole á su vez de modo reposado, le preguntó:

—¿Pero tan mala es la situación en que se encuentran?

—Tú suponte que no tenemos nada con que hacer frente á nueve ó diez mil pesetas que debemos; además, el dueño de la casa nos amenaza con el desahucio y mañana nos vence un plazo, y mañana moriremos si es que tú no lo remedias.

—¿Yo? ¿Y cómo? Yo, amigo Francisco, me veo y me deseo para hacer frente á los compromisos creados; usted sabe muy bien que con las ruedas que yo tenía no rueda este coche.

—Eso ya lo sé yo—repúsole el viejo con vaga expresión de triunfo,—y teniéndolo en cuenta, no pretendemos que distraigas cantidad alguna de tu negocio, y lo que doña Francisca y yo solicitamos de tí es que garantices con tu firma un pagaré de mil y pico de pesetas que don Hermenegildo va á prestarnos.

—¿Y con qué—le preguntó fríamente Pablo—van ustedes á pagar esa suma cuando llegue el vencimiento?

—Hombre... te diré...—balbuceó Francisco — dentro de seis meses pueden haber cambiado las cosas.

—Y si no cambian, ¿qué han conseguido ustedes con que yo firme si no imponerme un sacrificio completamente estéril? Piénselo usted y verá como lo que yo le digo á usted es lógico, la mar de lógico.

Francisco quedó desconcertado un punto ante las razones de Pablo, pero como su corazón no entendía de aquello, incorporóse bruscamente y exclamó trémulo de indignación y de pena:

—Tienes razón, muchísima razón; pero es que yo me he equivocado una vez más; es que yo al venir aquí no buscaba tu lógica, tu irrefutable lógica: yo buscaba un corazón agradecido, un corazón generoso; yo buscaba, ya hecho hombre, al que niño aún, si no hubiera sido por nuestro difunto Jefe, Dios sabe en qué estaría empleando á estas horas sus energías allá en su pobre villorrio; yo buscaba al que durante muchísimos años vivió al amparo de aquella casa, comiendo su pan, durmiendo bajo su techo, compar-

tiendo sus alegrías, mirado por aquellas pobres mujeres como algo propio, como algo íntimo; yo buscaba, en fin, al que en aquel rincón que hoy se desmorona, encontró corazones que lo quisieran y manos generosas que lo acariciaran.

Pablo había inclinado la cabeza, como si las palabras de Francisco se la rindieran á modo de peso invisible y abrumador, y en sus ojos azules y serenos parecía forcejear desesperadamente por brotar un chispazo de luz radiante y triunfadora.

Durante algunos instantes permanecieron silenciosos ambos interlocutores. Francisco creyó un punto que sus palabras iban á derretir la nieve en que parecía hundido el corazón de su antiguo compañero; pero éste, tras breve lucha, volvió á levantar la cabeza y exclamó ya de nuevo, al parecer, completamente tranquilo:

—Yo no puedo meterme, á conciencia de que me va á aplastar, debajo de un edificio que se está viniendo abajo.

Arrojó sobre Pablo una mirada de desdén supremo Francisco, y levantándose brusca-

mente salió con dirección á la calle, murmurando con voz sorda y llena de tristísimo desaliento:

—No creía yo que tuviera tan duro el corazón y tan sin orillas el alma.



XX

—¿Qué le pasará hoy á don Pablo? Ten cuidado, Anselmo, no sea cosa que embista contra nosotros. Pon el papel aquel, el de liar, en su sitio, y aquella barra de jabón ponla también con las otras.

No era sólo la dependencia la que había notado lo desabrido de Pablo para con todos. Valenzuela, el representante de «La Incomparable» de San Sebastián, se había ido aquel día murmurando:

—Todos iguales: mientras lo necesitan á uno, tan dulces que empalagan, y cuando no lo necesitan, amargos como la tuera.

Fueron pasando las horas; dejó el sol de iluminar las flores del balcón de la casa de las de Pinto, y Pablo, ya desesperanzado de ver aquella tarde á Teresa, penetró en su dormitorio y murmuró, al par que se dejaba caer sobre el mal mullido lecho:

—Les ha dolido... y con razón... y sin embargo...

Y mientras él meditaba á solas en su aposento, preguntaba doña Paca á su antiguo dependiente:

—Qué, ¿vió usted por fin á don Ramiro?

—Sí señora, lo ví; ¡todos iguales!

Un silencio triste reinó en la estancia. Teresa, intensamente pálida, con el pelo en desorden y rodeados los ojos de tonos violáceos, aparecía como llena de cansancios y laxitudes.

—¿Y qué le parece á usted que hagamos, Francisco?

—Tener paciencia—le repuso éste á la tendera con expresión sombría; y después, y tras un instante de silencio, continuó con voz alentadora:

—Yo mañana buscaré una vivienda que

nos cueste poco y nos iremos de aquí, y ya veré yo si consigo entrar en casa de los *Nenes de la Goleta*.

A Teresa no le había sido posible cerrar los ojos en toda la noche anterior; la respuesta dada por Pablo á Francisco le había llenado de indignación y de bochorno. Oyendo contar al segundo la decepción sufrida, había sentido ella como cristalizársele de pronto en el pecho aquello que ella juzgara cariño hasta aquel instante, y surgir de su fondo cristalizado un rencor muy grande hacia aquel hombre al que ella no quería, al que no había querido, al que no querría nunca; ella no querría jamás á nadie más que á su madre y á Francisco, á aquel Francisco tan noble y desinteresado.

Cuando llegó la hora en que ella solía saludar al pariente con un movimiento de cabeza y una sonrisa desde detrás de los cristales del balcón, tentaciones tuvo de levantar los visillos y de vengarse con una descarada manifestación de desdén; pero aquella espontaneidad, aun infantil, fué briosa y oportunamente refrenada por la reflexión, y dan-

do media vuelta se alejó de la estancia murmurando:

—¡Para qué!... Si vale aún menos que Enrique.

Francisco, dejando á doña Paca al cuidado de la tienda, se dirigió á su cuarto, y penetrado que hubo en él, cogió una silla y se sentó delante del baul, del gran baul en que consistía casi todo su mobiliario y equipo.

La luz del sol apenas si llegaba allí en desmayadísimos reflejos, dando tonos tristes y melancólicos á aquel cuartucho donde tan tranquilamente había sentido deslizarse tantísimos años sus noches su viejo inquilino.

Este abrió lentamente el baul y sacó de su fondo, de debajo de la ropa cuidadosamente doblada, la cajita de cedro por él utilizada como caja de caudales, y arrojó una mirada de desaliento sobre su contenido, que empezó á contar con mano insegura.

— ¡Ciento veintidós pesetas! — murmuró suspirando. — Ciento veintidós y cien que me dan por la papeleta del reloj, doscientas veintidós, y sesenta que me debe Joseíto el *Talabartero*, doscientas ochenta y dos, y

veinte que me ha ofrecido Cristóbal por el traje que tengo en corte en la sastrería, vienen á ser unos sesenta y pico de duros.

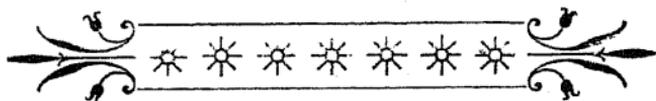
—Bueno - continuó tras algunos instantes de meditación, —con sesenta y pico de duros no se compra un trasatlántico, pero sí podremos tirar un par de meses, y en un par de meses puede que Dios me abra puertas para que esas pobres criaturas... ¡Por vida del... ¡Y qué situación!... ¡Si el pobre Juan levantara la cabeza!

— Si el pobre Juan levantara la cabeza — dijo en aquel momento — resalta destacándose bruscamente del umbral de la sala, con voz llena de lágrimas y de ternura y avanzando rápida hacia el viejo; - si levantara la cabeza el pobre Juan, el pobre Juan me diría: Pobrecita de mi corazón, yo no me he muerto para tí, porque en tanto viva Francisco, tú no serás una huerfanita abandonada por todos en este valle de lágrimas.

—¡Por Dios, Teresa! ¡Por Dios, hija mía! — exclamó el viejo con voz temblona. — ¡Por Dios! No me hables así, y sobre todo no me

llores; mira que á tu pobre Francisco le vas á asesinar con tu llanto.

Y diciendo esto besaba el anciano con efusiva vehemencia el revuelto y ondulante cabello de Teresita, que lloraba con la cabeza reclinada sobre su pecho generoso.



XXI

— ¡Pues ya están divertidos los acreedores de esta gente!—dijo el oficial del juzgado puesto que hubo fin á su ingratisima tarea, en el almacén de las de Pinto.

Aunque esperada, la noticia no dejó de causar sensación en el barrio.

— Caros les han salido los sombreros y los paseos en coche, ¡por vía de la Malena!

— Lo que es ahora malos desayunos les aguardan.

— ¡Pobrecillas!—dijo una de las de mejor corazón del vecindario—. La verdá es que á mí me da mucha lástima, pero que muchísima lástima.

—Pos á mí, no me da ninguna, porque como ellas se tienen la culpa de tó, pos que con su pan se lo coman.

Pablo, cuando vió penetrar en el almacén los encargados de echarle al crédito de sus parientas las últimas paletadas de tierra, cogió el sombrero y se fué á la calle, diciéndole á Tomás con acento sombrío:

—Mira, yo voy á la peluquería y vuelvo en un periquete.

Cuando llegó á la peluquería y penetró en el salón, topóse con Enrique Cárdenas, al que, ya servido, acepillaba uno de los atildados aprendices.

—Hola, don Pablo—dijo á éste al verle penetrar en el salón el dueño del mismo, un casi viejo, de pelo abundante, de largo bigote gris y de imponente *capacha*.

Uno de los oficiales, que dormitaba en uno de los extremos, se dirigió hacia el recién llegado; dos señores respetables y un joven *tá-biro* con las mejillas llenas de jabonosas espumas, parecían recrearse en la contemplación de sus discutibles atractivos, en las grandes y biseladas lunas de los relucientes espejos.

Enrique, que había visto penetrar á Pablo, juzgó sin duda oportuno dulcificar la tirantez de sus relaciones con éste, pero al notar la fría acogida que aquél le dispensara, dijo sonriendo de modo malicioso:

—Parece que me guarda usted rencor, y hace usted mal; si en algo le molesté fué por causa de Teresa, que parecía empeñada en que yo lo mirase á usted con malos ojos.

—¿Teresa?

—Sí, señor, Teresa, que pretendió que yo me encelara con usted, sin conseguirlo por supuesto. Es verdad que yo estaba deseando encontrar un pretexto para izar el ancla de aquel puerto.

Pablo sudaba; las palabras de Enrique, le encendían la sangre, no obstante lo cual, dominóse al ver posadas en él y en Cárdenas las miradas de los señores panzudos y del jóven tábiro, y procurando sonreír, le preguntó á su vez con voz algo llena de temblores:

—¿Pero fué usted el que izó el ancla ó fué Teresa la que le aconsejó á usted que la izará?

A Enrique se le colorearon las mejillas;

la voz de Pablo resonó en él llena de una intolerable ironía: además, el joven tábiro había sonreído estúpidamente oyendo al de los coloniales.

—¿Ella? ¡Cá, de ningún modo!—le repuso con acento glacial—¡á ella no le convenía aconsejarme tal cosa!

Y aquella sonrisa, que era siempre en él, al hablar de Teresa, una torpe calumnia, serpeó entre sus labios trémulos y descoloridos.

Avanzó Pablo hacia él en actitud amenazadora, y cogiéndolo briosamente por un brazo con mano férrea y crispada, le dijo como si quisiera convertir en arco su garganta y en flechas agudísimas sus palabras.

—Eso que usted dice, es una vil mentira. Teresa fué la que, al enterarse de lo que es usted, le prohibió que volviera á pisar los umbrales de su casa.

A Enrique un color se le iba y otro se le venía; aquello era un desastre: el peluquero, los oficiales, los señores panzudos, el joven enclenque, todos le miraban como gozándose en su humillante descalabro.

—Yo no miento, el que miente es usted— exclamó con enérgica entonación y retando al tendero con la mirada.

Nunca se le hubiese ocurrido á Cárdenas desmentir á Pablo; á éste le zumbaron los oídos, se le crisparon los dedos, una nube roja veló el sereno azul de sus ojos, levantó la mano y... un cuarto de hora más tarde, concluía de contar por cuarta ó quinta vez el dueño de la peluquería á uno de sus parroquianos lo sucedido, diciéndole:

—Y ná, que se necesitó estopa y pez pa echarle el torno á don Pablo; y es que estos pícaros rubios pisan más que cacarean.

—¿Y el don Enrique, qué hizo?—preguntó al *Mostacho* el que escuchaba el relato de lo ocurrido.

—Pos el don Enrique no es flojo, pero como el otro le cogió la primera...

—Pos milagrito será que en cuantito se topen en la calle no se tiren un derrote.

—No es fácil—le repuso el peluquero;—el don Enrique se va mañana ó pasado creo que á Segovia, á donde lo han trasladado; por cierto que lo he sentido, porque es garboso

para pagar, y se afeita un día si y otro no y muchas veces el de enmedio.

Y el *Mostacho* dejó escapar un suspiro, al restar mentalmente de sus ingresos lo que iba á dejar de percibir de su elegante parroquiano.



XXII

La noticia llegó á las de Pinto por conducto de las de Camacho, las cuales, desde punto y hora en que habían visto en desgracia á sus amigas, concurrían con más frecuencia á su casa, guardando un piadoso silencio en todo cuanto pudiera molestar el maltrecho orgullo de aquéllas.

Cuando se enteraron de lo ocurrido en la popular peluquería entre Cárdenas y el tendero, se apresuraron á dirigirse al almacén de las de Pinto, las que en los momentos en que aquéllas penetraron en la tienda, entreteníanse en formar proyectos humildes, que ya habían hecho la adversidad abatir el vuelo á

sus aspiraciones; y la resignación—ese gran desmayo del espíritu—había empezado á serenar sus corazones y á amortiguar en sus rostros las rigideces del dolor vivo y penetrante.

—¿Te ha dicho Francisco que ha estado viendo una casita cerca de San Bartolomé?—preguntaba la tendera á su hija, que le contestó:

—Sí, pero dice que le parece pequeña.

—¿Pequeña? pues si tiene cinco habitaciones y además el patio y la cocina: es decir, que nos sobra; y si no, verás tú: Francisco, una; para dormitorio nuestro, otra, otra para comedor y otra de desahogo y además un patio que es una preciosidá, según Francisco asegura.

—¿Y cuánto dice que gana?

—Cuatro duros y medio solamente.

En aquel instante llegaron las de Camacho, las cuales penetraron en el comedor poniendo besos á granel en las mejillas de las de Pinto.

—Supongo que ya sabrán ustedes—dijo doña Gertrudis sentándose junto á doña Fran-

cisca—lo que le ha pasado al Cárdenas con Pablo.

—¿Qué le ha pasado?—preguntó Teresa como asustada.

Doña Francisca hizo un gesto de extrañeza y,

—Pos no sabemos ni esto—dijo mordiéndose delicadamente una uña.

—¿Pero es posible?

—¿Pero qué ha sido lo que ha pasado?—preguntó ya impaciente Teresa á la orondísima Candelaria.

Doña Gertrudis empezó á narrar el suceso; el pariente había estado para que lo chillaran; no sería porque á ella el tal le oliera á nardos, que á azufre y á demonios encendidos le olía desde la mala *chanaita* que habíales jugado á las tenderas, pero lo justo es justo, y á nadie se le debe quitar lo que le pertenece, y Pablo podría ser tuerto y manco y cojitranco, pero lo cierto era que en aquella ocasión había merecido la laureada por su comportamiento con Enrique.

—¿Pero que fué lo que dijo Enrique de mí—preguntaba minutos despues Teresita á

doña Gertrudis cuando ésta hubo puesto fin á su relato.

—Nada, tonterías — le repuso aquélla— que si tú... que si él... que si tu madre... nada... pamplinas y pamplinas y más plamplinas.

Cuando las de Pinto se quedaron solas,

—¡Vivir para ver!—exclamó doña Paca— Pablo peleándose por defendernos; hay cosas que me ponen tonta, pero que tonta de remate.

Cuando le contaron lo ocurrido á Francisco, salió éste pretextando una ocupación urgente y se fué en busca del peluquero, el cual le relató el hecho ponderando la casi homérica hazaña del pariente de las de Pinto.

—¿Pero qué fué lo que dijo Cárdenas de Teresita?

—Na, tonterías; pero no tenga usted cuidao, que lo que es ese no la vuelve á mentar sin cuadrarse y sin llevarse no una, sino las dos manos á las alas del sombrero.

Cuando regresó Francisco al almacén, le interrogó Teresa, que se había sospechado el objeto de la repentina salida de aquél.

—Oiga usted, Francisco, ¿qué fué lo que dijo de mí Enrique?

—Nada, ¿qué quieres tú que dijera ese tonto de capirote?—le repuso Francisco sentándose frente á las dos mujeres; y si se hubiera podido leer en el pensamiento de todos ellos, hubiérase visto cómo los tres pensaban al unísono en la para los tres incomprensible conducta del pariente.

El primero en romper el silencio fué el viejo, que murmuró como siguiendo el curso de sus complicadas elucubraciones:

—La verdá es que hay cosas que no las hubieran entendido los siete sabios de Grecia.

—Vaya, como que yo estoy como quien ve visiones desde punto y hora en que me lo contaron.

Teresa no dijo nada. La imagen de Pablo que, no obstante el odio que creía sentir por él, no se apartaba un punto de su imaginación, parecía sonreírle en su pensamiento con sonreír atrayente y melancólico.

Cuando á la siguiente mañana se levantó Teresa, tras permanecer breves instantes indecisa cerca del balcón, se dirigió á éste en

decidida actitud, lo abrió de par en par y penetró en él, donde ya sus macetas empezaban á dolerse mustias y empolvadas de su prolongadísimo abandono.

Cuando tras calmar la sed de las flores se metió dentro, una profunda contrariedad se pintaba en su semblante pálido y ceñudo; Pablo, de espaldas al balcón, parecía ocupadísimo en colocar unos paquetes en uno de los compartimientos de la estantería.

—Ahora él—murmuró Teresa cerrando de nuevo el balcón y mirando furtivamente por los visillos, no sin dejar previamente á obscuras la estancia para no ser vista en su observatorio; todo fué inútil: Pablo siguió trabajando, como si colocando paquetes en la estantería, hubiera de ganarse la gloria prometida por el Dios del Sinaí á los bienaventurados de la tierra.



XXIII

Cuando la señá Angeles llegó atarragando con el lío de ropa al *Huerto del Peregiles*, ya estaba ocupado el lavadero por otras del oficio, á las que guarecía de los rayos del sol el frondoso ramaje de los árboles, que formaban un á modo de dosel al descubierto arcaduz que conduce el agua á las acequias desde la noria cercana.

—Hola, señá Angeles; valiente porte se trae usted hoy al cuadrí — exclamó dirigiéndose á la recién llegada la lavandera de las de Camacho.

—Pos esto no es naíta—repúsole aquélla con voz fatigada dejando caer el enorme lío

en el suelo; y después de secarse el sudor con un pico del delantal, continuó:

—Como que esto no es más que lo de una semana de Frasquita la del barbero, y unas enaguas y unas chaponas de las señoras de Pinto.

—¿Pero esas entoavía se mudan de ropa? —preguntó la *Chafarina*, una rubia con el semblante todo picado de viruelas y con los brazos como barras de bronce.

—¿Por qué no?; lo que no harán será pagarle á la señá Angeles—dijo al par que se rasaba con un hombro la barba, Rosario la de los *Chapuces*, una viejecilla acartonada y de aspecto poco recomendable para custodio de doncella alguna.

—Pos toas estais dequivocás—dijo la señá Angeles al par que depositaba el obligado tributo en manos del hortelano, que había aparecido de pronto junto á ella como por arte de encantamiento—y lo estais, porque las de Pinto siguen vistiéndose de limpio, y si no me pagan corriente ahora, vaya por cuando me pagaban adelantao.

—¿Pero es verdá, señá Angeles, que están

las probes pegaitas del tó á la paré?—preguntó la *Chafarina* con acento compasivo.

—Y tan pegaitas, que por dos pesetas serían capaces de subir á una cucaña.

—Pues lo que es de eso no tiee la culpa el terral,—exclamó la de los *Chapuces* con acento irónico—sino que la tien ellas por querer-lo gastar toíto en barnices; pero en fin, el mundo es mu ancho, y como Teresita, sin ser una maravilla, tiee güen empaque y muchísimo rocío... lo que es en el pellejo de doña Francisca, mardito lo que yo me apuraría.

—Naturarmente—exclamó la *Chafarina* arrojando una mirada despreciativa sobre la vieja;—usté cómo se diba á apurar tan y mientras tuviese un puñao de honra que tirar ar pudriéro.

La vieja se irguió iracunda, y poniéndose ambos puños en los escuálidos ijares,

—Sabes tú—dijo encarándose con aquélla—que ya me va á mí rejeleando una miajita que tú, venga ú no venga á pelo, me claves á mí los dientes? Y sa menester que tú sepas, que si don Fulano y don Mengano le han

comprao una arracá ca uno á tu prima Candelaria, habrá sío porque á ella le habrá dao la repotentísima gana, que no nació tu prima fijamente pa priora de convento.

En un tris estuvo que no se tuviera que mandar un recado á los del tricornio, pero recobrado que se hubo por fin la tranquilidad y colocadas frente á frente, preguntó la de las de Camacho á la lavandera de las de Pinto:

—¿Pero, y el pariente, no hace naíta por esas criaturas?

—¿El pariente? Calle ustedé, señora, si ese *gachó* tiee por corazón un martillo.

—Eso mismito es lo que dicen ca vez que se habla de él las de Camacho, porque yo soy mu parcial, y me gusta darle á ca gallina su overa; y mire ustedé, mis señoritas serán mu faroles y tendrán muchísimo viento y les gustará que to el mundo les bese la porrilla, y mu verdugos pa los que las tenemos que servir, pero lo que es equitativas, lo son ¡vaya si lo son! y ellas lo dicen, que don Pablo debe ser de la misma malita maera de los que azotaron al Santísimo Nazareno.

—¡Calle usted, señoral si lo que ha jecho ese hombre está pidiendo á voces que lo jagan macarrones.

—Y oiga usted, señá Angeles, ¿es verdá que las han echao de la casa por justicia, y que les han embargao una porción de cosas á las tenderas?

—Y jasta el hipo, señora,—le repuso suspirando como condolida la señá Angeles—y el sábado se tien que dir de la tienda, y yo no sé lo que van á jacer esas probes; porque es lo que yo digo, una está acostumbrá a to, pero ellas, y sobre to la señorita Teresa, que no sabe lo que es meter las manos en la legía...

—Sí que es verdá, y que el que no está jecho á bragas...

Quedaron silenciosas, y tras algunos instantes de mutismo, preguntó la señá Angustias á su compañera.

—¿Y cómo se explica usted lo de la bronca del don Pablo con el señorito Enrique?

—Pa mí, que fué un desahogo del corazón.

—Entonces es verdá lo que se decía de que si don Pablo...

—Mire usted, yo unas veces pienso que sí y otras veces que no; pero la verdad es que esa es una cosa en la que yo siempre estoy entre dos luces.

No había mentido la señá Angeles al decir que el sábado tendrían que abandonar las de Pinto la casa donde se habían pasado toda la vida; á doña Paca podíasele ahogar con un cabello, Francisco se pasaba las horas muertas en su cuarto, en aquel cuarto tan constantemente divorciado del sol, y tan henchido para él de dulces recuerdos; Teresa, siempre pálida y triste, lloraba por el rincón que en breve abandonarían para siempre; lloraba el presentido aislamiento del nuevo refugio donde irían á guarecerse con los restos del terrible naufragio, y lloraba sin querer darse cuenta del por qué de sus lágrimas, la vaga inquietud de que había empezado á llenarle el alma el cambio con que Pablo había alterado de pronto su sistema de vida, abandonando casi todas las tardes su establecimiento, y no regresando á él á veces hasta horas bien avanzadas.

Teresa, desde que aquél hubo de adoptar

tal sistema, no había dejado ni una sola noche de esperarle tras los visillos del balcón, entreteniéndose en evocar tiempos mejores, y al pasear su mirada por el pasado, al recordar las siempre por ellas desdeñadísimas miradas de amor de Pablo, aquellas por ella jamás atendidas súplicas, tan mudas como elocuentes; al exhumar sus crueldades para con él, y sus deferencias para con Enrique, un hondísimo desconsuelo se apoderaba de su corazón, desconsuelo que se traducía en lágrimas silenciosas y en silenciosas explosiones.

Una tarde, la misma en que la señá Angeles hubo de ir al lavadero del *Peregiles*, llegaron las de Camacho á casa de las de Pinto.

—¿Conque por fin se mudan ustedes el sábado?—preguntó á doña Francisca Candalaria.

—Sí, el sábado—le repuso aquélla con aire resignado.

—Tú tendrás mucha pena, ¿verdá, hija mía?—dijo á Teresa, pasándole la mano cariñosamente por la cara doña Gertrudis.

Teresa le contestó con una amarga sonrisa.

—¿Y Francisco, ha encontrado algo, doña Paca?

—¡Todavía no, cuando una puerta se cierra...

—¡Qué malitas que son las gentes!—exclamó doña Gertrudis en tono de generoso reproche.—Mire usted, yo soy mala también, lo confieso; pero lo soy con los que ríen, pero en cambio no lo soy con los que lloran; yo soy así, no lo puedo remediar; sin ir más lejos, yo las conozco á ustedes de casi toda mi vida; pues bien, antes cuando iban ustedes á to vapor, me gustaba á mí quemarles á ustedes una miajita la sangre, y ahora... ahora por ver á ustedes felices... no sé lo que yo daría!

Y con tal expresión de verdad hubo de decir esto doña Gertrudis, que, acercándose á ella Teresa, y rodeándole el cuello con los brazos, la besó repetidas veces diciéndole:

—Porque tiene usted grande el corazón, señora.

—Ya lo creo que sí—murmuró suspirando doña Paca.

—Vaya, que luego se me ponen los ojos encarnados—exclamó Candelaria restregándoselos con ambas manos.

—¡Ahl, se me olvidaba decirles á ustedes—dijo doña Gertrudis—que me parece á mí que ya tiene Pablo lo que á Pablo le hacía falta.

—¿Y qué es lo que le hacía falta á Pablo?—le preguntó Teresita mirándola con ojos inquietos é interrogadores.

—Pues unos amoríos que me parece á mí que le van á dar muy malos ratos.

—¿Y esos amoríos con quién, doña Gertrudis?

Y sin fijarse ésta en que aquella pregunta había salido de labios de Teresita como un quejido, continuó,

—¿Pues con quién había de ser? con la *Turquesa*.

Cuando se hubieron ido las de Camacho, se dirigió Teresa á su habitación, y penetrado que hubo en ella, cerró la puerta con llave, y hundiendo la cara en las almohadas del le-

cho, murmuró con voz ahogada y sollozante, dando expansión á su congoja:

—¡La *Turquesa*, Virgen mía, la *Turquesa*!

Y una ola de lágrimas se desbordó de sus ojos y bañó sus empalidecidas mejillas.



XXIV

Pablo había ido por primera vez á casa de la *Turquesa* para hablar con el padre de ésta de asuntos puramente mercantiles, y como terminado que se hubo el negocio apareciera aquélla en la sala, el señor José, al par que se recreaban sus ojos en aquel prodigio que había hecho él, según afirmaba, pillándole las vueltas á Dios y escamoteándole el mayor número posible de méritos y perfecciones, le dijo:

—Toca una miajita la guitarra pa que te oiga este caballero.

Pablo pasó agradablemente una hora

oyendo á la muchacha hacer primores en la vihuela.

Acostumbrada aquélla á que no hubiese hombre que no se quedara casi accidentado mirándola y oyéndola, se sublevó ante el cortés indiferentismo con que el tendero acogiera sus retadores decires, su provocativo mirar y sus graciosísimos arrumacos, y ya empeñada, sin duda por vanidad, en hacer doblar la cerviz á aquel hombre rebelde á sus hechizos, díjole cuando ya se despedía, con acento mimoso y zalamero:

—Venga usted mañana y podrá usted oír á Pepita la *Cancela*, que canta como los mismísimos serafines.

Pablo asintió cortesmente, y al día siguiente oyó cantar á la *Cancela*. Durante dos semanas frecuentó la casa de la *Turquesa*, pero en breve el cansancio y el hastío le hicieron retraerse y comprender que su parienta estaba tan fuertemente arraigada en su pecho, que no había medio de desenterrar sus raíces, que era y sería siempre Teresa la todopoderosa de su corazón enamorado.

Y pensando en esto, una noche, al salir de casa de la *Turquesa* en dirección á la suya, vió al llegar á la esquina de la calle á Francisco, al que más que el de los años, empezaba á encorvar el peso de la contraria fortuna.

—¿De dónde se viene?—le preguntó Pablo tocándole ligeramente en un hombro.

—De la nueva casa—le repuso afectuosamente Francisco, el cual habíase reconciliado algo con aquél desde el lance de éste con Enrique en la peluquería del *Mostacho*.

—¿Pero entonces es cosa resuelta lo de la mudanza?

—Y tan resuelta.

—¿Y qué es lo que les queda á ustedes para vivir?

—Unos cuantos duros y estas dos pobres que no sirven ya para nada—dijo el viejo mostrando sus manos escuálidas y rugosas.

Pablo inclinó la cabeza para ocultar, sin duda, algo que se le asomaba triunfal á sus ojos azules y serenos, y después, con voz dulce y reposada, le preguntó:

—¿Y qué piensan hacer ustedes?

—¡Y qué sé yo!—le repuso Francisco.—

Por lo pronto, yo estoy trabajando por que me admitan los *Nenes de la Goleta*; la cuestión es ganar cualquier cosa, más que por mí, por esas pobres mujeres; ya me han ofrecido algo... poco... pero en fin, no siempre se puede uno hacer el traje á su medida.

—Es que usted ahora no puede estar tan esclavo como antes; es que usted ahora necesita velar por esa que para usted es su propia y única familia.

—Ya, ya he pensado yo en eso también —le repuso el viejo con aire meditabundo.

—¿Y qué le ofrecen á usted los de la *Goleta*?

—Más de lo que debo ganar, pero muchísimo menos de lo que necesitamos para medio vivir: no llega ni á tres mil reales siquiera.

—¡Eso no puede ser!—exclamó Pablo de modo brusco y enérgico; y después, tras algunos instantes de silencio, continuó:

—Si usted quisiera todo podría arreglarse... Yo ya estoy muy harto de la pluma; además, el trabajo de escritorio no me da tiempo

para nada, y si usted se conformara con ser, no mi dependiente, sino mi compañero...

—¿Yo?... ¡Ya lo creo que sí!... Yo antes no podía... no debía...—balbuceó el anciano con voz trémula al ver de pronto romper un rayo de sol por entre las negruras de su horizonte.

—¡Ah, pues si usted acepta me proporciona una verdadera alegría!—exclamó Pablo mirándolo con expresión risueña y acariciadora.

—Pero tú sabes que yo ya estoy la mar de torpe y que escribo peor que un recluta.

—No importa; con que se entienda lo que escriba, á mí me basta; además, tendrá usted las horas de trabajo que considere indispensables para llevar los libros al día; pero saldrá usted á almorzar, á comer, y por la noche se irá usted á dormir á su casa.

El rostro de Francisco tenía en aquellos instantes algo de cómico y de conmovedor; el asombro y el júbilo habían entrado de pronto como un huracán en su pecho, barriendo nubes y vertiendo resplandores.

—Pero eso... Pablo... yo no sé—balbuceó conmovido.

—Nada, no hay más que hablar; desde mañana á su sitio; y respecto al sueldo, tendrá usted dos mil quinientas pesetas al año, ¿le parece á usted bien?

—No, eso no; es mucho; yo no he ganado nunca tanto dinero; yo estoy pagado con cualquier cosa; yo no puedo aceptar eso que tú me propones.

Pablo le miró de hito en hito durante algunos momentos y

—¿Y usted se cree con derecho á rechazar un sueldo que, además de ser justo, representa un relativo reposo para las que usted tanto ama? —le preguntó.

Enmudeció Francisco, y de pronto, mirando á Pablo con los ojos húmedos y brillantes, le preguntó con voz temblorosa, con voz llena de una quejumbrosa armonía:

—Pablo, Pablo, ¿me permites que te abrace?

Y los brazos del viejo apresaron repentinamente con inusitada vehemencia á su an-

tiguo compañero, que le dijo procurando desprenderse de ellos dulcemente:

—Vamos, hombre, por Dios, Francisco, que no merece la pena.

Cuando el viejo llegó á su casa iba desatentado y con ganas de bailar uno de aquellos vales que de modo tan rítmico bailara allá en su juventud, ya tan remota.

—¿Qué le pasa á usted?—le interrogó Teresa alarmada por aquellas manifestaciones de júbilo.

—¡Ay, hija de mi alma! Porque tú quieres que yo te llame así... ¿Verdad que tú lo quieres? —le preguntó el viejo con voz trémula.

Y al ver que aquella le sonreía triste y cariñosamente, continuó:

—¡Ay, hija mía! ¡Tú no sabes qué de gallardetes y qué de banderolas traigo hoy puestas en el corazón! Aquí donde me ves ya no soy un pobrecito cesante, ¿sabes?; aquí donde me ves soy un alto empleado con diez mil reales de sueldo.

Teresa abrió desmesuradamente los ojos y —¿Pero...?—le preguntó casi asustada.

—Nada, lo que te digo... ¿Dónde está tu madre?... ¡Doña Pacal! ¡Doña Pacal!

—¿Qué ocurre?—exclamó ésta saliendo de la cocina, en la mano la esportilla con que empleábase en avivar la candela.

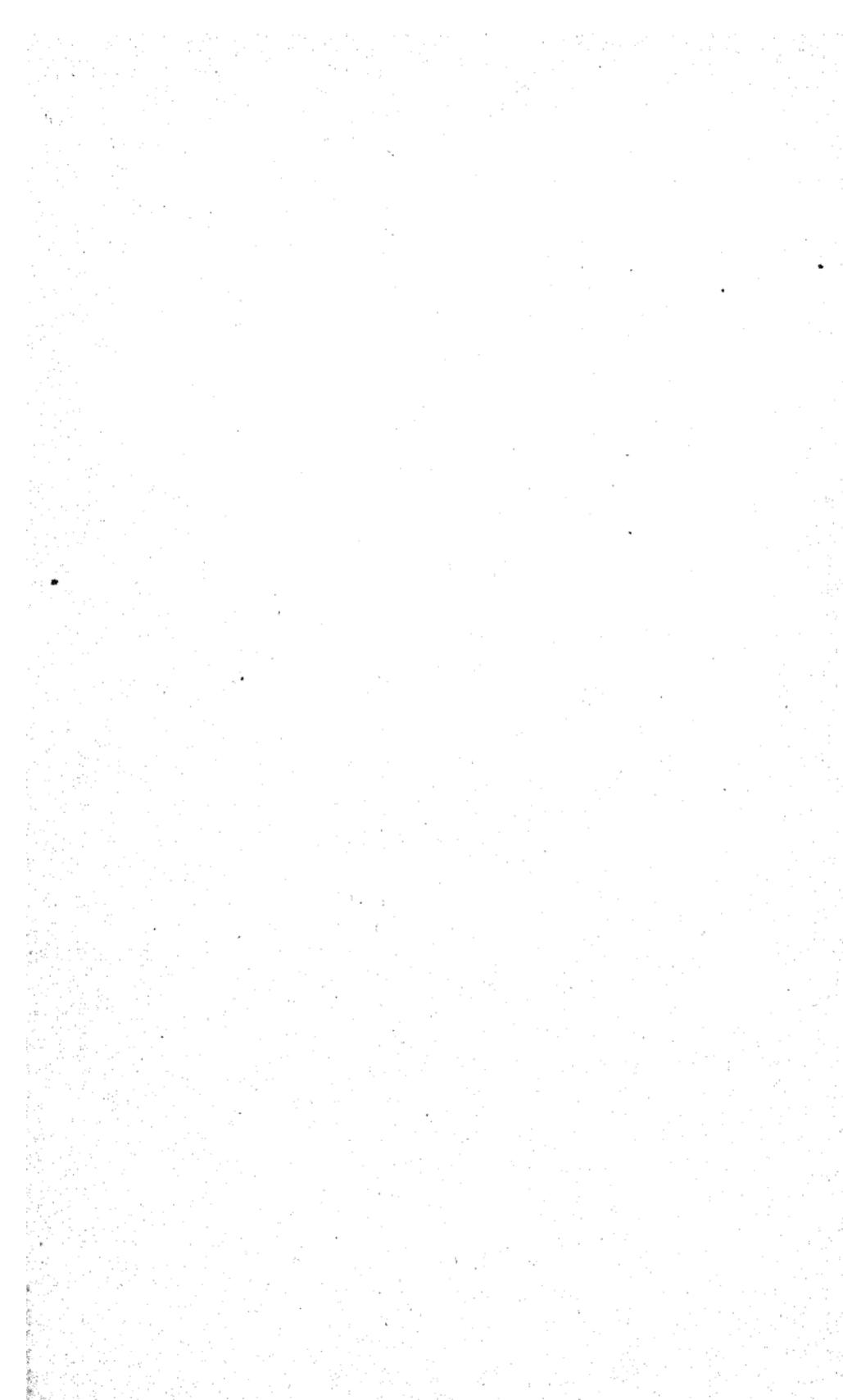
—Pues lo que ocurre es que ya somos felices, que ya no les faltará á ustedes nada de lo necesario para la vida; que estoy que no me cabe el gozo en el cuerpo.

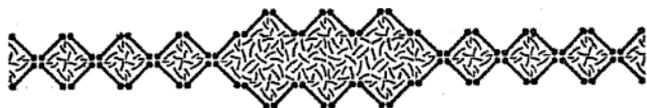
—¿Pero cómo es eso? ¿Se ha vuelto usted loco, Francisco?

—Nada de loco, y sepa usted que desde mañana soy dependiente de Pablo con diez mil reales ¿lo oye usted bien? ¡con diez mil reales de sueldo!

Doña Francisca se puso pálida, sintió que le flaqueaban las piernas; Teresa, como iluminado el semblante por un resplandor divino, se acercó á su madre, y de pronto, aquellos tres seres tan combatidos por la contraria fortuna, se unieron como si quisieran confundirse en uno solo, en un apretadísimo abrazo, dejando correr todos á la vez sus lágrimas, aquellas lágrimas que el placer, ese eterno competidor de la pena, hacía

brotar de sus ojos enrojecidos y resbalar por sus empalidecidas mejillas como un santo rocío consolador, como un rocío de los cielos.





XXVI

Una alegre y vistosa multitud aglomerábase al paso de la procesión, que acababa de desembocar en la Alameda de Capuchinos: ésta presentaba un golpe de vista brillante y pintoresco; reían y bromeaban con los mozos, adornados con su más típica indumentaria, las mozas, que luciendo en animados bandurrios sus crugientes faldas y chaquetillas de vivos colores y tocada de flores la graciosamente peinada cabellera, discurrían, escoltadas por sus galanes, á lo largo de la calle, adornada en balcones y ventanas por colchas y colgaduras, y brilla-

ban el espléndido celaje, el húmedo verdor de la arboleda y la pintoresca lejanía salpicada de huertos floridos en las planicies y de blanquísimos lagares entre los oscuros repliegues de la riente montaña.

Las de Camacho descendieron del tranvía encaminándose rápidas hacia la casa de las de Pinto.

—Niña—le dijo á Candelaria sonriendo á lo truhán y comiéndosela con los ojos, un cabo de rostro juvenil y de marcial apostura, —¿me quiere usted hacer el favor de decirme con qué va usted á darle el alimento á lo que se traiga á este mundo?

—¡Habrá indecentón de hombre!—exclamó llena de maternal indignación doña Gertrudis, mientras Candelaria mirábase furtiva y complacidamente aquella curvatura arrogante y tentadora que acababa de provocar el piropo un tantico indiscreto del de los galones encarnados.

Doña Gertrudis y Candelaria tuvieron que detenerse: la procesión se oponía ya á su paso; la primera tuvo que maniobrar de modo habilísimo en defensa de su hija, á la

que habíasele acercado, más de lo que la moral pública permite, un mozo de amplísimo cordobés y de sin duda poco morigerados propósitos, el cual, al ver interponerse entre él y Candelaria la ya poco gallarda mole de doña Gertrudis, fuese en busca de gente algo menos previsora y de más tolerante condición.

Dió comienzo el desfile: en primer lugar, y como acaudillando la mística caravana, apareció un muchachito con el pendón blanco y azul, cuyos extremos sujetaban dos monaguillos de blancas sobrepellices y azules sotanas; después, y en dos largas hileras, un centenar de rapaces del barrio, cada uno de ellos con un pequeño ramo de flores en la mano, y seguidos de una nutrida representación de las hembras de nuestra buena sociedad, que aristocratizaban el humilde acompañamiento, en pos de las cuales apareció el porta-estandarte, como enorgullecido de su misión y de su elegante figura.

Este avanzaba con armónica lentitud, cruzadas sobre el pecho las manos, y sosteniendo el estandarte de raso bordado de oro, al

que los últimos destellos del sol que moría arrancaban vivísimos resplandores; era aquél de figura gallarda y de elegantísimos contornos; su semblante juvenil tenía asaz delicados matices; el sonrosado de sus mejillas hacía resaltar la nacarina transparencia de su tez; sus ojos dulces posábanse, como sumergidos en beatíficos arrobos, en el purísimo horizonte, sus facciones eran correctas; su pelo, rubio y lúcente; su boca parecía protestar, con una sonrisa llena de unción y de coquetería, del bigote enhiesto y reducido que la sombreaba.

—¡Qué bonito que es ese hombre!—exclamó una jaquetona de tez renegrada, de ojos magníficos y de magnífica cabellera.

—¿Qué dice usted?—preguntóle en tono zumbón uno de los que presenciaban á su lado el desfile.

Todos callaron al ver llegar á la Virgen, rodeada de ramilletes de flores y amenazando desplomarse á cada movimiento sobre los que la conducían; seis ú ocho mocetones que jadeaban.

—Ya viene la Reina de los Cielos—excla-

mó una vieja con voz llena de unción y clavando en la imagen sus ojos lacrimosos, continuó con aire contrito:—*Dios te salve, María...*

Cuando pasaron los músicos que cerraban el cortejo, dirigiéronse las de Camacho hacia casa de las de Pinto, y momentos después decíale doña Gertrudis á doña Francisca, al par que curioseaba la humilde vivienda:

—¡No, pues no está esto tan pobrecito, señora, pues si parece un nacimiento!

—¡Cuidado que son bonitos!—exclamó Candelaria posando su mirada en dos rosales que fulgían al sol en el umbral del reducido patio—estos no los tenías tú en la otra casa.

—No; estos son regalo de mi viejecito.

—¡Qué retebueno que es ese hombre! Y oye, una pregunta: ¿viene Pablo por aquí?

—No, no viene...

Y no se necesitaba tener muy fino el oído para notar, en el tono con que hubo de decir Teresa aquellas frases, una vibración hondísima y apenadora.

Candelaria, no obstante, no pareció darse cuenta de aquello y prosiguió:

—No tiene nada de particular; ahora no sale nunca ese hombre de su huronera.

—¿Ni para ir á casa de nadie?—le preguntó Teresita como si no quisiera quemar sus labios con el nombre de su rival.

—¡Ca, chiquilla!—dijo llena de maligna complacencia Candelaria—eso ya se acabó; así está la *Turquesita*, que, según dicen, no puede nadie acercarse á ella sin tomar un contraveneno.

—¿Y qué, ahora estarán ustedes la mar de tranquilas, verdá?—le preguntaba entre tanto á doña Paca doña Gertrudis.

—Sí, señora, gracias á Dios y gracias á Pablo.

—¡Cuidado con ese hombre! La verdá es que pasan cosas en la vida que la dejan á una tonta, pero que tonta del tó. Y Francisco estará también contento, ¿verdá?

—Supóngase usted: hecho un cascabel. Ahora lo único que nos tiene muy disgustaillas es lo de Teresita.

—¿Pues qué le pasa á Teresita?

—Nada, que ca día está más triste y con menos ganas de comer y con un mal genio

que va echando que no se le puede resistir; como que parece que le han hecho mal de ojos.

—¿Te parece que nos vayamos ya?—preguntaba á doña Gertrudis momentos después desde el patio Candelaria.

—Sí, que todavía tenemos que ir á casa de las de Ramírez; ya sabe usted, las de Ramírez, aquellas que novio que les sale, novio que á los tres meses... ético!

Cuando se hubieron ido sus amigas, Teresa se acercó á su madre sonriente y la besó en ambas mejillas.

—¡Mujer, qué novedál, sonreirte y besar-me cuando hace ya una eternidá que no lo hacías.

—Pues toma hoy todos los atrasos que te debo.

Y Teresa volvió á besar una y otra vez á doña Paca, que le seguía preguntando llena de asombro:

—¿Pero me quieres explicar el por qué de este repique?





XXVII

Cuando Teresa se metió en la cama aquella noche, mientras su madre y Francisco charlaban en el gabinete, dejó escapar un suspiro de satisfacción; las palabras de la Camachito no dejaban de resonar como una caricia en sus oídos repitiéndole una y otra vez que ya había dejado de ir á casa de la *Turquesa*, aquel hombre al cual ella veía ya en su pensamiento á todas horas inundándole el corazón de extrañas y dulcísimas ansiedades con su figura llena de virilidad y reposo, con su semblante siempre tranquilo, con sus ojos llenos de azules placideces, con su boca fresca y limpia, con su pelo rubio y sedoso y con algo sin nombre

que ella no podía precisar, pero que llenaba todo su sér de vagas y dulces y ardientes aspiraciones.

Mientras Teresa soñaba con el hombre un tiempo por ella desdeñado, doña Paca y Francisco departían en el gabinete.

—¿Conque tanto pregunta Pablo por nosotras?—preguntábale la primera con acento complacido á su antiguo dependiente.

—Ni un solo día deja de preguntar por ustedes.

—Lo que no me explico es su terquedad en no venir nunca á vernos.

—Tampoco yo me la explico.

—¿Y está contento con usted?

—Conmigo, sí, pero contento no; yo no sé lo que le pasa que siempre parece que está como para declararse en quiebra.

—¿Y su negocio marcha bien?

—A toda vela.

—¿Y es cierto eso de que ya no va á casa de la *Turquesita*?

—Sí que es cierto, y crea usted que he pensado yo alguna vez que pueda ser ese el motivo de su constante mal humor.

—Pues no lo creo yo así, porque si á él le gustara esa mujer, pues seguiría visitándola.

—Según y cómo; la *Turquesa* es una criatura muy orgullosa, muy preciada de sí misma, muy aficionada al lujo, y Pablo no tiene un pelo de tonto y es hombre reflexivo y puede que al pensar que esa mujer no le conviene haya empezado á ponerse en cura, y quién sabe si lo que le pasa es que le está amargando la medicina.

Doña Paca quedó meditabunda, y tras un breve silencio murmuró:

—No le diga usted ni una palabra de esto á Teresa.

Esta se levantó al día siguiente más alegre que un pájaro; tan alegre, que la muchacha encargada de los quehaceres más rudos lo hubo de notar.

—¡Josús y qué alegre que está usted hoy! —díjole alborozada— como que parece que está usted hasta mucho más bonita.

Teresa corrió á mirarse al espejo, que le ratificó lo dicho por aquélla; sus mejillas no estaban descoloridas; sus ojos resplandecían

como soles, sus labios habían dado de nuevo albergue á un tropel de juveniles sonrisas.

Pasaron algunos días sin que nada turbara la dulce serenidad que la noticia de las de Camacho hubo de devolver á Teresa, la cual una tarde, ya terminados sus quehaceres domésticos, díjole á su madre sentándose frente á ella en el patio:

—¡Qué buenas amigas son las de Camacho, verdad?

—Sí que lo son, y mira tú que no lo parecían.

—¡Tomal Tampoco Pablo parecía lo que después ha resultado.

—También eso es verdá—murmuró doña Francisca.

Permanecieron silenciosas durante algunos momentos ambas mujeres, y exclamó después doña Paca incorporándose torpemente, no sin tener que apoyarse con ambos puños sobre las propias rodillas:

—Bueno, yo me voy pa la cocina, que ya estará Francisco al llegar.

Teresa se asomó á la puerta; por el mal arrecifado camino, aun bañado en sol, un ca-

rrero, con una mano aferrada á los varales del carro y en la otra el fuerte ronزال, cantaba con voz dulce y melancólica:

Yo anoche ensoñé, serrana,
y ensoñé que me querías,
y dende anoche me tienes
muriéndome de alegría.

—¡Qué copla más bonita!—murmuró Teresa siguiendo con su mirada al carrero, cuando lo perdió de vista empezó á pasear sus ojos llenos de dulzuras por la riente lontananza; de pronto abandonó el escalón al ver á Francisco, que se dirigía hacia la casa con paso más lento que de costumbre.

—¿Qué es eso?—le preguntó Teresa saliendo á su encuentro y mirando inquieta al anciano, que intensamente pálido le repuso con voz algo temblorosa:

—Nada, hija, no te asustes; es que estando en el escritorio me dió un frío muy grande, tan grande que aun me duelen las encías del castañeteo.

Teresa y doña Francisca cruzaron una mi-

rada preñada de inquietudes y á poco de haber entrado aquel en su habitación.

—¿Está usted ya acostado?—le preguntaba Teresa desde el umbral del aposento.

—Sí, entra. ¡Ay, qué bien que estoy en la cama, hija mía!

—Bueno — exclamó la tendera acercándose á él con una taza humeante en la mano — ahora se va usted á tomar esto calentito para que sude usted, porque eso no es más que un constipao.

—En Agosto y en mitad del día me va usted á salir con su abrigo y con su bufanda — dijo Teresa mirando llena de inquietud al viejo, cuyas mandíbulas se crispaban titilantes; y al notar que el frío había vuelto á apoderarse de él, salió de la estancia y á poco penetró de nuevo en ella con el cobertor de su cama, que extendió cuidadosamente en la del anciano, que la miraba con ojos henchidos de gratitud y de ternura.

—Vamos, que ésto se enfría — exclamó doña Paca pretendiendo enmascarar con una sonrisa sus temores.

Teresa ayudó á incorporarse cuidando de

que no se desabrigara al viejo, que murmuró con voz temblorosa:

—Verán ustedes, cómo Dios mediante, esto no es nada.

Aquella noche no se acostaron doña Paca ni Teresa; el viejo la pasó delirando, y apenas empezó á clarear, se puso de cualquier modo una toquilla la primera y

—Yo voy ahora mismito avisarle al médico y á Pablo—dijo.

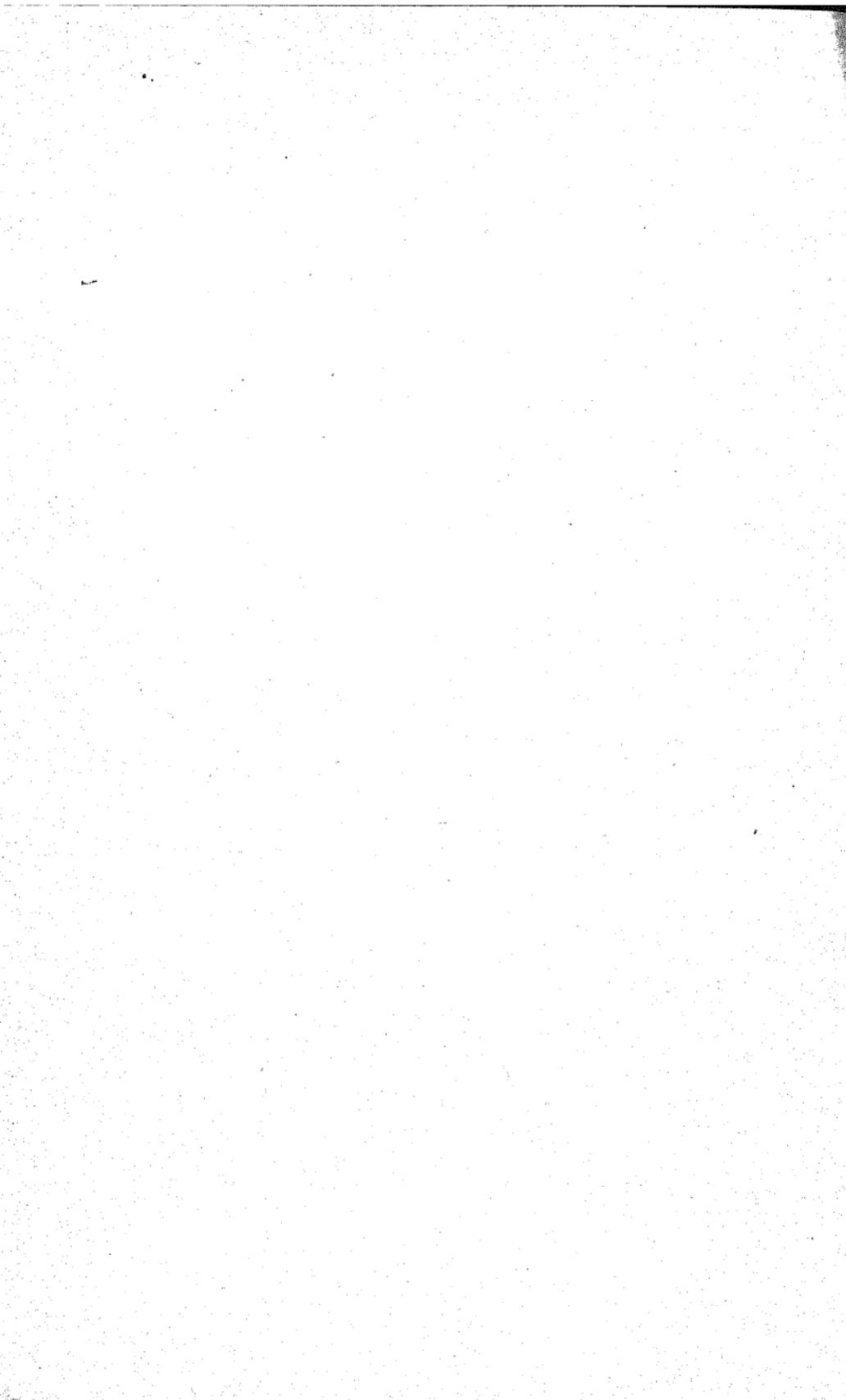
—Sí, primero al médico y que venga correndito.

Teresa, al quedarse sola, posó su mirada llena de congoja en el anciano, que, entreabriendo los ojos, le dijo con voz fatigosa:

—Dame agua.

Y tras beber algunos sorbos ayudado al incorporarse por la de Pinto, cogió á ésta una mano y estrechándola dulcemente entre las suyas murmuró con voz henchida de cariño:

—¡Cuán buena eres y cuánto, cuánto te quiero!





XXVIII

Cuando Pablo llegó al almacén y le dieron el recado que para él había dejado doña Paca, corrió atropelladamente á casa de ésta.

A Teresa, al verle llegar, se le demudó el semblante y tuvo que apoyarse contra el muro.

—¡Pablo!

—¡Teresa!

Durante algunos instantes se contemplaron ambos como sumergidos en un éxtasis, como si sus ojos pretendieran cobrarse en una sola mirada todo el tiempo que habían estado sin verse.

—Qué, ¿ha venido ya el médico?—preguntó por fin Pablo dominando su emoción.

—Acaba de irse—balbuceó Teresa.

—¿Y qué ha dicho?

—Teme que sea una pulmonía... ha puesto muy mala cara.

—¿Y tu madre?

—Está con Francisco.

Cuando Pablo se asomó á la habitación en que éste yacía, doña Paca, que lo vió, se apresuró á salir sigilosamente.

—¿Duerme?—le preguntó Pablo con voz susurrante.

—Está como aletargado.

—¿Qué ha dicho el médico?

Fué á hablar doña Paca, pero un sollozo comprimido ahogó sus palabras.

—Vamos, tranquilícese usted—le dijo Pablo arrastrándola suavemente hacia un extremo del corredor.

—¡Tranquilizarme!—exclamó aquélla con voz angustiada;—tranquilizarme, y el médico me ha dicho que la cosa puede ser de muchísimo cuidado.

A Pablo se le arrugó la frente; pero haciéndose superior á su profunda zozobra, dijo con voz apenas perceptible:

—Puede que el médico se equivoque.

—No, Pablo—dijo doña Paca interrumpiéndole;—Francisco se nos muere; sí, se nos muere. ¡Pobre Francisco!... Tan contento como estaba ahora... tan dichoso como era...

Teresa se llevó la mano á la boca para cerrarle el paso al gemido.

—¡Teresa!—exclamó Pablo estrechando entre las suyas una mano de la mujer amada.

Esta tembló toda á su contacto, y un borbotón de lágrimas se desbordó en sus ojos.

—Vamos, preciso es que te tranquilices—díjole aquél mirándola, como si quisiera enjugar su llanto con su mirada;—y para que lo consigas, voy á hablar con don Pedro para que tenga una junta con Ibáñez y con Herrera.

—Sí, vé; hazlo por Dios y por la Santísima Virgen.

Pablo salió, y una hora después regresaba acompañado de Ibáñez, hombre de más de sesenta años, de movimientos inarmónicos, de bigote gris de recortadas guías, de vestir desaliñado, con el sombrero algo á lo truhán sobre la sien izquierda, los quevedos de áurea

armazón casi en el extremo de la nariz, y de ademanes bruscos, enérgicos y decididos.

— Buenas tardes—dijo penetrando en la casa sin destocarse y con voz un tanto enronquecida.

— ¡Gracias á Dios!—murmuró al verle Teresa, radiante de esperanza.

— ¿Han venido los compañeros?

— Todavía no.

— ¿Y el enfermo dónde está?

Doña Francisca lo condujo al lado de éste, que al ver al médico se incorporó fatigosamente.

— ¡Quieto! —dijo Ibáñez con autoritario acento, y acercándose al paciente clavó en él una mirada lúcida y poderosa, una mirada indagadora como un interrogatorio y penetrante como un arma de tres filos; después le tomó el pulso, y luego, y tras arrojar el sombrero sobre una silla, sentóse sobre el lecho y pegó su oído al costado del paciente.

— Haga por respirar fuerte... más... más fuerte todavía.

— No puedo más.

Y una tos breve y seca como un golpe de

martillo, desgarró el pecho del enfermo, que se dejó caer desfallecido sobre la bien mullida almohada.

Se incorporó el médico, colocóse el sombrero de cualquier modo, clavó de nuevo su mirada en Francisco, se rascó sin necesidad la nuca, y dando bruscamente media vuelta salió de la habitación y empezó á pasear por el reducido corredor con la vista en la sole-
ría y una mano en la cisa del chaleco.

—¿Qué me dice usted?—le preguntó tímidamente Teresa al doctor, el cual exclamó bruscamente:

—Ya tardan los compañeros.

—Ya deben estar ahí—dijo doña Paca dirigiéndose hacia la puerta al sentir detenerse delante de ella un carruaje.

—Hola, Pedro; adiós, Luis—dijo Ibáñez avanzando hacia los recién llegados, y tras estrechar ligeramente las manos que aquéllos le tendían, añadió:

—Vayan ustedes á ver al enfermo; yo ya lo he visto.

Se dirigieron aquéllos á la estancia donde yacía Francisco. Don Pedro era alto, de fina

contextura, ligeramente encorvado, de rostro amarillento, de correctas facciones, de barba rubia y sedosa, de ojos dulces y pensadores; don Luis, por el contrario, era grueso y de estatura mediana, de cuello corto, de tez casi bronceada y de redondo y expresivo semblante.

Minutos después penetraban en el gabinete los tres encargados de disputar su víctima á la muerte, y tras diez minutos de espera, oyó Pablo la voz afectuosa de don Pedro que lo llamaba.

Cuando penetró en la habitación tomó la palabra Ibáñez con acento un tanto enfático y como si se esforzara al hablar en recontar y aislar cada una de sus palabras.

Tanto mis compañeros como yo.....

.....

Cuando hubo puesto fin Ibáñez á su plática, durante la cual no habían dejado de ratificar cuanto decía sus compañeros con mesurados y afirmativos movimientos de cabeza, le preguntó Pablo dirigiéndose á los tres y procurando dominar sus inquietudes:

—¿Entonces ustedes creen?

Y Pablo calló como si le intimidara exteriorizar su lúgubre pensamiento.

—Que el caso es de una gravedad extrema... pero á veces... ¡quién saber si...—murmuró don Pedro inclinando al suelo los ojos.

—El caso es de los que solo Dios puede remediar, amigo don Pablo,—exclamó Ibáñez con acento brusco y triste.

Y dicho esto, después de saludar á sus colegas y á Pablo con una leve inclinación de cabeza, se dirigió á la calle, y un instante después se metía en su carruaje, siempre brusco, siempre inarmónico, siempre abstraído, aquel vidente á cuya mirada descubrían muchas veces las dolencias más pérfidas y obscuras sus casi siempre improfanados misterios.



XXIX

Pablo había conseguido que doña Paca y Teresa se retiraran á descansar un rato; en los tres días que llevaba Francisco en el lecho no se habían desnudado ni dormido un solo instante; cuando Pablo consiguió que se echaran vestidas en la cama, se fué junto á su antiguo compañero; éste no dormía.

—¿Cómo se siente?—le preguntó aquél al par que le arreglaba la cobertura.

—Bien — le repuso el enfermo, procurando sonreír sin lograr más que hacer una mueca dolorosa, y después preguntó con voz entrecortada á Pablo:

—¿Y Teresa y doña Francisca?

—En su habitación; me he visto y me he

deseado para que se echen á descansar un ratillo.

—¡Pobrecitas, pobrecitas mias!, ¡qué va á ser de ellas sin mí y si tú no las amparas!

Pablo cogió la temblorosa mano que acababa el enfermo de pasarse por la frente, se la estrechó efusivo y le dijo emocionado:

—No se apesadumbre usted ni piense usted en eso, mi pobre Francisco: primero, porque gracias á Dios, ya ha desaparecido la gravedad, y segundo porque si llegara un día en que tuviera usted que abandonarnos, ese día...

—¿Ese día qué?—le preguntó el paciente clavando en él, lleno de ansiedad, sus ojos.

—Ese día,—repúsole Pablo con voz firme—seré yo lo que usted fué siempre y es usted para con ellas.

Una expresión de júbilo inefable se derramó por el semblante del viejo, que balbuceó intentando incorporarse:

—¿Es cierto?, ¿no me engañas?

Pablo le contempló lleno de piedad y de ternura; aquel pobre viejo se iba á morir sin sospechar siquiera que su corazón no había

dejado nunca de ser noble y leal, y como él no quería que se fuese á la tierra con aquella amargura en el alma, se inclinó hacia él, y quedo, muy quedo, con voz ahogada y susurrante le dijo:

—Créame usted, Francisco; yo nunca fui ingrato para con ustedes y sí sólo fingí serlo; yo presentí el desastre; yo sabía á dónde había de ir á parar doña Paca con sus derroches; yo sabía quién era y lo que pretendía Cárdenas; yo sabía que con doña Francisca todo consejo era inútil, y por eso, porque no llegara un día en que ellas no tuviesen pan que llevarse á la boca, me separé de ustedes; por eso yo precipité en cuanto me fué posible la catástrofe, y por eso, cuando ésta llegó, cuando los vi á ustedes entre ruinas, corrí por mediación de usted en su ayuda, y por eso me tiene usted ahora aquí diciéndole:—Francisco, mi buen amigo, mi generoso compañero, corazón nido de abnegación y de lealtades, no tema usted por ellas, que en tanto que yo viva, jamás les faltará mi amparo á las que usted tanto quiere.

Francisco había escuchado á su antiguo

amigo como si cada una de las palabras de éste cayera como una gota de bálsamo consolador sobre su pecho dolorido; una alegría santa iluminaba su rostro amarillento, como una alba purísima.

—¡Qué alegría, Pablo, qué alegría!—murmuró susurrante, mientras dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Cómo pudo usted creer nunca—continuó Pablo—que yo tuviera tan duro el pecho! Usted no sabe cuánto amo yo á Teresa, lo felices que hubiéramos podido ser si hubiera prendido en su corazón una sola chispa de mi cariño.

—¿Pero tú quieres á Teresa todavía?

Y los ojos del enfermo, al decir estas palabras, se posaron en los de Pablo ansiosa, desesperadamente interrogadores.

—¡Que si la quiero! ¡Cuándo dejó de ser ella el único amor de toda mi vida!

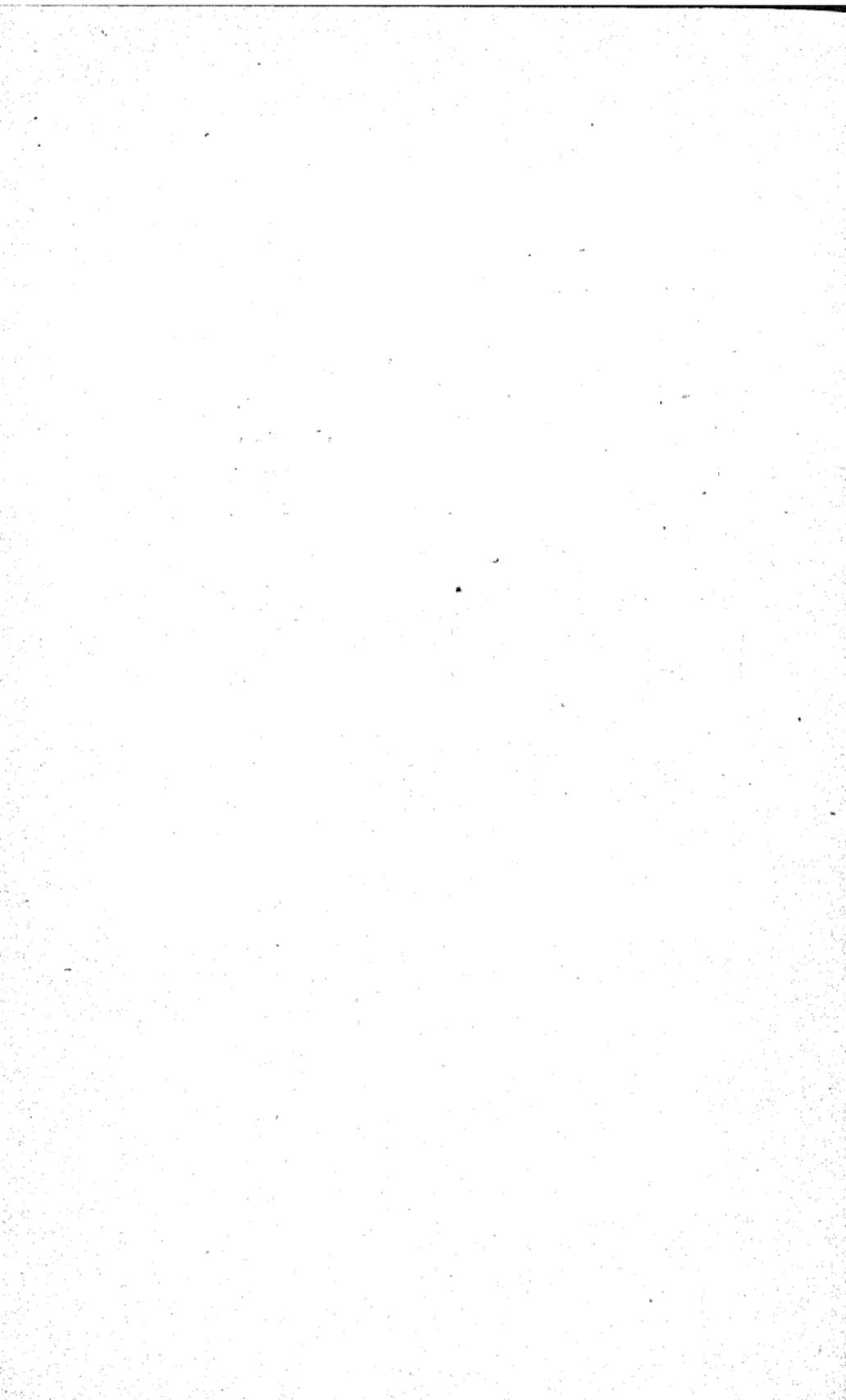
Una sonrisa casi ultra terrena se bosquejó triunfal en los exangües labios del viejo, el cual, sintiendo, sin duda, que se agotaban sus energías, las que necesitaba para poderle narrar á Pablo el diálogo que sorprendiera

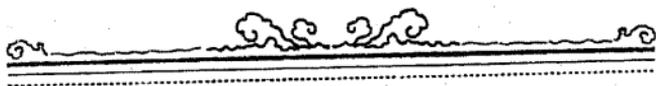


un día entre Teresa y doña Paca, diálogo en que la primera confesara á la segunda su amor á su pariente; al sentir que algo yerto y misterioso parecía empujarlo hacia algo desconocido y letal, exclamó con voz apagada y mirando á Pablo con expresión que la muerte empezaba á velar con su majestad infinita:

—Pablo, yo no mentí nunca; yo voy á morir muy pronto, y yo te juro por Dios ante el cual voy á comparecer, que Teresa también te ama... yo te lo juro, yo te lo juro, ¡hijo mío!

Y estas palabras brotaron en sus labios como un dulce y apagadísimo siseo.





XXX

Las primeras claridades del día empezaron á iluminarlo todo; un gallo saludó el amanecer con su estridente cacarear; un vendedor ambulante cruzó por la calle pregonando sus mercancías con voz rítmica y quejumbrosa.

Francisco entreabrió los ojos y posando su mirada ya casi sin expresión en Pablo, le dijo con borroso acento:

—Llama á Teresa y á doña Francisca.

Pablo lo miró asustado: su voz, la expresión de su rostro cadavérico, eran de una majestad imponente.

Cuando Francisco vió á las tenderas junto á su lecho, balbuceó mirándolas con imponderable ternura:

—¡Adiós, doña Francisca! Me voy con Juan; ¡no se olvide usted de mí!

—¡Por Dios, Francisco; por Dios mi único consuelo!

—Y tú, Teresa—continuó aquél con voz en que los estertores se amortiguaban rápidamente:

—¡Acércate, hija mía, acércate y dame un último beso!

Teresa reclinó su cabeza junto á la suya y exclamó con voz sollozante:

—¡Pobrecito! ¡pobrecito viejo mío!

Y diciendo esto besaba con filial ahinco y bañaba con sus lágrimas las mejillas casi marmóreas del anciano.

Este se incorporó de pronto como sacudido por un fleje de acero; quiso hablar, la voz se negaba á salir de su garganta, pero hizo un esfuerzo supremo, el último y balbuceó mirando á Teresa á la vez que le señalaba con un dedo rígido á Pablo que lloraba silencioso.

—El también te quiere... me lo ha dicho... adiós... adiós, hijos míos.

Y dicho esto fué cayendo sobre las al-

mohadas con trágica lentitud y con los ojos de par en par como si no quisiera dejar de ver á los seres más queridos de su corazón generoso.

Y un instante después habíase ido á reunir el pobre viejo con Juan Pinto, con aquel su buen compañero de casi toda la vida, con aquel en compañía del cual saliera un día en busca de fortuna allá de Lomana, de un poblacho de la provincia de Burgos.

FIN